

6 CIO

DAUDET

JACK

2

PQ 2216

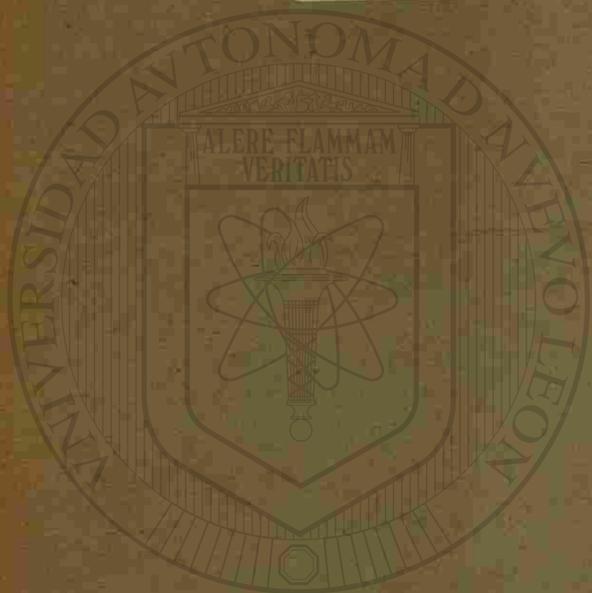
.J3

S6

v. 2



1020026219



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas	N
Núm. Autor	D23814
Núm. Adg.	29887
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasificó	ccj®
Catálogo	

EDICION-PRIMA

JACK

POR

ALFONSO DAUDET.

TOMO II.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEC
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO HERNANDEZ"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

29887

MEXICO

Talleres Tipográficos de "El Mundo Ilustrado."

1904

098502



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

8/13
9

PA 2216

J 3
S 6
U. 2



FONDÓ
RICARDO COVARRUBIAS

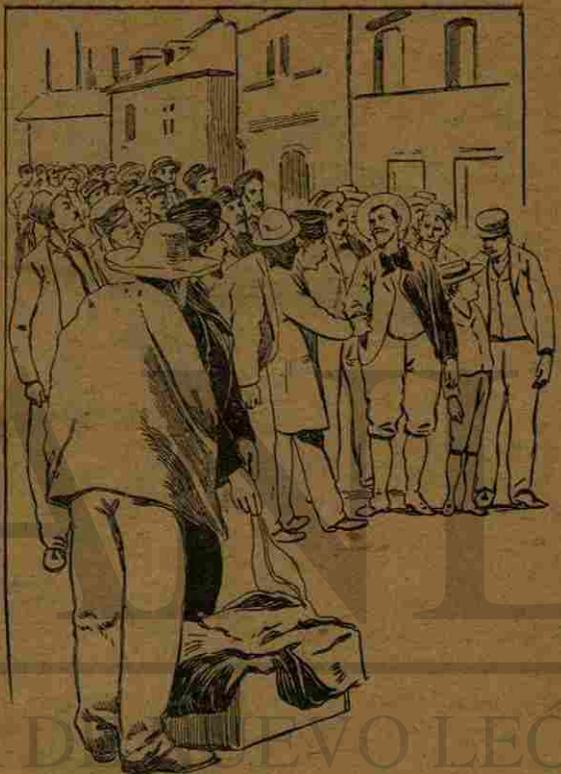
SEGUNDA PARTE

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDÓ RICARDO COVARRUBIAS



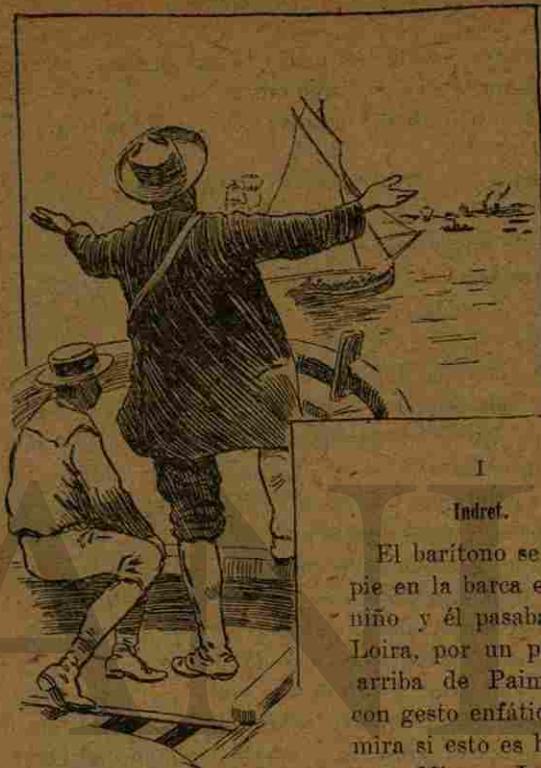
Al pasar por entre la muchedumbre, Labassindre fué reconocido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1020 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



I
Indret.

El barítono se puso de pie en la barca en que el niño y él pasaban el río Loira, por un poco más arriba de Paimboeuf y con gesto enfático: mira si esto es hermoso!

— ¡Mira, Jack, dijo,

A pesar de lo que había de convencional y grotesco en aquella admiración de comicastro, hallábase justificada por el asombroso paisaje que se presentaba á su vista.

Serían las cuatro de la tarde. Un sol de Julio, un sol de plata fundida, esparcía sobre las aguas su rostro luminoso. Aquello producía en el aire una reverberación palpitante, como una bruma de luz, en la cual, la vida

del río, activa, silenciosa, aparecía con efectos rápidos de espejismo. Velas de barco entrevistas, que parecían doradas á aquella hora, pasaban á lo lejos como si volasen.

Eran barcazas procedentes de Noirmoutiers, cargadas hasta la borda de una sal blanquísima y brillante, manejadas por pintorescas tripulaciones: hombres con el enorme tricoinio de los salineros bretones; mujeres cuyas cofias abundantes de tela, tenían la blancura y el brillo de la sal.

Veíanse también faluchos costeros dedicados al comercio de cabotaje, con sus cubiertas atestadas de sacos de grano y barricas; remolcadores que arrastraban una fila interminable de barcas; alguno que otro barco nan-tés de tres palos, que, procedentes del fin del mundo, volvía á su país después de dos años de ausencia, y remon-taba el río con movimiento reposado, lento, casi solem-ne, como si llevara dentro de sí el recogimiento religio-so propio de quien vuelve á su patria, y la poesía misteriosa que tiene todo lo que viene de muy lejos.

A pesar del calor de Julio, un soplo de viento animaba toda aquella hermosa decoración, porque el viento venía del mar con frescura y alegría, dejando adivinar que, un poco más allá, al otro lado de aquellas olas apretadas que iban perdiendo ya en aquel sitio la calma, la tranquilidad del agua dulce, se encontraba ya el verde Océano sin límites, las olas furiosas, las tempestades.

—¿Dónde está Indret? preguntó Jack.

—Allí; aquella isla que se ve enfrente de nosotros.

Al través de la plateada bruma que envolvía la isla, Jack veía confusamente grandes álamos en fila, y altas chimeneas, de las cuales se escapaba un humo espeso,

negro, densísimo que iba esparciéndose y que ensuciaba el cielo. Al mismo tiempo oía un ruido estrepitoso: martillazos dados sobre hierro, ruidos sordos, otros más claros que repercutían de diversos modos por la sonoridad del agua, y, sobre todo, un ronquido continuo, perpetuo, como si la isla fuese un inmenso buque de vapor parado, pero haciendo andar sus ruedas, á pesar de tenerlas paradas.

A medida que la barea se acercaba lentamente, muy lentamente, porque pasar el río era cosa dura y difícil, el niño iba distinguiendo grandes edificios bajos de techo, de paredes ennegrecidas, que se extendían en todas direcciones con una uniformidad abrumadora; luego, á orillas del río y hasta donde la vista alcanzaba, enormes calderas alineadas, pintadas de rojo, cuyo color producía un efecto fantástico. Buques-transportes de guerra, lanchas de vapor, alineados frente al muelle, esperaban ser cargados, con la ayuda de una enorme grúa colocada cerca de allí, y que desde lejos parecía una horca gigantesca.

—Al pie de aquella horca, un hombre en pie veía llegar la lancha.

—Es Roudic, dijo el cantante; y con su más profunda voz de bajo, lanzó un ¡hurra! formidable que se oyó á pesar de aquel ruido infernal.

—¿Eres tú, muchacho?

—¡Diablo! Sí, soy yo. . . . Hay acaso quien dé una nota como la mía, debajo de la capa del sol? La lancha atracó. Los dos hermanos saltaron uno en brazos de otro y se dieron un terrible apretón.

Se parecían; pero Roudic tenía mucha más edad y carecía de ese aspecto de bienestar que tienen casi todos

los cantantes. En vez de llevar barba, como su hermano, iba afeitado, rapado, y su gorro de marinero, un gorro de lana azul muy descolorido, adornaba una cara de verdadero bretón, curtida por el aire del mar, con unos ojillos de mirada muy inteligente, afinada por los minuciosos trabajos de su oficio.

—Y en tu casa, ¿qué tal? preguntó Labassindre. ¿Cómo están Clarisa, Zenaida y todos?

—Todos buenos, á Dios gracias. ¡Hola, hola! este es nuestro nuevo aprendiz. Un muchachó muy guapo y muy alto. pero no parece muy fuerte.

—Pues hijo, es fuerte como un toro, y está garantizado por los primeros médicos de París.

—Entonces mejor, porque este oficio nuestro es muy rudo. Vamos ahora, si os parece, á ver al director.

Siguieron una larga avenida de hermosos árboles, que pronto se trocó en una calle de pueblo, bordeada de casitas blancas, limpias y todas iguales. Allí viven la mayor parte de los empleados de la fábrica, los maestros, los primeros obreros. Los otros habitan en la orilla opuesta, en la montaña ó en la baja Indret.

En aquel momento todo estaba silencioso: la vida y el movimiento hallábanse concentrados en la fábrica; y á no ser por la ropa blanca tendida en las ventanas, las macetas alineadas en los antepechos, el llanto de un chucuelo, la cadencia de una cuna, que salía por una puerta entreabierta, habríase podido creer que el barrio estaba deshabitado.

—¡Ah! la bandera está arriada, dijo el cantante cuando llegaban á la puerta de los talleres. ¡Cuántos sustos me tiene dados la dichosa bandera!

Y explicó á su amigo Jack que cinco minutos después

de la entrada de los obreros en los talleres, arriaban la bandera para indicar que las puertas de la fábrica estaban cerradas. Mala cosa para los rezagados, porque se les apuntaba una falta de asistencia, y á la tercera falta les echaban á la calle.

Mientras él daba estas explicaciones, su hermano se entendía con el portero de guardia y obtenía permiso para que entrasen en el establecimiento. Aquel era un ruido espantoso: ronquidos, silbidos, chirridos que variaban sin atenuarse, cruzándose de uno á otro de multitud de departamentos de techo triangular, espaciados en un terreno en cuesta, que se veía cruzado por numerosos rieles.

Una ciudad de hierro.

Los pasos sonaban sobre placas de metal incrustadas en el suelo. Caminábase por entre montones enormes de barras de hierro, de aros fundidos, de lingotes de cobre; entre filas de cañones de desecho, llevados allí para ser fundidos de nuevo, mohosos por fuera, completamente negros por dentro y casi humeantes todavía, antiguos señores del fuego, que iban por el fuego á morir.

Roudic, al pasar, iba indicando las diferentes divisiones del establecimiento:

—Ese es el taller de montaje. . . los talleres de pulir. . . las calderas. . . las fraguas. . . la fundición.

Tenia que gritar para que lo oyesen; tan grande era el ruido que los ensordecía.

Jack, asombrado, veía con sorpresa las puertas de los talleres, que estaban casi todas abiertas á causa del calor que hacía; un bosque de brazos levantados, de cabezas ennegrecidas, de máquinas en movimiento en una

obscuridad de antro profundo y sordo, alumbrado de cuando en cuando por sacudidas de luz.

Bocanadas de calor, olores de hulla, de tierra quemada, de hierro en combustión, salían de allí envueltos en impalpable polvillo negro finísimo, candente, que producía, al ser descompuesto por el sol, chispas metálicas; ese brillo de la hulla que puede convertirse en diamante.

Pero lo que constituía el carácter vivo, apresurado, jadeante de todo aquel trabajo gigantesco, era un sacudimiento perpetuo de sol y de aire; una trepidación continua, algo así como el esfuerzo de una bestia enorme, á la cual hubieran encerrado debajo de la fábrica, cuyas humeantes chimeneas dejasen escapar la respiración y los quejidos. Temeroso de aparecer demasiado novicio, Jack no se atrevía á preguntar quién hacía aquel ruido que ya desde lejos le había impresionado.

De pronto se hallaron frente á un antiguo castillo del tiempo de la Liga, sombrío, flanqueado por grandes torreones, y cuyos ladrillos, emnegrecidos por el humo de la fábrica, habían perdido su brillo primitivo.

—Aquí está la dirección, dijo Roudie.

Y dirigiéndose á su hermano, añadió:

—¿Subes?

—¡Ya lo creo! No me disgusta volver á ver al "Momo" y demostrarle que, á pesar de sus predicciones, se ha hecho uno un hombre á la moda.

Y se estiraba dentro de su americana de terciopelo, orgulloso de sus botas de gamuza amarilla y de su cartera de viaje, colocada á la bandolera. Roudie no le hacía objeción alguna, pero parecía cortado.

Pasaron por debajo de la poterna; penetraron en los vetustos edificios; cruzaron una porción de habitacion-

cillas irregulares, oscuras, donde trabajaba una serie de escribientes, sin levantar la cabeza. En la última sala, un hombre de aspecto severo y frío estaba sentado á una mesa de escritorio, colocada junto á una gran ventana.

—¡Ah! ¿Es usted, amigo Roudie?

—Sí, señor director; vengo á presentar á usted al nuevo aprendiz, y á darle gracias por.....

—¡Ah! ¿Este es ese verdadero prodigio? ¡Buenos días, muchacho! Parece que tenemos verdadera vocación por la mecánica, ¿eh? Eso está muy bien.

Y después de haber mirado atentamente al muchacho prosiguió:

—Oiga usted, Roudie; no parece muy fuerte el chico. ¿Está enfermo?

—No, señor director. Al contrario, me aseguran que tiene una fuerza asombrosa.

—Asombrosa, repitió Labassindre adelantándose; y ante la mirada de sorpresa del director, creyó que debía recordarle quién era él, que se había ido de la fábrica hacía seis años para entrar en el teatro de Nantes, y que, de allí, fué á la Opera de París.

—¡Oh! me acuerdo muy bien de usted, contestó el director con tono de perfecta indiferencia, y de repente se levantó como para cortar la conversación.

—Llévese usted á su aprendiz y procure usted hacer de él un buen obrero. Con usted estoy tranquilo.

El cantante, vejado por no haber producido el efecto que esperaba, salió muy disgustado. Roudie se quedó el último en el despacho y cambió algunas palabras en voz baja con su jefe. Después los dos hombres y el niño volvieron á bajar diversamente impresionados. Jack meditaba en aquellas palabras "no es bastante fuerte" que

todos le repetían desde su llegada. Labassindre digería su humillación; el ajustador también parecía preocupado.

Cuando estuvieron fuera:

—¿Es que te ha dicho algo desagradable?... preguntó Labassindre á su hermano. Tiene peor aire que en mi tiempo.

Roudic movió la cabeza tristemente:

—No. Me hablaba de Carlillos, el hijo de nuestra pobre hermana, que está en camino de darnos muchos disgustos.

—¿El nantés os da disgustos? preguntó el cantante. ¿Qué es ello?

—Pues que desde que murió su madre se ha hecho un perdido completo; juega, bebe, tiene deudas. Sin embargo, gana muy buenos jornales en el taller de dibujo. No hay un dibujante como él en Indret. Pero, ¿qué quieres? Todo se lo comen las cartas. Hay que creer que el vicio es más fuerte que él; porque todos le hemos hablado: el director, yo, mi mujer, sin conseguir nada. Llora, se aflige, promete no volver á las andadas; pero así que coge la paga, ¡cra! escapa á Nantes y va á jugar. Yo he pagado ya bastantes veces por él. Pero ya no puedo más. Tengo mi casa, ¡ya comprendes! y además, va siendo ya preciso pensar en establecer á Zenaida. ¡Pobre hija! ¡Cuando pienso que había tenido la idea de casarla con su primo! ¡Dichosa sería! Por do demás, ella es quien no ha querido, á pesar de que él es un buen mozo y tiene mucho gancho. ¡Ah! Las mujeres tienen más sentido que nosotros... En fin, en este momento tratamos de hacer que se marche, para arrancarlo á las malas compañías. Precisamente me decía el di-

rector que acababa de encontrarle una plaza en Guérigny, en el Nièvre. Pero no sé si el muchacho querrá ir. Debe tener algunos amores por aquí, y esto es lo que le ata. Mira, tú debías hablarle esta noche. Acaso te escuchara.

—Yo me encargo de ello; no tengas cuidado, dijo Labassindre con aire de importancia.

Mientras hablaban, bajaban las calles de la fábrica, llenas á estas horas, pues el trabajo había terminado, de una multitud de gentes de todos aspectos, de todos los oficios, de blusa, de chaqueta, y en la que se veían la levita del dibujante y los uniformes de los vigilantes.

Jack estaba asombrado de la seriedad con que se efectuaba esta salida del trabajo. Comparaba aquel cuadro con los gritos, los empujones en las aceras que dan animación á París á la hora de salida de los talleres, tan ruidosa como la salida de las escuelas. Conservábase aquí la disciplina como á bordo de un barco de guerra.

Una niebla cálida flotaba sobre toda aquella población; niebla que el viento de la mar lo había disipado todavía y que flotaba como una pesada nube en la serenidad de aquella hermosa tarde de Julio. Las galerías, silenciosas, evaporaban sus olores de fragua. Silbaba el vapor, corría el sudor por las frentes, y la palpitación que Jack había visto hacia un momento, cesaba para dejar lugar á la respiración de aquellos dos mil pechos de hombres cansados por el trabajo de todo el día.

Al pasar por, entre la multitud, Labassindre fué reconocido en seguida.

—¡Calle! ¿Cómo te va?

Lo rodeaban, le daban fuertes apretones de manos, se decían unos á otros:

—Mira al hermano de Roudic, el que gana cien mil francos al año sólo con cantar.

Todo el mundo quería verle, porque era una de las leyendas de la fábrica, aquella supuesta fortuna del antiguo herrero; y desde su partida, más de un joven compañero había tanteado su garganta para ver si por casualidad tenía en ella la nota, la famosa nota que producía millones.

En medio de este cortejo de admiraciones que su traje teatral inflamaba más, el cantante andaba con la cabeza erguida, hablando alto, riendo fuerte, lanzando "¡hola, tío tal!" "¡hola, señora cual!" á las casas cuajadas de rostros de mujeres; á las tabernas, á las pastelerías que llenaban aquella parte del Indret, donde se instalaban vendedores de todas clases, expendiendo sus mercancías al aire libre: blusas, zapatos, sombreros, pañuelos, toda la pacotilla ambulante que se encuentra en los campos y alrededor de los cuarteles y las fábricas.

Al pasar á través de aquellos puestos, Jack creyó ver una cara conocida, una sonrisa que atravesaba los grupos para llegar á él; pero no fué más que un relámpago, una visión arrebatada en seguida por la ola móvil de la multitud, dirigiéndose á la gran ciudad obrera, esparciéndose hasta por la otra orilla del río, en anchas barcas cargadas, activas, numerosas, como para el transporte de un ejército.

Caía la noche sobre aquella agitación de hormiguero en dispersión. Bajaba el sol. El viento refrescaba, agitando los árboles como palmas; y era un grandioso espectáculo el de la isla laboriosa entrando también en su reposo, vuelta á la naturaleza por una noche. A medida que el humo se disipaba, aparecían entre las galerías

masas de verdura. Se escuchaba el rumor del agua rompiendo en las orillas; y las golondrinas que rozaban la superficie del río, piando, se arremolinaban alrededor de las grandes calderas alineadas en el muelle.

La casa de los Roudic era la primera de una larga fila de construcciones que asemejaban un cuartel, en una ancha calle detrás del castillo. Una joven, de pie en el umbral de la puerta, elevada unos cuantos escalones, escuchaba, con la cabeza inclinada, á un mocetón apoyado en el muro y que hablaba con mucha animación. Jack había creído al pronto que aquella sería la hija de Roudic; pero oyó al viejo contraamaestre decir al cantante:

—¡Mira! Allí está mi mujer sermoneando á su sobrino.

El niño recordó que Labassindre le había dicho por el camino que su hermano se había casado en segundas nupcias pocos años antes. La mujer era joven, bastante guapa, alta y esbelta, con un aire de dulzura en el rostro, y un no sé qué de debilidad, de abandono, esa actitud inclinada que da á ciertas mujeres la fatiga de soportar una cabellera muy pesada. Contra la moda bretona, llevaba la cabeza descubierta, y su falda de tela ligera, su pequeño delantal negro, la hacían parecerse á la mujer de un empleado, y no á una campesina ó á una obrera.

—¡Eh! ¿Verdad que es linda? decía Roudic, que se había detenido á algunos pasos de su hermano y le daba con el codo, radiante de orgullo.

—¡Mi enhorabuena, querido! Se ha puesto más guapa desde que se casó.

Los otros seguían hablando, tan absortos en su conversación, que no veían ni oían nada.

Entonces el cantante quitándose el sombrero con un movimiento circular, entonó en plena calle y con voz atronadora:

Salve, morada casta y pura,
Do se adivina la presencia. . . .

— ¡Calle! mi tío, dijo volviéndose el que llamaban el nantés.

Hubo un momento de efusión, de abrazos. Fué presentado el aprendiz, á quien miró el nantés con aire despreciativo, pero al que la señora Roudie dijo con dulzura:

— Espero, hijo mío, que se encontrará usted bien entre nosotros.

Después entraron en la casa.

Detrás de ésta, estaba puesta la mesa en un jardincillo lleno de legumbres y de flores. Otros jardines iguales, separados unos de otros por enrejados de cañas, extendíanse á lo largo de un pequeño brazo del Loira, que parecía como el Bievre de aquel rincón, bordado de ropa tendida, de redes puestas á secar, de cáñamo, y arrastrando los detritus de todas aquellas casas de obreros.

— ¿Y Zenaida? preguntó Labassindre en el momento de sentarse á la mesa.

— Comeremos la sopa mientras llega, dijo Roudie; en seguida viene. Está trabajando en el castillo. ¡Ah! Es toda una famosa costurera.

— ¿Trabaja en casa del "Mono?" exclamó Labassindre, que no podía olvidar el recibimiento que le habían

hecho. Vaya, que debe estar contento. ¡Un hombre tan orgulloso, tan arrogante!

Y comenzó á clamar contra el director, apoyado por el nantés, que también tenía sus razones para odiarlo. El tío y el sobrino estaban, por otra parte, hechos para entenderse: ambos estaban en el límite que separa al artesano del artista, teniendo precisamente el suficiente talento para aislarse en su medio, pero una primera educación, costumbres, inclinaciones que les impedían salir de él. Mestizos de Europa, la raza más peligrosa, la más desgraciada de todas, con sus odios envidiosos y sus ambiciones impotentes.

— Os engañáis. Es, por el contrario, un hombre excelente, dijo Roudie defendiendo á su jefe, á quien amaba. Un poco duro en la disciplina. Pero cuando se manda á dos mil obreros, es preciso serlo. Si no, todo andaría mal; ¿no es verdad, Clarisa?

Volvíase así á cada momento en busca de apoyo hacia su mujer, porque tenía que habérselas con dos grandes discutidores, y él no era muy elocuente. Pero Clarisa se ocupaba en su comida, y notábase en ella la indolencia de una persona distraída, cuyas manos se mueven con lentitud y la mirada vaga, errante, porque la voluntad ausente está acaparada por algún combate interior.

Afortunadamente, Roudie recibió refuerzo, y un refuerzo recio. Acababa de entrar Zenaida, una mujercilla gruesa, que llegó, roja y sofocada, á lanzarse en lo más fuerte de la discusión. No era bonita. Pesada, pequeña, el talle mal formado, parecíase á su padre. La cofia blanca de Guerande, en diadema; la saya corta, sostenida en las caderas por un rodete; el pequeño chal, sujeto muy bajo en los hombros, aumentaban su as-

pecto ancho y macizo. Positivamente, tenía todo el aire de un armario. Pero en las espesas cejas de esta buena muchacha, en su barba cuadrada, sospechábase tanta energía, fuerza y voluntad, cuanta blandura y abandono en el rostro de la madrastra.

Sin tomarse el tiempo para desatarse las grandes tijeras que colgaban de su cintura como un sable, y el peto de su delantal todavía lleno de alfileres y de agujas que hacían de él una coraza para su valeroso pecho, sentóse al lado de Jack y acometió en seguida. La elocuencia del cantante y del dibujante no le asustaba. Lo que tenía que decir, lo decía con el acento de una buena mujer, clara y sencillamente; pero cuando hablaba á su primo, su mirada y su voz encontraban expresiones de cólera.

El nantés aparentaba no observarlo; lo tomaba todo á risa, y respondía con chistes que no la hacían desarrugar el ceño.

—¡Y yo que quería casarlos! decía en un tono mitad serio mitad placentero Roudie, que los oía disputar.

—No he sido yo quien ha dicho que no, dijo el nantés mirando á su prima.

—He sido yo, contestó la bretona, frunciendo sus terribles cejas y sin bajar los ojos. . . . Y me felicito de ello. Del modo que veo que van las cosas, sin duda que á esta hora ya estaría yo en el fondo del agua, de la pena de tener á usted por marido, primo mío.

Fue dicho esto con tal entonación, que el dichoso primo quedó un momento desconcertado.

Clarisa estaba también muy turbada, y sus ojos,

casi llorosos, buscaban los de su hijastra como suplicándole.

—Esencha, Carlitos, dijo Roudie con objeto de cambiar la conversación; voy á darte la prueba de que el director es una buena persona. Te ha buscado una plaza magnífica en la fábrica de Guérigny, y me ha encargado que te lo diga.

Hubo un momento de silencio, pues el nantés no se apresuraba á contestar.

Roudie insistía:

—Considera bien, hijo mío, que allá te encontrarás en condiciones mucho mejores que aquí. . . y que. . . y que. . . .

Y miraba á su hermano, á su mujer y á su hija como para encontrar el fin de la frase.

—Y que vale más irse que ser despedido, ¿no es verdad, tío?, dijo el nantés brutalmente. . . . Pues bien; quiero que me despidan si están cansados de mis servicios, y que no se me trate como á un cualquiera, de quien se desembarazarán reteniéndole su jornal.

—Tiene razón, ¡caramba! dijo Labassindre golpeando la mesa.

Enredóse la discusión, Roudie volvió muchas veces á la carga, pero el nantés se mantenía firme. Zenaida, sin hablar, no quitaba los ojos de su madrastra, que salía á cada instante, aunque no tuviera necesidad de ello.

—Y usted, mamá, dijo al fin, ¿no opina que Carlitos debía marcharse?

—Sí, sí, respondió vivamente la señora Roudie. . . . Pienso que haría bien en aceptar.

El nantés levantóse agitado y sombrío.

—Está bien, dijo. Puesto que todo el mundo aquí se alegraría de ver que me iba, ya sé lo que tengo que hacer. Dentre de ocho días me habré marchado. Ahora no hablemos más de ello.

Obscurecía, y encendieron la luz. Los jardines próximos se iluminaban también, y se oía por todas partes risas, ruidos de platos, esos rumores de ventorrillos al aire libre que hay en los arrabales de las grandes ciudades. Labassindre, en medio del embarazo general, había tomado la palabra, rebuscando en su memoria todos los restos de las antiguas teorías del colegio sobre los derechos del obrero, el porvenir del pueblo y la tiranía del capital. Producía mucho efecto, y los camaradas venidos para pasar la noche con el cantante, se extasiaban ante aquella elocuencia fácil y clara, en medio de su trivialidad.

Aquellos compañeros, en traje de trabajo, ennegrecidos y cansados, á quienes Roudic invitaba á sentarse á medida que iban entrando, tomaban junto á la mesa posturas groseras, se echaban grandes vasos de vino, que bebían de un trago, soplando ruidosamente y limpiándose con el revés de la manga, el vaso en una mano y la pipa en la otra.

Ni siquiera entre los bohémios había visto nunca Jack semejantes maneras, y á cada momento le chocaban, por su franca grosería y palabras rústicas. Además, no hablaban como el mundo, sino que usaban entre ellos una especie de jerga que el niño encontraba baja y fea. Jack sintióse acometido súbitamente de una inmensa tristeza, ante aquella reunión de obreros que se renovaba continuamente, sin que parase atención ni en los que entraban ni en los que salían.

—¡Y voy á parar en esto!, decía aterrado.

Aquella noche, Roudic lo presentó al jefe del taller de la fundición, un tal Lebescam, bajo cuyas órdenes debía aprender el niño. Este Lebescam, un ciego ve-ludo que tenía barba hasta en los ojos, hizo un gesto al ver á su futuro aprendiz vestido de señorito y con las muñecas tan delgadas y las manos tan blancas. Los trece años de Jack tenían, en efecto, un aire femenino. Sus rubios cabellos, aunque cortados, hacían graciosas ondas, ese rizado hecho por los acariciadores dedos de la madre; y la finura, la distinción que había en toda su persona; aquel aire aristócrata natural, que irritaba tanto á D'Argenton, resaltaban más, todavía, en el medio trivial en que ahora se encontraba.

Lebescam encontró, sobre todo, que tenía el aire muy delicado, muy "enfermizo."

—¡Oh! ese aspecto se lo dan la fatiga del viaje y sus vestidos de señorito, dijo el bueno de Roudic; y volviéndose hacia su mujer: Clarisa, ve á buscar una blusa para el aprendiz. . . ¡Mira! ¿sabes, mujer? Debías hacerle subir en seguida á su cuarto. Se cae de sueño; y mañana es preciso que esté de pie á las cinco. Ya oyes, pequeño; á las cinco en punto vendré á llamarte.

—Sí, señor Roudic.

Pero antes de subir, Jack debió sufrir los adioses de Labassindre; que quería beber un trago, especialmente por él.

—¡A tu salud, amigo Jack; á la salud del obrero! Yo os lo digo, hijos míos; el día en que queráis, seréis los amos del mundo.

—¡Oh! Los amos del mundo es mucho, dijo Rou-

die sonriendo. Con estar seguro de poseer á la vejez una casita y una poca de tierra al abrigo del mar, nos damos por muy contentos.

Mientras que discutían, Jack, escoltado por las dos mujeres, entró en la casa. Esta no era grande, y se componía de un piso bajo dividido en dos piezas, una de las cuales se llamaba "la sala," adornada con un sillón y algunas conchas en la chimenea. Arriba encontrábase la misma distribución. Nada de papel en las paredes; una capa de cal frecuentemente renovada; grandes camas con colgaduras rameadas, rosa y azul pálido, adornadas con franjas de borlas. En el cuarto de Zenaida el lecho era una especie de armario abierto en la pared, á la antigua moda bretona. Un armario de encina tallada y forrada de imágenes de santos colgadas por todas partes con rosarios de todas clases, de marfil, de nácar, componían el mueblaje. En un rincón, un ramo de grandes flores ocultaba la escala por donde se subía al camaranchón del aprendiz.

—Aquí duermo yo, dijo Zenaida. Usted, hijo mío, allá arriba, precisamente encima de mi cabeza. Pero no le importe, puede usted andar, bailar, yo tengo el sueño pesado.

Le encendieron una gran linterna, dió las buenas noches, y subió á su camaranchón, verdadera buhardilla donde el sol daba tan de lleno que, aun en aquella hora de la noche, las paredes conservaban su calor, concentrado, sofocante. Una ventana muy estrecha, que apenas dejaba pasar aire, abríase casi en el mismo techo. Ciertamente, el dormitorio del colegio de Moronval había preparado á Jack para soportar extraños domicilios; pero al menos allá eran muchos para so-

portar tantas miserias. Aquí no había Madú—¡pobre Madú!—ni nadie. Esto era la soledad del desván, un donde no se ve más que el cielo, perdido en el espacio como una barquilla en alta mar.

El niño miraba al techo inclinado, donde ya había tropezado su cabeza, y una estampa de Espinal sujeta á la pared con cuatro alfileres; miraba también el traje extendido sobre su cama, preparado para el aprendizaje del día siguiente: el ancho pantalón de tela azul y la blusa. Todo caído sobre la cubierta, con pliegues de fatiga de abandono, como si alguien, muy cansado, se hubiera tendido allí, al azar de la laxitud de sus miembros.

Jack pensaba: "Héme aquí. ¡Eso soy yo!" Y mientras que se contemplaba así tristemente, subía del jardín el ruido confuso de las conversaciones de después de beber, mezclado á una discusión muy viva, escuchada en la habitación de abajo, entre Zenaida y su madrastra.

No se distinguía muy bien la voz de aquélla, sorda y laja como la de un hombre. La señora Roudie, por el contrario, tenía una voz ligera, fluída, que las lágrimas hacían más cristalina en aquel momento.

—Sí, que se vaya, ¡Dios santo!, que se vaya, decía con más pasión de la que se hubiera podido sospechar en ella por su aspecto ordinario.

Entonces el tono de Zenaida, muy severo y muy firme, pareció dulcificarse. Después, las dos mujeres se besaron.

Abajo, en el jardín, Labassindre cantaba una de aquellas antiguas romanzas sentimentales, tan del gusto de los obreros:

Hacia las costas de Francia
Boguemos dulcemente.

Y los demás cantaban en coro:

Bogad, bogad,
Boguemos cantando.
Para nosotros

Los vientos son mares.

Jack se sentía en un mundo nuevo, donde para vencer le faltaría todo. Sentía miedo; adivinaba entre aquellas gentes y él, distancias, puentes hundidos, abismos infranqueables. Lo único que le sostenía y le tranquilizaba, era el pensar en su madre.

¡Su madre!

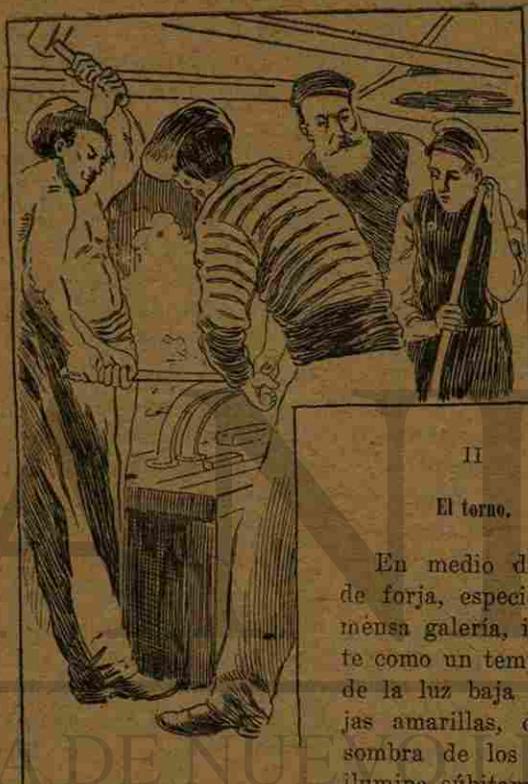
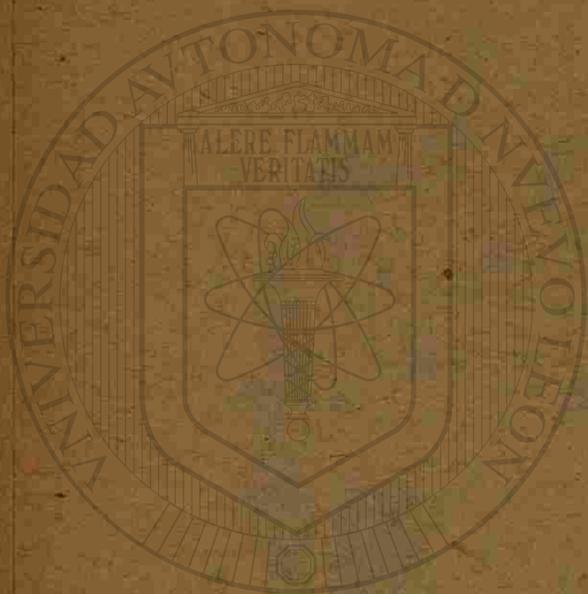
Pensaba en ella mirando el cielo cuajado de estrellas.

Hacia ya mucho tiempo que se encontraba en aquella actitud y la casa hallábase entregada al sueño y al silencio, cuando de pronto alzóse cerca de él un largo suspiro, tembloroso todavía por las sacudidas del llanto, y comprendió que la señora Roudie también lloraba en su ventana, y que otra pena, además de la suya, veía en aquella hermosa noche.



Un domingo, leía Jack ante el auditorio ordinario. . . .

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



II

El torno.

En medio del taller de forja, especie de inmensa galería, imponente como un templo, donde la luz baja en franjas amarillas, donde la sombra de los rincones ilumina súbitamente con fulgores de incendio, y una enorme pieza de hierro fijo al suelo, ábrese como una boca siempre ávida, siempre en movimiento, para coger el metal candente que se trabaja á martillazos en medio de una lluvia de centellas. Es el torno.

Para comenzar la educación de un aprendiz, se le pone desde luego en el torno. Allí, manejando el pesado tornillo, lo que ya exige más fuerza de la que tienen los brazos de un niño, aprende á conocer el instrumental del taller, el manejo del hierro y la manera de trabajarlo.

¡El pobre Jack en el torno! Aunque yo estuviera buscando diez años una frase, no encontraría otra que expresara mejor la impresión de terror, de ahogo, de horrible angustia que le produce todo lo que le rodea.

En primer lugar, el ruido, un ruido espantoso, ensordecedor: trescientos martillos cayendo al mismo tiempo sobre el yunque; silbidos de correa, rodar de poleas, y todo el rumor de un pueblo en actividad; trescientos pechos anhelantes y desnudos que se excitan, lanzan gritos que no tienen nada de humanos, en una embriaguez de fuerza en que los músculos parecen crujir y la respiración perderse. Después, vagones cargados de metal candente que atraviesan la galería rodando sobre rails; el movimiento de los ventiladores al rededor de las fraguas, soplando fuego sobre fuego, alimentando la llama con el calor humano. Todo rechina, retumba, resuena, ladra, aúlla. Creeríase uno en el templo feroz de algún ídolo exigente y salvaje. En las paredes están colgadas filas de herramientas que parecen instrumentos de suplicio, garfios, tenazas, pinzas. Del techo penden pesadas cadenas. Todo esto, duro, fuerte, enorme, brutal; y al extremo del taller perdido en una profundidad sombría y casi religiosa, un martillo pilón gigantesco, levantando un peso de treinta mil kilogramos, deslízase lentamente entre sus dos montantes, rodeado del respeto, de la admiración del taller,

como el Baal reluciente y negro de aquel templo dedicado á los dioses de la fuerza. Cuando habla el ídolo, aquello es un ruido sordo, profundo, que estremece los muros, el techo y levanta torbellinos de polvo de hierro.

Jack está aterrado. Entrégase silenciosamente á su faena entre aquellos hombres que circulan alrededor de la prensa de machacar, medio desnudos, cargados de barras de hierro, cuya punta está hecha ascua, sudorosos, velludos, saltando, retorciéndose, tomando ellos también en el intenso calor en que se agitan, flexibilidades de fuego rebeliones de metal ablandado por una llama. ¡Ah! Si franqueando el espacio, los ojos de aquella loca de Carlota pudieran ver á su hijo, á su Jack, en medio de aquella confusión lívido, descolorido chorreando sudor; sus delgados brazos al aire, su blusa y su camisa entreabiertas sobre su pecho delgado y blanquísimo; los ojos enrojecidos, la garganta inflamada por el polvo, ¡cómo se apiadaría y cómo le acometerían los remordimientos!

En el taller todos tienen un nombre de guerra, y á Jack le han puesto "el Azteca," á causa de su delgadez; y el lindo rubillo de otro tiempo está en camino de merecer este apodo, de llegar á ser el hijo de la fábrica, ¡queño ser privado de aire, agobiado de trabajo, sofocado, cuyo rostro se avieja á medida que su cuerpo se debilita.

—¡Eh, el Azteca duro ahí, muchacho! Aprieta el tornillo. Con fuerza. ¡Por vida de!. . .

Es la voz de Lebecam, que truena en medio de la tempestad de todos aquellos ruidos desencadenados. Este gigante negro, á quién Roudic ha confiado la pri-

mera educación del aprendiz, se interrumpe algunas veces para darle algún consejo y enseñarle á tener un martillo; el maestro es brutal; el niño es poco diestro. El maestro desprecia esta debilidad; el niño tiene miedo de esta fuerza. El hace lo que le dicen que haga, aprieta el tornillo lo mejor que puede. Pero sus manos están llenas de ampollas, desolladas, hasta darle fiebre y hacerlo llorar. Por momentos va perdiendo la conciencia de su vida. Le parece que forma parte él también de aquella herramienta complicada, que es un instrumento entre los demás instrumentos, algo como una pequeña polea, sin conciencia, sin voluntad, girando, silbando con todo el engranaje, dirigido por una fuerza oculta, invisible que conoce ahora, que admira y teme: el vapor.

El vapor es el que mezcla en el techo de la galería todas aquellas correas de cuero que suben, bajan, se entrecruzan, correspondiendo á poleas, á martillos, á fuelles. El vapor es el que mueve el martillo-pilón y aquellos enormes aparatos, bajo los cuales el hierro más duro se adelgaza en virutas y en hilos torcidos, rizados como cabellos. El es el que incendia los rincones de la forja con un chorro de fuego; el que reparte el trabajo y la fuerza á todas las partes del taller. Su ruido sordo, su trepidación regular, es lo que ha conmovido tanto al niño á su llegada, y ahora le parece que no vive más que por él, que se ha apoderado de su aliento y ha hecho de él una cosa tan dócil como todas las máquinas que mueve.

¡Terrible vida, sobre todo después de los dos años de libertad y de aire libre que acababa de pasar en las Aulnettes!

Por la mañana, á las cinco, lo llamaba Roudic: "¡Eh, pequeño!" La voz resonaba en toda la casa, hecha de tablas. Se comían un pedazo de pan de prisa, y comiendo se echaba un trago de vino servido por la bella Clarisa, que aún llevaba su cofia de dormir, y en seguida se marchaba para la fábrica, donde tocaba una campana melancólica, infatigable, que prolongaba su "dán...dán...dán..." como si hubiese tenido que despertar, no solamente la isla Indret, sino todas las costas vecinas, y el agua, y el cielo, y el puerto de Paimbref y el de Saint-Nazaire. Producíase entonces un pisotear confuso; una gran afluencia de gente en las calles, en los patios, en las puertas de los talleres. En cuanto pasaban los diez minutos reglamentarios, la bandera arriada, anunciaba que la fábrica quedaba cerrada para los rezagados. A la primera falta, á descuento de la paga; á la segunda, multa; á la tercera, expulsión definitiva.

El reglamento de D'Argenton, con todo su tipo feroz, era tortas y pan pintado comparado con aquél.

Jack tenía mucho miedo de llegar después de que bajasen la bandera, y generalmente estaba á la puerta mucho antes de que sonase el primer toque de campana. Un día, sin embargo, dos ó tres meses después de su entrada en la fábrica, la maldad de otros aprendices estuvo á punto de hacerle llegar tarde. Aquella mañana el viento soplabá por la parte del mar con esa alegría borascosa que toma cuando cuenta con espacio libre; precisamente en el momento en que Jack entraba en el taller, embistió á su gorra y allá se la llevó.

— ¡Párala, párala! gritaba el muchacho, corriendo detrás de ella á lo largo de la calle, que estaba muy en

cuesta; pero en vez de cogerla, un aprendiz que pasaba dió un puntapié á la gorra y la echó muy lejos. Otro que venía detrás hizo lo mismo, y luego otro, y otro. La cosa se convirtió en un juego muy entretenido para todo el mundo, menos para Jack, que corría con todas sus fuerzas en medio de los gritos y de la chacota, de las risas y de las burlas, conteniendo las ganas que tenía de llorar, porque no se le ocultaba todo el odio hacia él que había en el fondo de aquella alegre algazara. Entre tanto, la campana daba sus últimos toques. El niño se vió obligado á cesar en su persecución y á volver de prisa y corriendo sobre sus pasos. Estaba desolado; ¡una gorra cuesta cara!... y tendría que escribir á su madre pidiéndole dinero. Pues, ¿y si D'Argenton veía la carta? Pero lo que más le desesperaba, era aquel odio que lo rodeaba, que se notaba hasta en las cosas más pequeñas. Hay seres que para vivir necesitan cariño, como algunas plantas necesitan el calor: Jack era uno de ellos. Mientras corría iba preguntándose á sí mismo: ¿Por qué? ¿Qué les he hecho yo?

Cuando llegaba sin alientos á la puerta, todavía abierta, oyó tras de sí el ruido de unos pasos pesados y dificultosos, el resoplido de un animal, y casi en seguida sintió que una mano se posaba en su hombro. Al volverse vió una especie de monstruo rojo que le sonreía, mostrándole al hacerlo un sinnúmero de arrugas, y que le devolvía la gorra que había recogido. Era la segunda vez desde que llegara á Indret, que Jack tropezaba con aquella sonrisa bondadosa, aquel semblante conocido ya. ¿Dónde la había visto por primera vez? ¡Ah, sí, caramba! en el camino de Corbeil. Era aquel buhonero que huía de la tormenta con un cargamento

de sombreros á cuestras. Pero en aquel momento no tenía tiempo de reanudar su amistad. El vigilante de la puerta gritaba arriando ya la bandera:

— ¡Eh, muchachío!... ¡Date prisa!

No tuvo tiempo más que para coger la gorra y dar las gracias á Belisario, que echó á andar, cojeando, la calle abajo.

En el trabajo, aquel día Jack se sintió menos triste, menos solo. Todo el tiempo le pareció estar viendo el hermoso camino de Corbeil, con sus parques, sus prados, el cochecillo del doctor volviendo á la caída de la tarde por en medio del bosque; y la frescura de los soñados prados del río entrevisto; allí en aquel infierno, le causaban sensaciones febriles, estremecimientos fríos, seguidos de un calor ardiente. Cuando salió, buscó á Belisario por todo Indret; pero el buhonero ya no estaba allí. Al día siguiente, al otro... nadie. Poco á poco, aquella fea visión que le recordaba tantas cosas hermosas, fué borrándose de su memoria lentamente, difícilmente, con el mismo paso pesado con que caminaba por la carretera. Cuando la visión se hubo borrado, Jack cayó de nuevo en su soledad.

En el taller no le querían. Toda reunión de hombres necesita una víctima, un ser contra quien se dirijan todas las ironías y todas las impacencias nerviosas del cansancio. Ese era el oficio de Jack en el patio de su tragua. Los otros aprendices, casi todos nacidos en Indret, hijos ó hermanos de obreros, estaban más protegidos y más libres, por lo tanto, de los malos tratos de la gente, porque ya se sabe que esas persecuciones sin respuesta ni protesta, se dirigen contra los débiles, los inofensivos, los inocentes. A él nadie lo defendía.

El capataz, opinando que decididamente era demasiado "delicadillo," había renunciado á ocuparse de él y le abandonaba á los caprichos tiránicos de toda una brigada de obreros. Además, ¿Qué había ido á hacer en Indret aquel parisiensito delicado que no hablaba como todo el mundo y que decía á los compañeros: "Sí, señor. . . gracias, señor?" Habían alabado mucho sus disposiciones para la mecánica; pero el Azteca no entendía nada de nada. Ni siquiera sabía colocar un remache. Pronto el desprecio excitó entre aquellas gentes cierta fría crueldad, el desquite de la fuerza sobre la debilidad inteligente. No pasaba un solo día sin que le hiciesen algo malo. Sobre todo, los aprendices eran teroces. Una vez uno de ellos le presentó un hierro calentado por la punta hasta el rojo oscuro: "Tú, Azteca, coge eso." Ocho días tuvo que estar en la enfermería. Y luego, las brutalidades, las torpezas de todos aquellos hombres, acostumbrados á cargar cosas de mucho peso y que no conocían la fuerza de sus borricadas.

Jack no disfrutaba un poco de descanso y de distracción más que el domingo. Ese día sacaba del cajón uno de los libros del doctor Rivals y se iba á leerlo á la orilla del río Loira.

Hay en el punto extremo de la isla un torreón viejo y ruinoso, que llaman la torre de San Hermelando, y que parece la garita de un centinela del tiempo de las invasiones normandas. Al pie de esa torre, en la hendidura de cualquier peñasco, se acurrucaba el aprendiz, con el libro abierto sobre sus rodillas, y el ruido, la magia, la inmensidad del agua delante de sí. El domingo echaba todas su campanas á vuelo, contando el paso ge-

neral y el descanso. Allá, lejos, pasaban barcos, y de trecho en trecho, muy lejos de él, se bañaban los muchachos, dando gritos y risotadas.

Leía pero á menudo los libros del señor Rivals eran demasiado profundos para él, iban más allá de la medida actual de su espíritu y no le dejaban más que una semilla de buen grano—por decirlo así,—que sólo más tarde germinaría. Cuando eso sucedía, se interrumpía, se quedaba pensativo, y se distraía con el golpear del agua en las peñas y con el movimiento regular de las olas que bajaban y subían. Ibase lejos, muy lejos de la fábrica y de los obreros, hacia su madre y hacia su amiguita, hacia los domingos de otros tiempos, mejor vestidos, más felices que los de ahora; hacia las salidas de misa mayor, los paseos de Etiolles, al lado de Carlota deslumbradora, los ratos de juego en la gran sala de la farmacia, en la cual el delantal blanco de la pequeña Cecilia lucía, haciendo resaltar sus años infantiles y candorosos.

Y así, durante algunas horas, olvidaba, era feliz. Pero vino el otoño con sus pertinentes lluvias y sus tormentosos vientos, que interrumpían sus expediciones á la torre de San Hermelando. Entonces pasó los domingos en casa de Roudic.

La dulzura de carácter de aquel niño había conmovido á la familia del obrero, la cual era muy buena para con él; Zenaida, sobre todo, cuidaba la ropa del muchacho con afán verdaderamente maternal, con la brusca actividad que la caracterizaba y que era la nota saliente de aquella pesadez de todo su ser. En el castillo, cuando iba á coser, no sabía hablar más que del aprendiz. El señor Roudic, por su parte, aunque sen-

ta cierto desprecio hacia la debilidad y la poca inteligencia obrera de Jack, solía decir:

—Pero así y todo, es un buen muchacho.

Unicamente le parecía que leía demasiado, y algunas veces le preguntaba riendo si estaba trabajando para hacerse maestro de escuela, ó cura. A pesar de esto, tenía cierto respeto, precisamente á causa de su instrucción. La verdad es que, exceptuando ajustar, el bueno de Roudic no sabía absolutamente nada; leía y escribía como cuando salió de la escuela, lo cual le mortificaba un poco desde que lo hicieron capataz y desde que se casó en segundas nupcias.

Su mujer era hija de un guardia de artillería, una señorita de pueblo, bien educada entre una familia numerosa y pobre, á la cual cada uno llevaba su parte de economía y de trabajo. Reducida á hacer aquella boda desproporcionada por lo que se refería á la educación y á la edad, había tenido hasta entonces por su marido un afecto tranquilo y protector. El, siempre adorando en su mujer y enamorado como un muchacho de veinte años, se hubiera de buen grado echado á los arroyos para evitar que ella se humedeciese los pies al pasar. La miraba enternecido, la encontraba más bonita, más coqueta que las mujeres de los demás capataces, las cuales eran casi todas fornidas bretonas, más preocupadas del arreglo de sus casas que de su tocado.

Clarisa tenía el tono, las maneras de las muchachas pobres acostumbradas por su trabajo á una elegancia relativa: tenía en la punta de los dedos, muy perezosos desde que se casó, cierto arte para arreglarse, para peinarse, que contrastaba con el aspecto monástico de las mujeres del país, que se encierran el cabello bajo unas

anchas tiras de lienzo y desfiguran el talle bajo los pliegues poco graciosos de sus sayas.

La casa se resentía también de esa elegancia. Detrás de esos grandes cortinones de muselina blanca que constituyen el adorno en todas las casas bretonas, relucían los muebles sencillos, limpios y adornados con algún ramo de flores, y algunas macetas de albahaca y de alielies adornaban los antepechos de las ventanas. Cuando Roudic volvía del trabajo, experimentaba siempre una alegría nueva al encontrar la casa tan limpia y á su mujer tan cuidada como si fuese domingo. No se paraba á preguntarse por qué su mujer estaba inactiva, como si en efecto fuera día de descanso; por qué, una vez terminados los preparativos para la comida, se quedaba pensativa, mano sobre mano, en vez de coger la costura, como hacía toda mujer de su casa á quien el día le viene corto para cumplir todos los deberes que le impone el cuidado doméstico.

El pobre Roudic creía cándidamente que su mujer no pensaba más que en él cuando se ponía guapa, y en Indret lo querían todos para desengañarlo, para decirle que otro acaparaba todos sus pensamientos, todo el afecto de Clarisa.

¿Qué había de realidad en el fondo de todo aquello? Jamás en esas conversaciones de pueblo que se tienen á la puerta de la calle, jamás se separaba el nombre de la señora Roudic del del nantés.

Si la cosa de que se hablaba era cierta, hay que decir, para excusar á Clarisa, que el nantés y ella se habían conocido antes de casarse.

El iba á verla á casa de su padre, acompañado de Roudic; y si el sobrino, aquel muchacho guapo de pelo

rizado, hubiera querido casarse en lugar del tío, seguramente que habría tenido todas las preferencias. Pero el guapo mozo del pelo rizado no pensaba en semejante cosa. No echaba de ver que Clarisa era seductora, fina y bonita, hasta que fué su tía política, una tía política á quien había tomado la costumbre de hablar siempre riendo y en tono de amable broma, de su singular parentesco, siquiera fuese porque él era algo mayor que ella.

¿Qué sucedió después?

Con las facilidades de la vecindad, de la intimidad permitida, de aquellos largos ratos de charla á solas por las noches, mientras el señor Roudic daba cabezadas apoyado en un pico de la mesa y mientras Zenaida se quedaba velando en el castillo, porque corría prisa algún vestido, aquellas dos naturalezas, igualmente atractivas y coquetas, ¿tuvieron la fuerza necesaria para resistirse? Esto era poco creíble. ¡Parecían tan hechos el uno para el otro!... ¡La languidez de Clarisa hubiera podido apoyarse tan bien en el robusto hombro del sobrino!.....

Sin embargo, y á pesar de las apariencias, la certidumbre no existía para nadie. Por otra parte, los culpables, ó mejor dicho, los acusados, tenían siempre sobre sí un par de ojos terriblemente abiertos: los ojos de Zenaida, que observaba hacia mucho tiempo aquel siniestro adulterio que iba desarrollándose en el hogar paterno.

Tenía maneras de evitar sus entrevistas, de llegar cuando menos la esperaban, de que indudablemente resultase, ella, una preocupación constante. Cansada del trabajo de todo el día, cuando llegaba la noche, ins-

talábase en una silla haciendo media, ante la alegría de su primo y los ensueños de sonámbula que tenía su madrestra, quien con su mirada distraída y los brazos caídos, pasaba la noche, y hubiera pasado toda su vida oyendo al apuesto dibujante.

Junto á la confianza ciega y absoluta del viejo Roudic, Zenaida aparecía el verdadero marido desconfiado y celoso: ¡y figuraos lo que sería un marido que fuese mujer, con todos los presentimientos y la clarividencia de la mujer!

Así es que la lucha resultaba terrible entre ella y el mantés; y la guerra de escaramuzas que se hacían abiertamente ocultaba sordas cóleras, misterios de antipatía. El bueno de Roudic se reía, considerando todo aquello como un resto de cariño no confesado y de galante parentesco; pero Clarisa, al oírles, tenía palideces, desvanecimientos de todo su endeble ser, que demostraban que se consideraba incapaz de luchar, y se desesperaba ante su propia falta.

En el momento de nuestro relato, Zenaida triunfaba. Había maniobrado tan hábilmente en el castillo, que el director, no pudiendo decidir al mantés á que se marchase á Guérigny, acababa de mandarlo á Saint-Nazaire para estudiar, por cuenta de la fábrica, las máquinas de nuevo modelo que estaban á punto de instalar los buques trasatlánticos. Era cuestión de algunos meses el levantamiento de planos y la confección de dibujos. Clarisa no odiaba á su hijastra por aquella separación, que sabía era obra suya, sino que sentía, por el contrario, cierto bienestar. Era de esas que dicen: "Defendedme," en la languidez de su coquetería; y ya vemos que Zenaida se las arreglaba bien para defenderla.

Jack había comprendido desde los primeros días que entre aquellas dos mujeres había un secreto. Las quería á las dos igual. La alegría de Zenaida, hija de su valor y de su tranquilidad de alma, lo deleitaba, en tanto que la señora Roudic, más cuidada, más mujer, halagaba las antiguas costumbres de sus ojos, los instintos de su pasada elegancia. Encontrábalo cierta semejanza con su madre. Sin embargo, Ida era todo alegría: viva, charlatana, animadísima; y esta otra, silenciosa, reflexiva, una de esas mujeres cuya fantasía viaja tanto más cuanto mayor es la inactividad de su cuerpo. Además, no tenía facciones parecidas, ni semejante manera de andar, ni igual color de pelo. No importa, se parecían; y era un parecido íntimo, como el que resultaría de un mismo perfume echado á un vestido, de un mismo pliegue en los azares de un traje, de algo más sutil aún, que sólo un habilísimo químico del alma humana hubiera podido analizar.

Con Clarisa y Zenaida, el aprendiz se encontraba más á sus anchas que con Roudic, protegido por ellas, por esa distinción, ese refinamiento que en las clases obreras pone á las madres y á los hijos por encima de los padres y los maridos.

A veces, los domingos, ahora que el mal tiempo le impedía salir, leía para ellas.

Esto era en la sala baja, una habitación grande, adornada de mapas colgados de las paredes; de una vista de Nápoles, de colores rabiosos, de enormes conchas, de esponjas endurecidas, de moluscos disecados, de todos esos accesorios exóticos que la mar vecina, la llegada de los buques, vierten en aquel país dentro de las casas modestas. Pañitos de crochet en todos los muebles; un

sofá y una butaca de terciopelo de Utrecht, completaban aquel lujo relativo. La butaca, sobre todo, hacía las delicias del señor Roudic. Allí se instalaba cómodamente para escuchar la lectura, mientras Clarisa permanecía en su sitio de costumbre, junto á la ventana, en una actitud de espera y de melancolía, y mientras Zenaida, colocando aun por encima del deber religioso todas las exigencias de la casa, aprovechaba el domingo, que no iba á coser, para repasar la ropa de la casa, sin olvidar los trajes azules del aprendiz.

Jack bajaba de su desván con uno de los libros del doctor, y empezaba la sesión.

Desde los primeros renglones, los ojos del bueno de Roudic parpadeaban, se abrían desmesuradamente, y luego, fatigados por el esfuerzo, se cerraban por completo.

Aquel pícaro sueño, traía su desesperación; aquel sueño que se apoderaba de él en cuanto se quedaba quieto, en cuanto sentía aquel bienestar de hallarse sentado, del cual no tenía costumbre de disfrutar; sueño aumentado también por lo blando de la famosa butaca. Se avergonzaba á causa de su mujer, y de cuando en cuando, preocupado por esa idea, para hacer ver que escuchaba, que no dormía, hablaba en voz alta como si soñara. Hasta había adoptado una frase para aquella atención simulada: un "¡es asombroso!"... mal articulado, que llegaba siempre en los pasajes más ordinarios y que sólo servía para demostrar más claramente la ausencia completa de su espíritu.

Y es que tampoco eran nada divertidos los libracos de que el señor Rivals había atestado el baúl del amigo Jack. Traducciones de poetas antiguos, cartas de Séneca.

ta, vidas de Plutarco, un Dante, un Virgilio, un Homero, algunos libros de historia, y eso era todo. Muy á menudo el niño leía sin comprender lo que leía; pero se empeñaba en continuar, estimulado por la promesa que había hecho y la persuasión de que los libros impedirían que bajase demasiado al nivel que lo rodeaba. Leía valerosamente, piadosamente, esperando siempre ver alguna luz que brillara entre los oscuros renglones, con el mismo fervor que la mujer piadosa emplea en la iglesia para leer su libro de misa, aunque esté en latín.

El libro que prefería entre todos, y que leía con más frecuencia, era "El infierno," de Dante. La descripción de todos aquellos suplicios le impresionaban. Mezclábase en su imaginación de niño el espectáculo que todos los días tenía á la vista. Aquellos hombres medio desnudos, aquellas llamas, aquellos grandes fosos de la fragua por donde el metal fundido corría como ríos de sangre, veíalos pasar por las estrofas del poeta, y los crujidos del vapor, el chirrido de las sierras gigantes, los golpes sordos del martillo retumbaban en los humeantes departamentos, hacían que se parecieran, para él, á los antros del infierno.

Un domingo Jack leía ante su auditorio ordinario un pasaje de su poeta favorito. Como de costumbre, el señor Rondic se había dormido desde el principio, conservando aquella bondadosa sonrisa de interés, cuya forma había aprendido su boca, y que le permitía decir sin despertar: "¡Es asombroso!" Las dos mujeres, por el contrario, seguían la lectura con una atención profunda é impresiones diferentes.

Era el episodio de Francisco de Rimini:

"No hay dolor más grande que acordarse de los tiempos felices cuando se está en el infortunio".....

Mientras el aprendiz leía, Clarisa inclinaba la cabeza temblando. Zenaida, con las cejas fruncidas, erguida en su silla, tiraba de la aguja con furor.

Aquella poesía grandiosa, atravesando el silencio de aquella humilde morada de obreros, parecía estar á muchos cielos por cima de ellos, de sus impresiones, de sus ocupaciones, de su vida ordinaria; y, sin embargo, al pasar por allí, removía mundos de pensamientos, tocaba en aquellos corazones, y, semejante al rayo poderoso, llevaba consigo una electricidad peligrosa, llena de caprichos y de rarezas.

Las lágrimas brotaban de los ojos de la señora Rondic escuchando aquella historia de amor. Sin notar que su madrastra lloraba, cuando concluyó el relato, Zenaida fué la primera que habló:

—¡Vaya una mujer mala é imprudente, dijo indignada, que se atrevía á relatar su crimen y á envanecerse con él!

—Verdad que era muy culpable, respondió Clarisa; pero muy desgraciada también.

—¿Desgraciada ella?... No diga usted eso, madre... ¡Cualquiera diría que compadece usted á esa Francisca, que amaba al hermano de su marido!.....

—¡Sí, hija mía! Pero lo amaba antes de casarse, y le habían obligado á casarse con un hombre á quien no quería.

—Obligado, no; y una vez casada, tenía el deber de serle fiel. El libro dice que era viejo; pero á mí me parece que esa era una razón para que lo respetase más

y evitar que los demás se riesen de él. ¡Bien hizo el viejo matándolos á los dos! Se lo merecían.

Hablaba con una violencia terrible, con todo su amor de hija, todo su honor de mujer sublevados y también con ese cruel candor de la juventud que juzga la vida según el ideal que se ha forjado, sin conocer, sin prever nada todavía.

Clarisa no contestó. Había levantado la cortina, y miraba hacia la calle. Roudic, medio despierto, abría un ojo y exclamaba: "¡Es asombroso!" Jack, con la mirada fija en el libro, pensaba en lo que acababa de leer y en la discusión acalorada que había promovido su tectura. ¡De modo que en aquel medio ignorante y humilde, á cuatrocientos años de distancia, la inmortal leyenda de adulterio y amor, leída por un niño que apenas la comprendía, encontraba un eco inesperado! Y esa es la verdadera grandeza, el verdadero poder de los poetas: dirigirse á todos en la historia de una sola, seguir, en la apariencia inmóvil, todos los viajes de la vida, como la luna en las noches hermosas parece levantarse al mismo tiempo por todos los puntos del horizonte acompañada de una piadosa ternura, de una mirada amistosa, iluminando todas las veredas aisladas, todos los recodos del camino.

—¡Ahora sí que estoy seguro: es él!.... dijo Jack de pronto, dando un salto en la silla.

Por la callejuela de obreros acababa de pasar una sombra, á la vez que se oía una voz bien conocida del muchacho.

—¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!

Echóse á la calle precipitadamente, pero ya Clarisa lo

había precedido; y cuando él salía, ella entraba estrujando una carta entre sus manos.....

El vendedor ambulante iba ya lejos, á pesar de su espantosa cojera y el enorme montón de gorras y de sombreros de fieltro, bajo el cual caminaba, doblándose por la mitad, porque la carga de invierno era mucho más pesada que la de verano. Ya iba á doblar la esquina del muelle, cuando Jack gritó:

—¡Eh! ¡Belisario!.....

El otro se volvió, con la fisonomía animada por su habitual sonrisa bondadosa.

—Ya sabía yo que era usted. ¿Qué hace por aquí Belisario?

—Pues nada: lo de siempre, señorito Jack. Mi padre quería que me estuviese en Nantes, porque se encontraba enfermo el marido de mi hermana. Por darle gusto me detuve allí. Hago excursiones á todos lados: á Chatenay, á la Indre baja. Por todos esos sitios hay una porción de fábricas, y el negocio no va muy mal. Pero aquí es donde más vendo. Además, hago encargos también para Nantes y para Saint-Nazaire, añadió guiñando el ojo y señalando hacia casa de Roudic, que se hallaba próxima al sitio donde estaban hablando.

Belisario estaba bastante satisfecho. Enviaba todo el dinero que tenía á París para su padre y para los niños. La enfermedad de su cuñado le costaba mucho dinero también; pero trabajando todo se arreglaba y se iba saliendo adelante, y si no hubiera sido por los pícaros zapatos.....

—¿Qué? ¿Le siguen á usted haciendo daño? dijo Jack.

—¡Oh! Siempre..... Sabe usted que para que no me molestasen tendría que mandarme hacer unos á la

medida; pero eso es muy caro y sólo pueden hacerlo los ricos.

Después de hablar de sí mismo Belisario, titubeó un momento, y luego preguntó á su vez:

—¿Qué le ha sucedido á usted, señorito Jack, para que me lo encuentre hecho un obrero ahora? ¿Qué bonita era aquella casita que tenían ustedes!

El aprendiz no sabía qué contestar. Se avergonzaba de sus manos ennegrecidas y de su traza de obrero. Entonces el vendedor ambulante, viéndolo turbado, se interrumpió:

—¿Qué bueno estaba el jamón, eh! Y aquella señora, que parecía tan buena, ¿cómo está? Era su mamá de usted, ¿no es verdad? Se parece usted mucho á ella.

Jack sentíase tan feliz oyendo hablar de su madre, que se hubiera estado allí en la calle todo el santo día siguiendo la conversación; pero Belisario no podía entretenerse. Acababan de darle una carta muy urgente para llevar á su destino... Y seguía guiñando el ojo y mirando á la misma ventana... Tenía que marcharse.

Diéronse un apretón de manos, y el vendedor se marchó, encorvado, cojeando, con aire de enfermo, levantando los pies á cada paso como un caballo cojo, y Jack lo seguía con una mirada enternecida, como si estuviese viendo el camino de Corbeil, con su florido bosque, desarróllándose bajo las pisadas fatigadas de aquel indio errante buhonero.

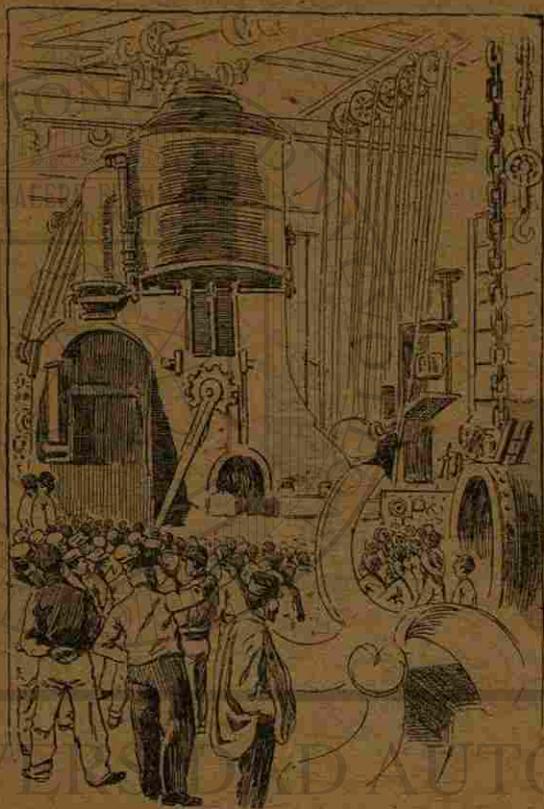
Cuando el aprendiz volvió á entrar, la señora Roudic, muy pálida, lo estaba esperando detrás de la puerta.

—Jack, preguntó en voz baja, con labio tembloroso: ¿qué te ha dicho ese hombre?

Contestó que se habían conocido en Etiolles, y que habían hablado de sus padres.

Ella dió un suspiro de consuelo. Pero aquella noche estuvo pensativa, aún más, que de costumbre, más abrumada, más fatigosa. Parecía que el peso de su rubia cabellera había aumentado con el de algún terrible remordimiento.





Acababan de terminar una soberbia máquina. . . .



III

Las máquinas.

“Castillo de las Aulnettes, por Etiolles.

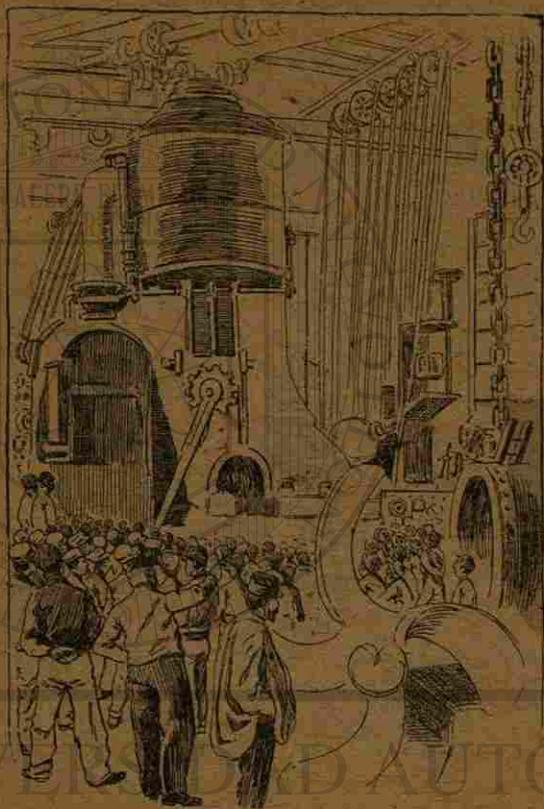
“No estoy contenta de ti, hijo mío. El Sr. Roudie acaba de escribir á su hermano una larga carta hablando de ti, y aun haciendo el mayor elogio de tu dulzura y de tu buena educación, declara que, desde que estás en Indret, no has hecho el menor progreso, y que decididamente no le parece apto para el oficio de herrero. Ya te figurarás la pena que esto nos ha causado. Si tú no sales adelante con todas las buenas disposiciones que esos señores habían notado en ti, es porque no trabajas, y esta mala voluntad nos sorprende y nos aflige.

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
CALLE DE S. JUAN DE BURGOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCION GENERAL DE

®



Acababan de terminar una soberbia máquina. . . .



III

Las máquinas.

“Castillo de las Aulnettes, por Etiolles.

“No estoy contenta de ti, hijo mío. El Sr. Roudie acaba de escribir á su hermano una larga carta hablando de ti, y aun ha-

ciendo el mayor elogio de tu dulzura y de tu buena educación, declara que, desde que estás en Indret, no has hecho el menor progreso, y que decididamente no le parece apto para el oficio de herrero. Ya te figurarás la pena que esto nos ha causado. Si tú no sales adelante con todas las buenas disposiciones que esos señores habían notado en ti, es porque no trabajas, y esta mala voluntad nos sorprende y nos aflige.

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
CALLE DE S. JUAN, 10

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCION GENERAL DE

®

"Nuestros amigos están muy disgustados por lo que ocurre, y yo tengo el sentimiento de oír hablar todos los días de mi hijo, en los términos más desagradables. Roudic dice también en su carta, que el aire de los talleres no te sienta bien, que toses mucho, que estás pálido y debilitado hasta inspirar compasión, y que da vergüenza encomendarte cualquier trabajo, porque al menor esfuerzo te corre el sudor por la frente. En verdad, no me explico esta debilidad en un ser que todo el mundo encontraba tan robusto. Ciertamente que no iré hasta a decir, como todos los demás, que en esto hay mucho de pereza, y sobre todo ese deseo de lamentarse, común á todos los niños. Yo conozco á mi Jack, y sé que es incapaz de una superchería. Pero imagino que comete imprudencias, que sales por la noche desabrigado, que olvidas cerrar la ventana ó ponerte al cuello el pañuelo que te he enviado. Haces mal, hijo mío. Ante todo hay que cuidar tu salud. Piensa que tienes necesidad de todas tus fuerzas para cumplir tu obra. Cuidate, y trabajarás bien.

"Convenzo en que el trabajo que haces no debe ser siempre cómodo, y que sería más agradable correr por el bosque con el guarda; pero recuerda que el señor D'Argenton te decía: "La vida no es una novela." Y él sabe lo que se dice, porque la vida es dura, bien dura para él y su oficio es mucho más penoso que el tuyo.

"Ya sabes cuántas envidias, cuántas sordas conspiraciones trabajan contra este gran poeta. Tienen miedo á su genio; le quieren impedir que produzca. Adivina lo que han hecho, hace algún tiempo, en el Teatro Francés. Han recibido una pieza que es completamente su "Hija de Fausto," de que tantas veces nos has oído ha-

blar. Naturalmente, no es su obra la que han plagiado, porque aún no está escrita; pero sí su idea, sí su título. ¿De quién sospechar? Está rodeado de amigos fieles, interesados en su porvenir. Hemos pensado por un momento en la tía Archambault, que anda siempre escuchando y mirando por las cerraduras. Pero ¿cómo se habrá arreglado para retener el plan de la pieza y contarlo á los interesados, ella, que apenas sabe una palabra de francés?

"Sea de ello lo que quiera, nuestro amigo está muy afectado por esta nueva decepción. En el primer momento ha tenido hasta tres crisis por día. Debo decir que el señor Hirsch se ha portado en estas circunstancias de un modo admirable; y buena suerte ha sido tenerlo á nuestro lado, porque el señor Rivals continúa portándose mal. ¿Comprendes que no haya venido una sola vez á pedir noticias de nuestro pobre enfermo? A este propósito, querido hijo, es preciso que te diga una cosa: hemos sabido que sostienes una continua correspondencia con el doctor y con Cecilia, y debo prevenirte que el señor D'Argenton no mira esto con buenos ojos. El señor Rivals acaso es un buen hombre, pero es un espíritu rutinario, retrógrado, que no ha vacilado en tratar de apartarte, aun delante de nosotros, de lo que es manifiestamente tu vocación. Y, además, ya ves, hijo mío, en general, es menester no tener relaciones más que con las gentes de la propia clase, de su oficio, y permanecer, en lo posible, en su esfera. Sin esto se arriesga, es desanimarse, es dejarse arrastar por toda suerte de quiméricas aspiraciones, que sacan de quicio la existencia.

"Cuanto á tu amistad por la pequeña Cecilia, el señor D'Argenton piensa, y yo soy de su opinión, que estas co-

sas son niñerías que deben pasar, pues de lo contrario, llenan la vida y la distraen del recto y verdadero camino. Harás, pues, muy bien en interrumpir relaciones que solo han podido perjudicarte, y que acaso no son extrañas al singular disgusto que muestras por una carrera emprendida á gusto y con todo ardor. Yo espero que comprenderás, querido hijo, que te hablo así por tu interés. Piensa que vas á cumplir quince años, que has emprendido un buen oficio que abre ante ti un porvenir, y no des la razón á los que han anunciado que jamás harías nada bueno.

“Tu madre, que te ama.

“CARLOTA.

“Post-scriptum.”—A las diez de la noche.—Querido mío, esos señores acaban de salir. Aprovecho la ocasión para añadir alguna línea á mi carta, diciéndote lo que te diría si estuvieras á mi lado. No te desanimes, Jack mío; sobre todo no te apoques. Ya sabes cómo es él. Muy bueno, pero inexorable. Ha resuelto que seas obrero, y es preciso que llegues á serlo. Todo lo que digas, de nada ha de servir, porque tiene su idea fija. ¿Es justa? No lo sé. Todo lo que aquí digo acaba por trastornarme la cabeza. Lo que hay de seguro, es que no hay necesidad de que te pongas malo. Yo te lo suplico, Jack mío, cuidate. Tápate bien por la noche, cuando salgas. Debe haber humedad en esa isla. Presérvate de la niebla. Y escríbeme á casa de los Archambault si tienes necesidad de alguna cosa. . . . ¿Te queda todavía chocolate para tomar por la mañana? . . . Para esto, para las pequeñas provisiones, siso todos los días una pequeña suma de dinero de mi “toilette.” Figúrate que me has hecho eco-

nómica; sobre todo, trabajo. Piensa que llegará un día, que acaso no está lejos, en que tu madre necesitará tu apoyo.

“¡Si tú supieras qué triste estoy algunos días al pensar en el porvenir!! Sin contar que la existencia no es muy alegre aquí, sobre todo después de este último asunto. No soy dichosa todos los días. Sólo que, ya me conoces, las penas se me pasan pronto. Llora y río en el mismo momento, sin poder explicármelo. Por lo demás, haría muy mal en quejarme. El es nervioso, como todos los artistas; pero no es posible figurarse cuánta generosidad y cuánta grandeza hay en el fondo de su alma. Adiós, querido mío. Acabo mi carta, que la tía Archambault va á poner en el correo al irse. Temo que no conservemos mucho tiempo á esta buena mujer. El señor D'Argenton desconfía de ella. La cree pagada por sus enemigos para robarle los asuntos de sus libros y sus dramas. Parece que esto es cosa corriente. Te quiero y te envío muchos besos, mi querido Jack. . . . Todos estos puntos suspensivos son besos para ti.”

Detrás de las páginas de esta carta Jack vió claramente dos rostros, el de D'Argenton, doctoral y dictando, y el de su madre, de su madre entregada á sí misma, y que desde lejos lo abrazaba y lo rodeaba de sus zalamerías. ¡Cómo se la notaba oprimida á la pobre mujer! ¡Qué ahogo el de su naturaleza expansiva! Como la imaginación de los niños traduce sus pensamientos en imágenes con facilidad, parecíale á Jack, mientras leía, que su Ida—para él siempre se llamaba Ida,—encerrada en la torrecilla de “Parva domus,” lo llamaba en su ayuda como á su salvador.

¡Oh, sí! El iba á trabajar, á vencer sus repugnancias,

á convertirse en un obrero, trabajando de firme y ganándose bien su vida, para sacar á su madre de allí, para arrancarla á aquella tiranía. Y en seguida encerró todos sus libros, poetas, historiadores, filósofos, en el cajón del señor Rivals, que clavó por temor á las tentaciones. No quería leer más, abrir su espíritu á tantos caminos que le distraían. Quería guardar todas sus fuerzas, todos sus pensamientos para el objeto que le mostraba su madre.

—Tienes razón, pequeño, le dijo Roudic. Los libros os llenan de viento la cabeza y os distraen del trabajo. No hay necesidad de saber tanto en nuestro oficio; y puesto que tienes la buena voluntad de aprender, mira lo que te propongo: Yo trabajo horas suplementarias por la noche, y aun los domingos. Si quieres, ven conmigo, y mientras trabajamos, yo te enseñaré á manejar el hierro. Acaso seré yo más paciente y más feliz que Lebescam.

A partir de aquel día, se hizo así. Después de comer, el ajustador, encargado de un trabajo especial, se llevaba con él el niño á la fábrica desierta, apagada, recogida como si preparase fuerzas nuevas para el trabajo del día siguiente. Una pequeña lámpara colocada sobre un banco, alumbraba solo la obra de Roudic. Todo el resto del taller estaba sumergido en la sombra fantástica con que la luna dibujaba los objetos por masas, sin precisarlos. Todo eran saltos y brincos, en las paredes donde estaban colgadas las herramientas. Los tornos se alineaban en largas filas. Las cuerdas, las manivelas, las bobinas se entrecruzaban contenidas, inmóviles, mientras que trozos de metal, limaduras relucían en el suelo y crujían á cada paso, caídos de los bancos como prueba del trabajo hecho.

Roudic, inclinado, abstraído, manejaba sus instrumentos minuciosos, con los ojos fijos todo el tiempo en la aguja cronométrica. Ningún otro ruido que el rechinar del torno movido por los pedales y el susurro del agua que caía gota á gota sobre la rueda, girando á toda velocidad. En pie, al lado del contramaestre, Jack ocupábase en desbaratar cualquiera pieza, poniendo en ello todas sus fuerzas, haciendo por tomar gusto al oficio. Pero decididamente faltábale la vocación.

—Esto es cosa resuelta, pequeño, le decía Roudic. No tienes el sentimiento de la lima.

Sin embargo, el pequeño hacía todo lo posible y no se daba un instante de reposo. Algunos domingos lo llevaba el contramaestre á visitar la fábrica detalladamente, y le explicaba el funcionamiento de todas aquellas poderosas máquinas, cuyos nombres eran tan bárbaros, tan complicados como su aspecto.

“Máquina de pulimentar agujeros de botón para manivelas.”

“Máquina de abrir muescas en cabezas de tornillos.”

Le detallaba pieza por pieza con entusiasmo, todo aquel engranaje de ruedas, de sierras, de tuercas gigantes; le hacía admirar el maravilloso ajuste de aquellas mil partes, formando un todo tan completo. De estas explicaciones, Jack no retenía más que algún nombre cruel, quirúrgico, que le hacía pensar en alguna trepanación formidable, en la que la interminable barrena hubiera penetrado en su cerebro. Todavía no había podido vencer el terror que le causaban todas aquellas fuerzas inconscientes, brutales, implacables, á las cuales se había entregado. Movidas por el vapor, le hacían el efecto de bestias feroces, que le acechaban al paso

para agarrarlo, desgarrarlo, hacerlo pedazos. Inmóviles, frías, parecían aún más amenazadoras con las mandíbulas abiertas, los garfios tendidos, ó todos sus aparatos de destrucción ocultos con una apariencia de crueldad satisfecha. Una vez, sin embargo, fué testigo de una ceremonia conmovedora que le hizo comprender mejor que todas las explicaciones de Roudi, que había cierta hermosura, cierta grandeza en aquellas cosas.

Se iba á terminar, para un cañonero del Estado, una soberbia máquina de vapor de mil caballos de fuerza. Esta máquina se encontraba hacia ya mucho tiempo en la galería de montaje, cuyo fondo ocupaba por completo, rodeada de una nube de obreros, en pie, completa, pero no acabada. Con frecuencia Jack, al pasar, la miraba de lejos; sólo á través de los cristales, porque nadie, á excepción de los ajustadores, tenía derecho á entrar. Tan pronto como estuviese terminada, la máquina debía partir para Saint-Nazaire, y lo que constituía la belleza, la rareza de aquella partida es que, á pesar de su enorme peso y de su complicación, los ingenieros de Indret habían decidido embarcarla montada por completo y en una sola pieza, permitiendo este atrevimiento los formidables aparatos de transbordo de que dispone la fábrica. Todos los días se decía: "Será mañana," pero siempre había en el último momento un detalle que vigilar, algo que reparar, que perfeccionar. Al fin estaba dispuesta, y se dió la orden de embarcar.

Fué aquel un día de fiesta para Indret. A la hora fija estaban cerrados todos los talleres, las casas y las calles desiertas. Hombres, mujeres, niños, todos los habitantes de la isla habían querido ver la máquina salir de la galería de montaje, bajar el Loira y pasar al transpor-

te que debía llevarse. Mucho antes de que abriesen el gran portalón, la multitud se había amontonado en los alrededores en un tumulto de espera, con ruido de fiesta. Al fin se abrieron las puertas del taller, y en la sombra del fondo se vió avanzar la enorme masa lenta, pesadamente, conducida sobre una plataforma con ruedas, que dentro de un momento iba á servir de punto de apoyo para levantarla, y que arrastraban sobre los rails palancas movidas por el vapor.

Cuando salió á la luz, brillante, grandiosa y sólida, fué acogida por una inmensa aclamación.

Detúvose un momento como para tomar aliento y dejarse admirar á la luz del sol, que la hacía resplandecer. Entre los dos mil obreros de la fábrica, acaso no se encontraba uno que no hubiera cooperado á aquel hermoso trabajo en la medida de su talento ó de sus fuerzas. Pero habían trabajado aisladamente, cada uno de su lado, como el soldado combate durante la batalla, perdido en la multitud y el ruido tirando delante de sí, sin juzgar del efecto ó de la utilidad de sus disparos, envuelto en el humo que le impide ver nada fuera del rincón donde se encuentra.

Ahora veían á su máquina, erguida y completa, ajustada pieza á pieza. ¡Y qué orgullosos estaban! En un momento fué rodeada y saludada con vivas y gritos de triunfo. Admirábanla como entendidos, la acariciaban con sus rugosas manos, la hablaban en su rudo lenguaje: "¿Cómo va, querida?" Los fundidores mostraban con orgullo las enormes hélices de bronce macizo, diciendo: "Nosotros las hemos fundido." Los forjadores respondían: "Nosotros hemos trabajado el hierro, y ahí dentro va nuestro sudor." Y los caldereros, los remacha-

dores, celebraban, no sin razón, el enorme depósito pintado de rojo, dado de minio como un elefante de combate. Si estos alababan el metal, los ingenieros, los dibujantes, los ajustadores, se enorgullecían de la forma. Hasta nuestro amigo Jack decía mirando sus manos: "¡Ah, pícaro, buenas ampollas me has costado!"

Para apartar á aquella multitud fanática, entusiasta como un pueblo de la India en las fiestas de Djaggenanthi, y que el brutal ídolo habría podido aplastar á su paso, hubo necesidad casi de emplear la fuerza. Los vigilantes corrían por todas partes, dando empujones para dejar libre el camino; y bien pronto no quedaron alrededor de la máquina más que treseientos compañeros, escogidos en todos los talleres entre los más robustos, y que, armados de barras ó unidos á gruesas cadenas, no esperaban más que una señal para poner el monstruo en movimiento.

—¿Estáis todos, muchachos? ¡Oh! ¡Iza!

Dejóse oír un agudo silbido, y la máquina comenzó á moverse en los rails, brillando en su masa el cobre, el bronce, el acero y sonando con ruidos metálicos sus tornillos, volantes y pistones. De la misma manera que á un monumento terminado que abandonan los obreros, se la había adornado en lo alto con un enorme "bouquet" de follaje, que coronaba todo aquel trabajo del hombre como una gracia, una sonrisa de la naturaleza; y mientras que abajo la enorme masa de metal avanzaba penosamente, arriba el penacho de verdura se inclinaba y se erguía á cada paso, y murmuraba dulcemente en el aire puro. A los dos lados formábala cortejo la multitud, marchando todos mezclados, director, inspectores, aprendices, compañeros, con los ojos fijos en la

máquina; y el silbato infatigable los guiaba hacia el río donde humeaba una chalupa de vapor, pegada al muelle, presta á partir.

Hela ya colocada bajo la grúa, la enorme grúa de vapor de la fábrica de Indret, la palanca más poderosa del mundo. Dos hombres han subido sobre el tren que se va á elevar con ella, con la ayuda de cables de hierro, unidos todos por encima del "bouquet" por un anillo monstruoso, forjado de una sola pieza. Silba el vapor, el silbato redobla sus notas agudas, apresuradas, alegres, animadoras. El gancho de la grúa desciende como un gran cuello de pájaro, coge á la máquina con su pico curvado y la levanta lentamente, suavemente, por tiempos. En este momento la máquina domina la multitud, la fábrica, todo el Indret. Ahora todo el mundo puede verla y admirarla á su placer. En el oro del sol, donde se destaca, parecía decir adiós á los numerosos talleres que le han dado la vida, el movimiento, hasta la palabra, y á los cuales no verá más. Por su parte, los compañeros experimentan al contemplarla, la satisfacción de la obra terminada, esa emoción singular y divina que recompensa en un minuto los esfuerzos de todo un año y pone por encima de la pena sufrida el orgullo de la dificultad vencida.

—¡Eso es toda una pieza!... murmuró el viejo Roudic grave, los brazos desnudos, todavía temblando del esfuerzo hecho, y secándose los ojos humedecidos por lágrimas de admiración.

El silbato no ha parado su música excitante. Pero la grúa comienza á girar, á inclinarse del lado del río para depositar la máquina en la chalupa impaciente.

De pronto dejóse oír un crujido sordo, seguido de un

grito desgarrador, espantoso, que encuentra eco en todos los pechos. En la emoción que flota en los aires, reconócese á la muerte, la muerte imprevista, súbita que se abre paso con mano violenta y fuerte. Durante un minuto reinó un tumulto, un terror indescriptibles. ¿Qué ha sucedido? Uno de los obreros subidos en la plataforma acaba de ser cogido entre una de las cadenas de soporte, súbitamente estiradas, y el duro metal de la máquina. "¡Pronto, pronto, muchachos, contravapor!" Pero son inútiles todas los esfuerzos hechos para arrancar al desgraciado á la horrible bestia: todo ha terminado. Alzarse todas las frentes, tiéndense todos los brazos en una maldición suprema; y las mujeres, gritando, se tapan los ojos con sus pañuelos para no ver los restos informes que cargan en unas barihuelas. El hombre ha sido deshecho, cortado en dos pedazos. La sangre, lanzada con violencia, ha salpicado los cobres, los acerós, hasta el verde penacho. No más silbato, no más gritos. La máquina acaba su evolución en medio de un silencio siniestro, mientras que un grupo se aleja hacia la población, portadores, mujeres, todo en tristísimo cortejo.

Ahora se ve el temor en todos los ojos. La obra se ha hecho peligrosa. Ha recibido el bautismo de sangre y vuelto su fuerza contra los que se la habían confiado. Por eso todos los pechos lanzan un suspiro de descanso cuando el monstruo cae sobre la chalupa, que baja ante su peso, enviando á las orillas dos ó tres grandes olas. Todo el río se estremece, y parece decir: "¡Cómo pesa!" ¡Oh, sí, pesa mucho! Y los compañeros se miran unos á otros.

Hela al fin cargada, con su árbol de hélice y sus calderas al lado. Secada de prisa la sangre que la mancha-

ba, ha recobrado su esplendor primero, pero no su impassibilidad inerte. Erguida y fiera sobre el puente del buque que se la lleva, y que parece arrastrar ella misma, dirígese presurosa hacia el mar, como si se le liciera tarde para comer carbón, devorar el espacio y sacudir su penacho de humo en el sitio que ahora sacude su "bouquet" de follaje. Está tan hermosa así, que los obreros de Indret han olvidado su crimen, y saludando su partida con un inmenso y último "hurra," la siguen, la acompañan con ojos amorosos. . . . ; Anda, máquina, haz tu camino á través de los mundos! Sigue tu línea trazada, derecha é inexorable. Marcha contra el viento, contra la mar y sus tempestades. Los hombres te han hecho bastante fuerte para que no tengas nada que temer. Pero ya que eres fuerte, no seas mala. Contén ese poder terrible que acabas de ensayar al partir. Dirige la nave sin cólera, y sobre todo, respeta la vida humana, si quieres hacer honor á la fábrica de Indret!

Aquella noche hubo, de un extremo á otro de la isla, un gran trajín de risas y de bromas. Aunque el accidente del día hubiera enfriado un poco los entusiasmos, todas las familias quisieron disfrutar de la fiesta preparada. Aquella no era la isla del trabajo anhelante y cansada, que por la noche se dormía tan pronto. Por todas partes, hasta en el sombrío castillo, se oían cantos, choques de vasos, detrás de los cristales iluminados, cuyos resplandores, reflejados á lo lejos, se mezclaban en el Loira á la claridad de las estrellas. En casa de los Roudic, una larga mesa reunía á los numerosos amigos, todo lo más escogido del taller. Se habló al principio del accidente. . . . Los huérfanos no estaban todavía en edad de trabajar; el director había prometido una pensión á

la viuda. . . . Después la máquina ocupó todos los pensamientos. Aquella larga preocupación de muchos meses, no era ahora más que un recuerdo. Se hacía memoria de los diferentes episodios, las dificultades del trabajo. Había que oír á Lebescam, el velludo gigante, contar la resistencia del metal y cuánto le había costado ablandarlo en la forja:

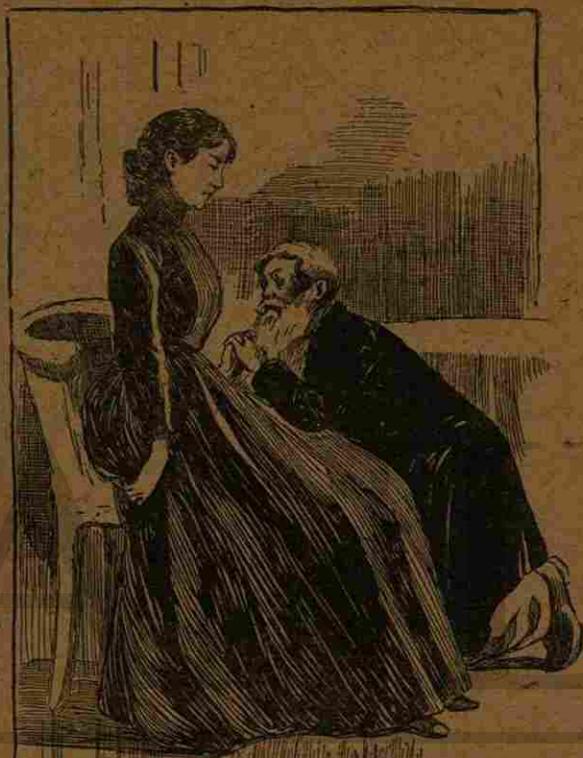
—Advierto que la soldadura no agarra. . . . ¡Atención! Digo á los compañeros. . . . vengan golpes derechos. ¡Ea, sobre mí, y de prisa!

Creía estar todavía allí. Sus puños cerrados caían sobre la mesa y la hacían temblar. Sus ojos llameaban como si la fragua reflejase en ellos. Jack escuchaba también con interés por la primera vez. Era el quinto entre los veteranos; y como estos recuerdos de grandes trabajos debían secar de un modo terrible los gaznates, se comprende que menudearan los tragos. Luego se pusieron á cantar; porque hay que acabar por esto cuando la reunión es bastante numerosa para atacar en coro: "Hacia las costas de Francia." Y Jack, mezclando su voz de aquel concierto repetía con los demás:

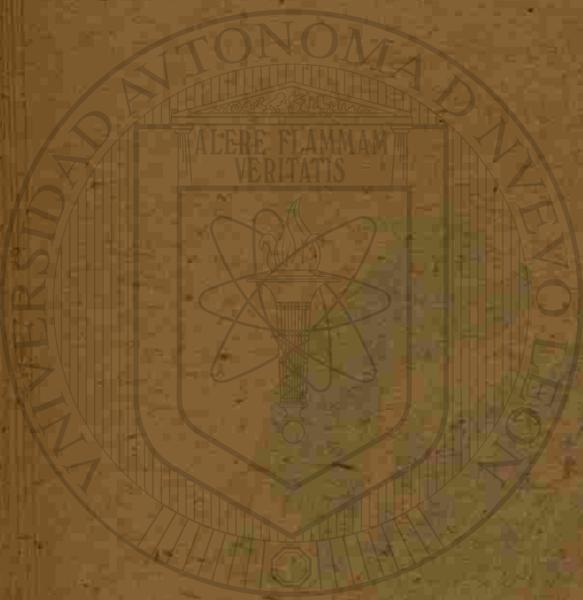
Bogad, bogad,
boguemos cantando.

Si los habitantes de las Aulnettes lo hubieran visto, habrían quedado contentos de él. Bronceado por el aire libre y el calor de la fragua, las ampollas de sus manos, cicatrizadas en duros callos, cantando aquel estribillo vulgar, pertenecía bien á aquel mundo. Era un verdadero obrero. Y Lebescam se lo hacía notar á Roudic:

—Sea enhorabuena. . . . Ya no tiene el aire que tenía su ascendiz. . . . Comienza á ponerse al paso, ¡mil bombas!



El hombre está de rodillas. . . .



IV

El dote de Zenaida.

En la fábrica, Jack oía con frecuencia á los compañeros bramar á propósito del matrimonio Roudie. Las relaciones de Clarisa y el nantés no eran un secreto para nadie; y al alejar al uno del otro, el Director no había conseguido, sin duda, más que hacer el escándalo más flagrante, é irreparable

la caída de la mujer. Mientras que su sobrino había vivido en Indret, protegido contra sí mismo por la honradez del medio; el respeto á la casa conyugal, donde se advertía más su parentesco y daba á la falta un carácter

más odioso todavía, Clarisa había podido resistir al amor del guapo dibujante. Pero desde que él habitaba en Saint-Nazaire, donde el Director prolongaba expresamente su permanencia de mes en mes, las cosas habían cambiado. Se habían escrito, y después se habían visto.

De Saint-Nazaire al Bajo Indret no hay más que dos horas, y del Bajo Indret sólo un brazo del Loira que atravesar. En el Bajo Indret es donde se veían. El nantés, que no encontraba en los "Trasatlánticos" la disciplina inflexible de la fábrica, se hacía libre cuando quería; y Clarisa, por su parte, tenía para pasar el río, cuando le parecía, el pretexto de las provisiones que no se encontraban en la isla. Habían alquilado un cuarto en una posada de la carretera. En Indret todo el mundo sabía sus relaciones, se hablaba de ello claramente, y cuando Clarisa bajaba la calle Mayor hasta el muelle, á la hora del trabajo, en medio del ruido de la fábrica, cuya bandera arriada la garantizaba contra su marido, notaba cierta sonrisa en los hombres, empleados ó vigilantes que se encontraba al paso, y una familiaridad más atrevida en la manera de saludarla. En la puerta de algunas casas abiertas, detrás de las cortinas levantadas para alguna faena doméstica, adivinaba rostros hostiles, ojos que la vigilaban. Al pasar, oía murmurar: "Ya va... ya va..."

¡Pues bien, sí! Aquello era más fuerte que ella, y allá iba. Allá iba, escoltada por el desprecio de todos, muriéndose de vergüenza y de miedo, con los ojos bajos, el sudor en las sienes, la frente llena de rubor, que el viento fresco del Loira no conseguía disipar siempre. Pero iba. Estas personas indolentes son algunas veces terribles.

Jack sabía todo esto. Había pasado el tiempo en que él y el pequeño Madú se devanaban los sesos para averiguar lo que era una "cocotte." El taller abre pronto los ojos á los niños, y hasta los deprava; y los obreros no se ocultaban de él para llamar á las cosas por su nombre y distinguir á los dos hermanos Roudie, diciendo: "Roudie el cantante" y "Roudie el..." Y reían, porque en el pueblo estas especies de vergüenzas hacen reír. Lo quiere así la vieja sangre gálica.

Jack no se reía. Compadecía á aquel pobre marido tan cándido, tan amante, tan ciego. Compadecía también á aquella pobre mujer, cuya debilidad y cuya indolencia se revelaban hasta en la manera de anudar sus cabellos, de dejar caer sus manos; á aquella silenciosa distraída que tenía siempre el aire de pedirnos perdón. Hubiera querido hablarle, decirle: "Llevad cuidado... se os espía... se os vigila..." Y á aquel barbilindo de nantés, si hubiera podido cogerlo en un rincón y alzarse hasta sus hombros para sacudirlo, avergonzarlo: "¡Idos de aquí... dejad tranquila á esa mujer!"

Pero lo que sobre todo le indignaba, era ver á su amigo Belisario jugar un papel en estas infamias. El honero, á quien su oficio condenaba á correr los caminos, servía de mensajero á los dos culpables, generosos como dos amantes. Muchas veces lo había sorprendido el aprendiz deslizando cartas en el delantal de la señora Roudie, á cambio de alguna moneda, y le había chocado de tal modo ver á su amigo prestar su concurso á estas repugnantes traiciones, que desde hacía algún tiempo rehuía encontrarlo y no se detenía para hablar con él. El otro trataba de dirigirle su más amable sonrisa, de hablarle de aquella linda señora de allá abajo

y de cierta loncha de jamón, pero no producía efecto. "¡Buenos días, buenos días! decía Jack. Otro día... Hoy no tengo tiempo." Y seguía su camino, dejando al buhonero estupefacto y con la boca abierta.

Belisario estaba bien lejos de sospechar el motivo de aquella frialdad. Lo sospechaba tan poco, que un día, encargado de un mensaje urgente para Clarisa, y no habiéndola encontrado en su casa, esperó la salida de los talleres y dió la carta al aprendiz con gran misterio:

—¡Es para la señora Roudic... chist! Nada más que para ella.

Bajo el sobre azulado, pegado con lacre, Jack había reconocido la letra del nantés. Sin duda, éste estaba en la posada esperándola.

—Por mí fe!... No, dijo el aprendiz rechazando la carta, yo no me encargo de esta comisión; y en el lugar de usted, preferiría vender mis sombreros á andar en tráficos parecidos.

Belisario lo miraba asombrado.

—Vamos, añadió Jack, usted sabe lo que hay en esas cartas. Usted lo sabe como yo, como todo el mundo. ¿Y cree usted que está bien ayudar á engañar á un hombre tan bueno?

La faz terrosa del buhonero se puso roja.

—He ahí una mala palabra, señor Jack. Yo no he engañado jamás á nadie, y todos los que conocen á Belisario podrán decirlo. Me dan papeles para que los entregue, los entrego, y nada más. Estas son mis pequeñas ganancias, y como somos tantos en casa, no tengo el derecho de rehusarlas... Mire usted, tengo al viejo, que no trabaja; hijos que criar, el marido de mi her-

mana, que está enfermo. Todo esto no es muy agradable. ¡Y cuesta tanto ganar dinero!... ¡Cuando pienso en que en tanto tiempo como trajino no he podido conseguir hacerme unos zapatos á mi medida, y que ando por los caminos con estos, que me hacen sufrir tanto!... Si yo hubiera querido engañar á las gentes, estaría más rico de lo que estoy.

Tenía un acento tan honrado, tan convencido al hablar de este modo, que no había más remedio que creerlo. Jack intentó hacerle comprender su equivocación. Trabajo perdido. "Sus pequeñas ganancias... los hijos que criar... el viejo que no trabajaba..." Fuerte con estos argumentos, Belisario no buscaba otros. Evidentemente su probidad no era la misma de Jack. Era un honrado sin matices, sin delicadeza de sentimientos, los escrúpulos de conciencia no se encuentran más que por excepción, como una flor rara entre las plantas rústicas, por un azar del terreno ó del viento.

—Yo pertenezco á ese pueblo ahora, pensó Jack de pronto, mirando á su blusa. Y á esta idea le vinieron lágrimas á los ojos. Tendió entonces la mano á Belisario y se alejó, sin decir una palabra.

Que Roudic no supiera nada de lo que pasaba en su casa, no tenía nada de sorprendente, con su vida dedicada toda al taller, rodeado de buenas gentes que respetaban su ciega confianza, formada de ternura y de candidez. Pero Zenaida... Zenaida, ¿en qué pensaba? ¿No estaba ella allí? ¿Argos había perdido los ojos?

Zenaida estaba allí; y más que nunca, al contrario, pues que desde hacía un mes no iba á trabajar. Sus ojos

estaban también abiertos, y hasta habían adquirido una vivacidad y un brillo extraordinarios. Y estos ojos decían en su lenguaje, porque los ojos hablan cuando están contentos:

—Zenaida se va á casar.

No lo decían, lo gritaban:

—Zenaida se va á casar.... Zenaida tiene un novio! Y un gran novio, á fe mía, un sargento de aduaneros, muy ceñido en su uniforme verde, con un bigotillo helicoso y un kepi galoneado sobre la oreja. En todo el puerto de Nantes, con ser, como es, tan grande, y donde jamás faltan aduaneros, no se podrían encontrar dos sargentos Mangin. No había más que uno, y éste iba á ser para Zenaida. Verdad es que le costaba caro, ó al menos costaba caro á Roudic. Siete mil francos en hermosos escudos y en billetes que el buen hombre había ahorrado, sueldo á sueldo, durante veinte años. ¡Siete mil francos! El cabo no había querido menos. Con estas condiciones, consentía en encontrar en Zenaida las facciones más regulares, el talle mejor, y en darle la preferencia sobre todas las grisetas de Nantes y las guapas salineras de Noirmoutiers y de Bourg-de-Batz, que al llevar la sal á la aduana, le hacían la corte asiduamente. Roudic encontraba sus pretensiones un poco duras. Todas sus economías iban á irse en aquello. Y si él moría, ¿qué iba á ser de Clarisa? ¿Y si tenía más hijos? La mujer, en este caso, se había mostrado muy generosa.

—¡Bah! ¿Qué importa? decía. Tú, aún eres joven, puedes trabajar mucho tiempo. Haremos economías. Démosle su sargento. Ya ves que está loca.

Como mujer enamorada, adivinaba, comprendía la pasión.

Desde que había visto la posibilidad de llegar á ser la señora Mangin, de dar el brazo para toda la vida á aquel irresistible sargento, Zenaida ni comía ni bebía. Ella, tan positiva, sumergiase en contemplaciones, en sueños sin fin; permanecía horas enteras delante de su espejo peinándose, mirándose, y sacándose la lengua de pronto con cómica desesperación. La pobre muchacha no se hacía ilusiones sobre sí misma.

—“Bien sé que soy fea, decía, y que el señor Mangin no me quiere por mis bellos ojos; pero no importa. Que sea mi marido, y yo conseguiré que me ame.”

Y la buena criatura movía la cabeza con una sonrisa de satisfacción interior, porque ella sola sabía las provisiones de ternura, de paciencia, de abnegación, que encontraría el que descansara sobre su corazón. La idea fija de aquel matrimonio, la angustia de saber si se realizaría, la alegría de la certidumbre, una vez arreglado el asunto y fijada la fecha, había distraído su activa vigilancia. Por otra parte, el nantés no vivía en Indret. Y además, Clarisa se había mostrado tan buena en aquella ocasión, que Zenaida había casi olvidado sus sospechas. ¿Qué queréis? Antes que hija se es mujer. Algunas veces, cosiendo su “trousscau,” su traje de boda, que se hacía ella misma, acometíanla súbitamente impulsos de reconocimiento; soltaba su dedal, sus tijeras, y saltaba por entre las telas hasta su madrastra:

—¡Oh, madre.... madre!....

Y la besaba, la estrechaba contra su pecho, á riesgo de pincharla, porque su peto estaba cada vez más lleno de agujas y de alfileres en aquella explosión te-

rrible de todos sus talentos de costurera. No veía la palidez de Clarisa ni su turbación. No sentía la fiebre que abrasaba las manos blancas de la joven, con sus manos de virgen, siempre heladas. No notaba ya sus largas y frecuentes ausencias, ni oía lo que se decía en la calle Mayor de Indret. No veía, no escuchaba más que su dicha; vivía en una alegre exaltación, en una embriaguez de independencia.

Ya estaban publicadas las primeras amonestaciones fijado el matrimonio para dentro de quince días, y la casita de los Roudic llena de esos alegres ruidos que preceden á una boda. Todo, abrir y cerrar puertas. Zenaída subía y bajaba diez veces al día la escalerilla de madera, con sus saltos de joven hipopótamo. Y la charla de las amigas, de las comadres, el probar vestidos, la llegada de regalos... la novia recibía muchos, porque aquella muchachota había encontrado medio, á pesar de su aire un poco áspero de hacerse amar de todos. Jack contaba también darle un pequeño recuerdo con ocasión del matrimonio. Su madre le había enviado cien francos, escatimados á la escasa renta de su "toilette" y economizados difícilmente, porque el poeta llevaba la cuenta exactísima de todos los gastos de la casa.

"Este dinero es tuyo, Jack mío, decía Carlota. Lo he apartado para tí. Con él comprarás un regalillo para la señorita Roudic, y un traje para tí. Quiero que figures honrosamente en esa ceremonia, y tu guardarropa debe estar en lamentable estado, si, como me escribes, no te sirve ya tu traje inglés. Ponte guapo y diviértete. Sobre todo, no me hables de este envío en tus cartas. No hables tampoco á los Roudic. Querrán darme las gracias, y esto me haría tener grandes disgustos. El

tienes ahora los nervios muy excitados. Trabaja mucho este pobre amigo. ¡Y lo combaten tanto!...

"Todos se han conjurado para impedirle que llegue; en fin es cosa convenida. No digas que estos cien francos proceden de mí. Dí que son tus pequeñas economías."

Hacía dos días que Jack se sentía orgulloso de tener aquel dinero en su bolsillo. Realmente, las monedas de oro equilibraban su andar; le daban una alegría pesada y llena de aplomo. Se alegraba de tener ropa nueva, limpia, y no su horrible traje de fogonero, gastado por numerosos lavados. Para esto había que ir á Nantes, y esperaba el próximo domingo con impaciencia. ¡Ir á Nantes! Otra fiesta más; y lo que le encantaba por encima de todo, era pensar que todas aquellas alegrías se las debía á su madre. Un solo punto le embarazaba: la elección del regalo para Zenaída. ¿Qué es lo que se regala á una joven que se casa? ¿Cómo darle gusto? ¿Cómo adivinar lo que le falta entre aquella porción de alhajas, de adornos que caen en las canastillas de las novias, como el adiós definitivo de todas las puerilidades, de todas las coquetterías de su juventud? Habría sido preciso ver lo que tenía.

Jack pensaba en esto una noche de invierno, al volver á casa de los Roudic. Era una noche muy oscura. Cerca de la casa tropezó con alguien que corría rozando las paredes.

—¿Es usted, Belisario?

No le contestaron; pero al empujar la puerta, el aprendiz vió que no se había engañado, y que Belisario había pasado por allí. Clarisa estaba en el corredor, despeinada por el viento, descolorida por el frío de la calle,

y tan preocupada, que aun delante de Jack seguía leyendo la carta que tenía en la mano, al hilo de luz que se escapaba de la sala. Aquella carta debía decirle algo bien extraordinario. Jack recordó entonces que aquel día había oído decir en el taller que el nantés acababa de perder una gran suma en Saint-Nazaire jugando con los maquinistas de un barco inglés llegado hacía poco de Calcuta. Aquella vez preguntábase cómo iba á pagar, y si no tomaría alguna resolución extrema. Esto era, sin duda lo que anunciaba la carta; no había más que ver la emoción de Clarisa.

En la sala, Zenaida y Mangia estaban solos. Roudic, que había marchado por la mañana á Chateaubriand, donde se encontraban los papeles de su hija, no debía volver hasta el día siguiente, lo que no impedía al guapo sargento venir á hacer su corte y comer en Indret, donde su presencia estaba autorizada por la de la señora Roudic. Por otra parte, el sargento tenía aire muy tranquilo, poco peligroso, y merecía bien su epíteto de futuro, seco y frío como el tiempo de un verbo. En aquel momento, extendido en un buen sillón del contra-maestre, con los pies en los morillos de la chimenea, mientras que Zenaida, muy vestida, peinada por su madrastra y muy encarnada, acababa de poner la mesa, le hablaba con mucha seriedad de las tarifas de aduanas, de lo que pagaban los granos oleaginosos, el indigo, el bacalao, para entrar en el puerto de Nantes.

Esto era bien poco, ¿verdad? Con todo, el amor es tan prestidigitador, que Zenaida se pasmaba á cada cifra y algunas veces hasta interrumpía su tarea, conmovida hasta el fondo del corazón por estos detalles como por una música deliciosa. La entrada del aprendiz vino

á estorbar á estos enamorados, instalados de antemano en la paz tranquila de las conversaciones del hogar.

—¡Ah! He aquí á Jack. Es ya muy tarde. ¡Y la sopa que aún no está cocida! Pronto á la cueva, amigo Jack. Y madre, ¿dónde ha ido? ¡Madre!...

Clarisa entró, muy pálida todavía pero más tranquila, habiéndose arreglado el peinado y sacudido sus vestidos mojados.

—¡Pobre mujer! pensaba Jack mirándola, mientras que, ella se esforzaba para comer, hablar, sonreír, bebiendo de un trago grandes vasos de agua, como para contener una terrible emoción que le apretaba la garganta. Zenaida nada veía. No quitaba la vista del plato del sargento, y parecía encantada de ver con qué majestuosa tranquilidad hacía él desaparecer todo lo que le servían, sin interrumpir un momento la famosa disertación sobre la tarifa comparada de los sebos y las mantecas. Aquel Mangin era la aduana hecha hombre. Gran hablador expresándose en términos escogidos lentamente, metódicamente, pero todavía menos lentamente que para comer, porque no se cortaba un bocado de pan sin mirarlo, examinarlo y tantearlo en todos sentidos, de la misma manera que levantaba cada vez su vaso á la altura de la lámpara y probaba el vino antes de beberlo, como si hubiera sospechado algún fraude, presto á detener en el mismo borde de los labios un líquido de contrabando ó un género prohibido. Así, cuando él estaba allí, las comidas no acababan nunca. Aquella particularmente, Clarisa parecía soportarla con impaciencia. No se estaba quieta en su sitio; iba á la ventana, escuchaba el ruido del granizo en los cristales, y luego volvía á la mesa.

—¡Vaya un tiempo que os va á hacer para volveros, mi pobre Mangin! Quisiera que estuviéscis ya en vuestra casa.

—¡Pues yo no! dijo Zenaida con tal expresión de candor, que todos se echaron á reír, y la muchacha con más gana que los otros. No importa. La observación de Clarisa había producido efecto; y el sargento, interrumpiendo una larga disertación sobre los consumos, se levantó para marcharse. Pero no estaba todavía fuera, y los preparativos de la marcha daban siempre á la gruesa Zenaida un cuarto de hora de gracia, añadido á la velada. Había que encender la linterna para alumbrar, que abrochar el capote. Encargábase ella de todos estos cuidados; ¡y si supierais qué pesadas de encender eran las cerillas y qué difíciles de abotonar los guantes de uniforme!...

En fin, ya está empaquetado el novio. Su capuchón caído sobre los ojos, la bufanda dada dos ó tres vueltas alrededor del cuello y sólidamente atada por dos manos vigorosas. Mangin parecía haber desaparecido por completo en una escafandra de buzo. Tal como está, Zenaida lo encontraba todavía soberbio, y en pie en el portal, con el corazón algo oprimido por la separación, miraba con inquietud aventurarse en la calle Mayor de Indret, muy obscura, aquella encantadora silueta de esquimal, acompañada por el balanceo de una linterna. Su madrastra tiene que llamarla.

—Vamos, Zenaida, ¿no entras?

Y Clarisa, al hablar así, tiene en la voz una entonación impaciente, que no justifica en nada la solicitud amorosa de la joven. Aquella angustia nerviosa no hace más que aumentar con el tiempo, y no escapa al amigo

Jack. Se habla, sin embargo, mientras se pone en orden la sala. De cuando en cuando, Clarisa mira el reloj y dice: "¡Qué tarde es!"

—¡Con tal que no pierda el tren!... responde Zenaida, que no piensa más que en su novio, y desde que él se fué, lo sigue en todas las etapas de su viaje. Ya llegó... llama al barquero... sabe en la barca.

—¡Debe hacer frío sobre el Loira! exclama, terminando en voz alta su ensueño.

—¡Oh! sí, mucho frío... contesta la suegra tititando; pero no es ella quien pasa malos ratos por el hermoso capataz. Dan las diez. Levántase vivamente, con bruseo movimiento, como cuando se quiere despedir á algún importuno:

—¿Vamos á acostarnos?

Luego, viendo que se dispone el aprendiz á echar la llave, como de costumbre, adelántase para detenerlo.

—¡Ya está, ya está! Ya cerré yo; subamos.

Pero Zenaida no cesa de hablar de su Mangin.

—Jack, ¿le gustan á usted los bigotes rubios? ¿Cuánto pagan de entrada las semillas oleagi... oleaginosas?...

Jack no lo recuerda. Ya se lo preguntará ella al Sr. Mangin.

—¡Qué interesante es eso de las tarifas!

—¿Queréis acostaros, sí ó no?, pregunta la señora de Roudic aparentando reírse, pero muy nerviosa. Entonces cesa la charla, y los tres suben la estrecha escalera.

—Vaya, buenas noches, dice la suegra al entrar en su cuarto. Yo me caigo de sueño.

Y, sin embargo, mucho brillan sus ojos. Jack tiene ya

puesto el pie sobre la escalerilla de su sotabanco; pero está el cuarto de Zenaida tan lleno de regalos de boda que no puede resistir el pasarlos en revista.

Buena ocasión para lo que él quería saber. Durante el día habían venido amigas; sacaron todos los tesoros, y estaban aún expuestos allí, sobre la ancha cómoda, junto á una Virgen de cera con el Niño en brazos. Al lado, doce cucharillas sobredoradas relucían en su estuche abierto; luego, una cafetera de plata, un libro de misa con broches, una caja de guantes—¡guantes de hombre!—Y por todas partes los papeles, las cintas de colores que sujetaban aquellas sorpresas venidas del castillo. Luego había los regalos más humildes de las mujeres de empleados ó capataces. El velo, la corona, en cajas enviadas de Nantes y ofrecidos en común por la señora de Kerkabelec y la señora de Lebelleguic; la señora de Lemoaliic, había mandado un reloj de sobremesa; la de Lebescam, un tapete; otras, labores de punto, de crochet, una sortija de cristal, una estampa, un frasco con esencia y, por fin, un “matrimonio:” dos muñecos vestidos de conchas, cuyos colores reproducían el traje del país.

Zenaida enseñaba con orgullo todos aquellos tesoros, y los iba envolviendo con cuidado. El aprendiz lanzaba exclamaciones y no cesaba de preguntarse: “¿Y qué podría yo ofrecerle?”

—¿Y mi equipo, Jack? ¿No ha visto usted mi equipo? Espere usted.

Cogió ella una llave que había en una taza sobre la cómoda, y abrió un cajón, sacando de él otra llave con adornos al cincel y muy antigua, que abría el armario de roble que desde hacía cien años tenía la familia. Ce-

dieron las dos hojas, dejando evaporarse un buen olor de lejía hecha con raíz de lirio, y Jack pudo admirar montones de sábanas, amarillentas, hiladas por la primera señora de Rondic, y mucha ropa blanca llena de adornos.

—¡Vamos. . . . que ya hay algo! decía Zenaida triunfante.

La verdad es que nunca en casa de su madre, en donde tanta ropa buena había en el armario de luna, nunca vió Jack tal cantidad de ropa blanca y tan bien colocada.

—Pues esto no es lo mejor, amigo Jack. Mire usted aquí.

Y levantando un montón de enaguas, le enseñó ella, hundida entre toda aquella tela blanca, cual recién casada, una cajita.

—¿Sabe usted lo que hay ahí dentro? Mi dote. Y esto lo decía con orgullo.

—Mi dote, querido; un lindo dote, que me proporcionará, dentro de quince días, el llamarme la señora de Mangin. ¡Ahí sí que hay dinero, y de todos colores! Pues todo para mi Mangin. Cuando lo pienso, me dan ganas de llorar y de reír al mismo tiempo, y también de bailar.

En una explosión de cómica alegría, aquella muchachota principió á bailar pesada danza ante aquella cajita, á la que debía su felicidad, cuando un golpe dado en la pared, la interrumpió súbitamente.

—Vamos, Zenaida, deja á ese niño que se acueste. Ya sabes que tiene que madrugar.

Erá la voz de Clarisa; pero muy irritada, hasta cambiada.

Algo avergonzada la futura señora de Mangin, cerró su cofre y se despidieron uno de otro en voz baja.

Jack apoyó su escalerilla contra el sotabanco, y cinco minutos después, la casita, entumecida bajo la nieve, mecida por el viento, parecía dormir como sus vecinos, en el silencio y la tranquilidad de la noche. Pero el antifaz de las casas engaña tanto como el de los hombres; y mientras ésta tiene cerradas sus ventanas cual párpados cargados de sueño, encubre el más sombrío de los dramas.

Sala baja de los Roudic. La luz está apagada. Alumbrados únicamente por mucha lumbre de cok en la chimenea, un hombre y una mujer se hallan en un rincón. Los movimientos caprichosos de la llama permiten notar que la mujer se pone á veces encarnada, como si se avergonzara de algo. El hombre está de rodillas. Nada se ve de él sino una hermosa cabeza rizada, que se echa hacia atrás, un talle vigoroso y flexible doblado en actitud de adoración, de súplica.

—Oh! Te lo suplico, dice en voz baja, te lo suplico; si es que me amas. . . .

¿Qué puede pedirle él todavía? ¿Qué más puede ella darle? ¿Acaso no es del todo suya, en todo momento, en todas partes y á pesar de todo? Sólo una cosa había ella respetado hasta entonces la casa de su marido. Pues bien; el nantés no tuvo más que querer; escribir una palabra: "Vendré esta noche, deja abierta la puerta," para decidirla á entregarle aquel último recurso de su honor, perdiendo esa especie de tranquilidad que comunica, aun á la más culpable, el hogar que nunca ha sido manchado.

Y no sólo dejó abierta la puerta, como él quería, sino

que, ya acostados los demás, se había ella vuelto á peinarse, poniéndose también el vestido que tanto le gustaba á él, y pendientes que él le había regalado; había tratado de ponerse muy hermosa para aquella primera noche de amor.

¿Qué más quería el nantés? Probablemente algo muy terrible, imposible; algo que ciertamente no poseía ella. Pues de no ser así, ¿cómo había ella resistido al apasionado abrazo, á la elocuente súplica de una fiebre de deseo, á aquella boca pegada á la suya?

Mas no cedía ella, tan débil, tan condescendiente. Hallaba una fuerza de resistencia ante la exigencia de aquel hombre; un acento de rebelión y de indignación para contestarle: "¡Oh! ¡No, no. . . . eso no. Es imposible!"

—Vamos á ver, Clarisa, puesto que te digo que es por dos días. Con esos 6,000 francos, primero pagaré los 5,000 francos que he perdido; y con lo que queda, gano una fortuna.

Tuvo ella al mirarle una expresión de alucinamiento, de terror, y luego un sobresalto de todo su cuerpo.

—No, no; eso no.

Hubiérase dicho que contestaba menos á él que á sí misma, al pensamiento tentador hundido bajo su resistencia. Entonces redobló él las ternuras y las súplicas; y trataba ella de alejarse de él, huyendo de aquellos besos, de aquellas caricias, de aquel arrebatado apasionado, en el que desaparecían generalmente los escrúpulos, los remordimientos de la débil criatura.

—¡Oh! ¡No, por favor! Ni lo pienses siquiera. Busquemos otro medio.

—Te digo que no lo hay.

—Sí, hombre, escucha. Tengo una amiga muy rica en Chateaubriant, la hija del recaudador. Hemos sido compañeras de colegio; le voy á escribir, y le pediré esos 5,000 francos como si fueran para mí.

Decía ella lo primero que se le ocurría, para sustraerse á la obsesión de la súplica del otro. Pero él lo notaba, y replicó:

—Eso es imposible; necesito el dinero mañana mismo.

—Pues mira, deberías ir á ver al Director. Es un hombre muy bueno, y que te aprecia. Quizás....

—¿El? ¡Qué tontería! Me echaría del obrador. Y cuando pienso que tan fácil sería lo que quiero... Dentro de dos días, nada más que dos días, devolvería el dinero.

—¡Oh! Dices eso....

—Si lo digo es porque tengo seguridad de hacerlo. ¿Sobre qué quieres que lo jure?

Y viendo que no la convencería, que se encerraba en ese mutismo absoluto en donde se atrincheran los débiles contra sí mismos y contra los demás, dejó él escapar esta lúgubre palabra:

—He hecho mal en hablarte de eso. Mejor hubiera sido no decirte nada, subir y coger en el armario lo que necesitaba.

—Pero ¡desgraciado!, murmuró ella temblando, y temblaba porque veía al otro capaz de hacer lo que decía; por lo visto no sabes que Zenaida mira su dinero todos los días, que lo cuenta, lo vuelve á contar.... Mira: sin ir más lejos, esta misma noche la oía yo enseñarle la cajita al aprendiz.

El nautés se estremeció.

—¿Al aprendiz?

—Sí; ¡está tan contenta la pobre muchacha!.... Un disgusto así la mataría. Además, no está la llave puesta. Pero notando que al discutir iba suministrándole armas al otro, se calló. Y lo peor era que se amaban, que se lo decían cruzando sus miradas, uniendo sus labios en los intervalos de aquel triste debate.

Horrible era aquel dúo, tan desemejante en todo.

—¿Qué va á ser de mí? repetía á cada instante el miserable.

Si no pagaba aquella deuda de juego, quedaba deshonrado, perdido, echado de todas partes. Lloraba como un niño, movía su cabeza sobre las rodillas de Clarisa, llamándola "su tía... su querida tía...." Ya no era el amante quien suplicaba; era un niño, al que sirvió Roundie de padre y á quien todos mimaban en la casa.

La pobre mujer lloraba con él, pero sin ceder. En medio de sus lágrimas, continuaba diciendo: "No.... no.... eso no puede ser," agarrándose á esas palabras como un naufrago á la tabla que ha agarrado y aprieta con desesperación. De repente se levantó.

—¿No quieres?... Está bien. Ya sé lo que tengo que hacer. ¡Adiós, Clarisa! No sobreviviré á mi vergüenza.

Esperaba él un grito, una explosión. Nada de eso. Dirigióse hacia él:

—Quieres morir.... Pues mira, yo también. Ya estoy harta de esta vida de mentira, en la que el amor, obligado á esconderse, tanto se oculta que no se le halla.

—Pero ¿qué es eso? ¡Querías tú!.... ¡Qué locura! ¿Estás en tu juicio?

Ya no le quedaba argumento ninguno que aducir; agitábase, orda cólera ante la súbita rebelión de aquella

voluntad. Una borrachera de crimen excitaba su cerebro.

— ¡Vaya una tontería! exclamó dirigiéndose hacia la escalera.

Clarisa llegó antes que él, plantándose en el primer peldaño.

— ¿A dónde vas?

— Déjame... déjame; es preciso!

— ¡No hagas eso, te lo suplico!

Pero subía la embriaguez, y él nada podía escuchar.

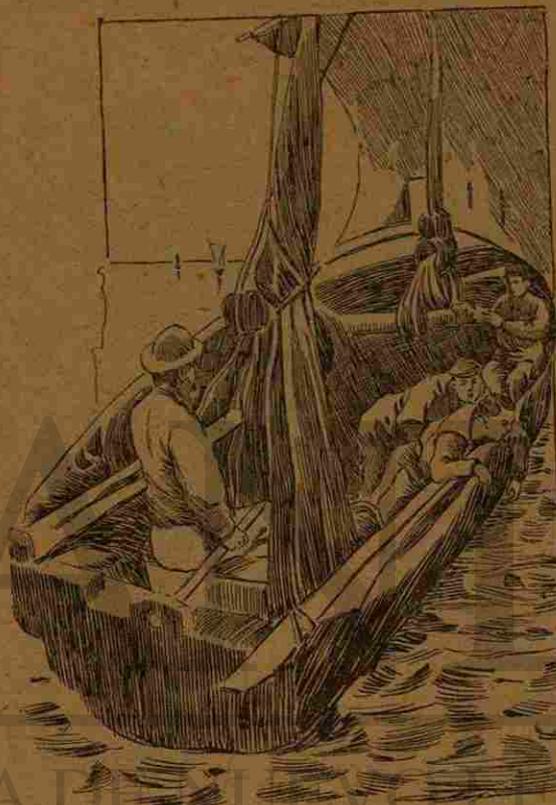
— ¡Mira lo que haces!... ¡Si das un paso, llamo!

— ¡Pues llama! ¡Todo el mundo sabrá que tienes á tu sobrino por tu querido, y que tu querido es un ladrón!

Dijole él esto casi al oído, pues hablaban en voz muy baja en aquella lucha, pesando sobre ellos, á su pesar, ese silencio del sueño que la noche trae consigo. A la roja claridad del hogar, apareció él tal como realmente era, desenmascarado por una de esas violentas emociones que dejan ver los movimientos del alma al descomponer las facciones. Vióle con su gran nariz ambiciosa y dilatada, sus labios delgados, sus ojos bizcos á fuerza de mirar los naipes. Pensó ella en todo lo que á aquel hombre había sacrificado, y qué compuesta se había puesto para aquella noche de amor, la primera que pasaban juntos.

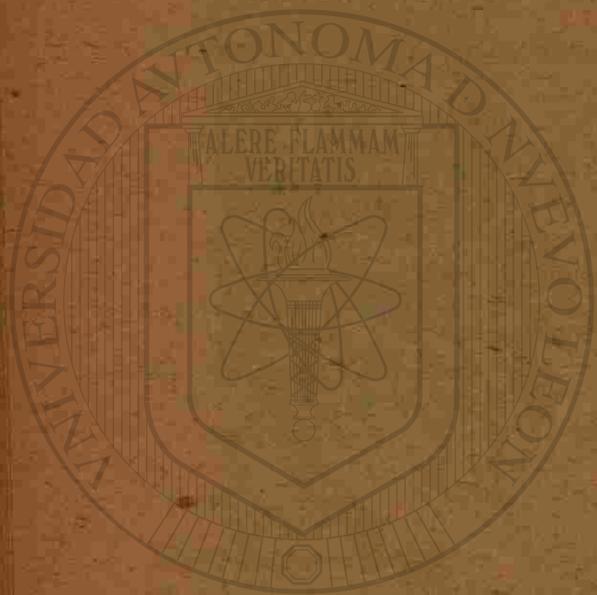
¡Oh! ¡Qué horrible, qué espantosa noche de amor!

De repente sintió profundo asco de sí misma y de él; la abandonaban sus fuerzas. Y mientras subía el malhechor la escalerilla, recorriendo á tientas la vieja casa paterna cuyos rincones todos conocía, caía ella sobre el diván hundiéndose su cabeza en los cojines para ahogar sus sollozos y sus gritos, para no ver, no oír nada.



La brisa fresquita hacía correr la lancha...





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



V

La embriaguez.

No eran aún las seis de la mañana. En las calles de Indret la obscuridad era completa. De trecho en trecho, en los escaparates de algunas panaderías y tabernas, luces humosas aparecían en la neblina, como detrás de un papel empapado de aceite, con ese color blanquecino del rayo de luz que no puede atravesar la nube. En una de aquellas tabernas, junto á la estufa atestada de cok, estaban sentados y charlaban apurando copas, el sobrino de Roudic y su aprendiz:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALTONSO REYES"
Año de 1953, QUINTANA ROO

—Vamos, Jack, otra ronda.

—No, gracias, señor Carlos. No tengo costumbre de beber, y temo que me haga daño.

El nantés se echó á reír:

—¡Vaya, hombre! Un parisiense como tú. . . . ¡Esas son bromas!... ¡Mozo! dos copas de aguardiente, y... listo.

El aprendiz no se atrevió á rehusar. Las atenciones de que era objeto por parte de aquel hombre tan buen mozo, le halagaban en extremo. Y había motivo para ello.

Aquel dibujante tan orgulloso, que en dieciocho meses no le había hablado tres veces, al tropezar con él, por casualidad, en Indrét, le había hecho el honor de tratarlo como á un compañero. Llevándole con él á una taberna y obsequiándole con tres copitas de diferentes colores. Tan extraordinario era aquello, que Jack, al principio, estaba receloso. Tenía el otro tan singular aspecto, preguntándole con tanta obstinación: “¿De veras que no hay nada nuevo?”

Y decía el aprendiz para sus adentros:

—¡Si te figuras tú que voy á servirte de correo como Belisario!

Mas no duró mucho aquella mala impresión. Al apurar la segunda ronda de aguardiente, se había tranquilizado. Después de todo, el nantés no parecía un mal hombre; más bien un infeliz arrastrado por sus pasiones. ¡Quién sabe! Quizás bastara una mano amiga, un buen consejo, para encarrilarlo de nuevo en el camino recto, logrando así que renunciara al juego y respetara la casa de su tío.

A la tercera ronda, Jack, presa de una súbita efusión, y de corazón muy ardiente, ofreció su amistad al nan-

tés, quien la aceptó agradecido, y una vez ya amigo suyo, creyó poderle dar algunos consejos:

—¿Quiere usted que le diga una cosa señor nantés? Pues mire usted. . . . siga mi consejo. . . . no vuelva usted á jugar.

El golpe iba bien dirigido, y sin duda produjo efecto, pues el dibujante frunció los labios con movimiento nervioso—sin duda la emoción—y tragó de un golpe su copa de aguardiente. Viendo Jack el efecto que producía, no paró en eso.

—¡Y mire usted, amigo! Otra cosa quiero decirle.

Por fortuna le interrumpió la voz del tabernero, pues esta vez le hubiera costado trabajo al nantés ocultar sus impresiones.

—¡Muchachos! La campana.

El aire frío de la mañana, un sonido monótono y lúgubre, mezclábase á un movimiento de muchedumbre muda, á toses, al ruido de los zuecos sobre las aceras de las calles pendientes.

—¡Vaya! dijo Jack, hay que largarse.

Y como había pagado su amigo las dos primeras rondas, se empeñó en costear la tercera, feliz por poder sacar una moneda de cuatro duros del bolsillo y echarla sobre el mostrador, diciendo: “Cóbrese.”

—¡Pijota! ¡Una amarilla! exclamó el tendero, poco acostumbrado á ver semejantes piezas salir de los bolsillos de un aprendiz. El nantés no dijo nada, pero se estremeció. . . . ¿Qué, también ese había andado en el armario? Jack triunfaba al ver el asombro de ambos.

—¡Y las que quedan! exclamó dando golpecitos sobre su chaqueta, y le dijo al oído al dibujante: Es para un regalo que quiero hacerle á Zenaída.

—¿De veras? dijo el otro con mal intencionada sonrisa.

El tabernero no cesaba de darle revueltas á la moneda, con cierta inquietud.

—¡A ver si se da usted prisa! le dijo Jack. Va usted á ser causa de que llegue cuando ya no haya bandera.

En efecto, la campana seguía tocando, pero lentamente, como si le faltara voz en las últimas llamadas. Por fin, cuando recogió Jack la vuelta, salieron ambos agarrados del brazo.

—¡Qué lástima, amigo Jack, que tengas que encerrarte en ese chamizo! El barco de Saint-Nazaire no llega hasta dentro de una hora. ¡Con qué gusto me hubiera quedado otro ratito contigo! De veras que me sería provechoso el oírte. ¡Ah! ¡Si siempre me hubieses aconsejado así!

Y poco á poco fué llevando al aprendiz hacia el Loira. El muchacho se abandonaba. Al salir del calor sofocante de la taberna, el frío de la calle había rematado la acción de las tres rondas de copitas. Andaba como aturdido, tropezaba á cada paso, y como el piso estaba muy resbaladizo, apoyábase con todas sus fuerzas en el brazo de su amigo, para no caerse. Parecíale que acababan de darle un tremendo golpe en la cabeza, ó que le estrechaban el cráneo con un sombrero de plomo. Pero aquello sólo duró algunos minutos.

—Espérese, dijo. Me parece que ya no se oye la campana.

—¡Demonio!

Volvieron la cabeza. Una claridad blanquecina desgarraba el cielo, alumbrándole por encima del taller. La bandera había desaparecido. Quedó Jack aterrorizado.

Era la primera vez que semejante cosa le sucedía. Pero el más desconsolado de los dos, era el nantés.

—Es culpa mía, es culpa mía, decía. Hablaba de ir á ver al Director para suplicarle, explicándole que él era el único culpable; y tuvo el aprendiz que tranquilizarle.

—¡Bah! No me he de morir porque figure una vez mi nombre en la tablilla de los ausentes. Le acompañaré á usted hasta el barco, y estaré de vuelta para la llamada de las diez. Todo será un jabón del larguirucho Lebecam.

Era justamente el jabón ese, lo que él temía.

Pero aquel miedo quedaba muy por bajo de la alegría, del orgullo que sentía al ir cogido del brazo del nantés, sobre todo cuando pensaba que contribuía á hacerle entrar en el buen camino. Este giro daba á su conversación mientras bajaban hacia la ría abajo los corpulentos árboles ensabanados de escarcha; y tal era la acción con que acompañaba sus palabras, que no sentía el áspero frío de aquella mañana, ni el cierzo que soplaba, cortando como una navaja de afeitar. Hablaba del honrado señor Rondic, tan bueno, tan cariñoso, tan confiado; de Clarisa, la cual, aunque en inmejorables condiciones para ser feliz, apesadumbraba por su palidez y por aquella mirada desencajada que se le ponía en ciertos momentos.

—¡Ah! ¡Si la hubiese usted visto esta mañana al marcharme yo! Estaba tan descolorida, que parecía una muerta.

Al decir estas palabras, sentía el aprendiz el brazo del nantés estremecerse bajo el suyo, lo cual le probó que aún había corazón en aquel muchacho.

—¿No te ha dicho nada, Jack? ¿De veras que nada te ha dicho?

—Nada, ni una palabra. Zenaida le hablaba, pero ella no contestaba. No probó bocado. Temo que esté enferma.

—¡Pobre mujer!... dijo el nantés con un suspiro de alivio, que el niño tomó por tristeza, llenándole de piedad.

—Por una vez, basta, pensaba. No he de ensañarme en él.

Llegaban al muelle. El barco no llegaba aún. Una pesa niebla cubría la ría.

—¿Te parece que entremos ahí? dijo el nantés.

Era una caseta de tablas con bancos en su interior; allí se resguardaban los obreros mientras esperaban á los marqueros. ; De sobra conocía Clarisa esta caseta! Y la vieja, que en un rincón había instalado su cajón de aguardiente y café, más de cuatro veces había visto á la señora de Roudic esperar el barco y atravesar el Loira en días atroces.

—¡Ya pica esta mañana, muchachos! ; No toman ustedes una copita?

Jack consintió, pero á condición de que él pagaría, y quiso además convidar á un marinero que tiritaba al pie del semáforo, donde estaba de servicio. El marinero y el nantés tragaron el aguardiente como una guinda. El aprendiz les imitó; pero lo que no pudo imitar fué la sonrisa de golosina, el "¡ah!" de satisfacción que dejó escapar mientras se limpiaba la boca con la manga. ; Terrible copita! Parecíale á Jack que acababa de tragarse ascuas de la fundición.

De repente, un silbido desgarró la niebla. ; El barco de Saint-Nazaire! Fué preciso separarse, pero prometieron verse otra vez.

—Eres un buen muchacho, Jack, y te doy las gracias por tus buenos consejos.

—¡Quite usted, hombre! Eso no vale nada, contestó Jack, estrechando reciamente la mano del nantés, y muy extrañado por sentirse tan conmovido como si se separara para siempre de un amigo de toda la vida. Sobre todo, Carlos, ya sabe usted lo que le he dicho: no vuelva usted á jugar.

—¡Oh! no; nunca más, dijo el otro apresurándose á embarcarse para que no le viera su joven amigo soltar la carcajada.

Ya que se hubo marchado el nantés, ni por asomo se le ocurrió á Jack volver al obrador. Sentía en el corazón desusada alegría, le ardían las venas, quería gritar, correr, gesticular. Hasta la niebla blanca que cubría el Loira, surcado por grandes navíos negros que se deslizaban cual sombras chinescas, parecía alegre, atractivo, como si se hubiera sentido alas para franquearlo; y, por el contrario, lo que le parecía lúgubre era todo aquel martilleo, aquel ruido de calderería, aquel sordo ronquido que harto conocía él y del que anhelaba huir. Bien mirado, ausente durante algunas horas ó durante todo un día, no por eso había de calentarle más las orejas Lebescam. Entonces se le ocurrió esta idea feliz:

—Ya que estoy libre, ; por qué no voy á Nantes á comprar el regalo para Zenaida?

Ya está el barco, luego en la Baja Indret, después en la estación; transportado, según le parece á él, como por encanto, de tal suerte le era todo fácil y ligero aquella mañana. Pero en la estación no había salida antes de las doce. ; Cómo pasa el tiempo! La sala de espera estaba fría y desierta. Por fuera soplaba el viento. Jack

entró en una casa de comidas á la que concurrían más obreros que labriegos, aunque estaba en pleno campo, y tenía como muestra estas palabras en caracteres negros, sobre la fachada recién revocada: "Aquí, si usted gusta," el grito que se oía en la fragua cuando está el hierro candente, y con el que se avisa á los compañeros para que vengan á batirlo. Muestra mentirosa como todas las muestras, pues no se trataba aquí de fragua.

Aunque era temprano, había gente en casi todas las mesitas, alumbradas con lamparitas de petróleo, cuyo humo nocivo mezclábase con el de las pipas, para envenenar la atmósfera. Allí, en los rincones, apuraban copitas los parroquianos de semana, el desecho, la hez de los talleres, los que no pueden con el martillo por parecerles pesado y que sólo manejan el vidrio. Allí no había más que caras repugnantes, miserables, chaquetas perezosas, manchadas de vino y de lodo, brazos cansados por el sueño especial del borracho, todos los irregulares, los cobardes, los incapaces, todos aquellos que la taberna acecha en torno del taller, á quienes atrae con su escaparate traidor en donde las botellas, simétricamente colocadas, disimulan con sus colores los venenos del alcohol.

Asfixiado por el humo, aturdido por el ruido, titubeaba el aprendiz en tomar asiento al lado de los demás, cuando oyó que le llamaban desde el fondo de la sala.

—¡Oye! . . . ¡Por aquí, Azteca!

—Hola! Ahí está Gascuña.

Gascuña era un obrero de Indret, despedido la víspera por embriaguez. Junto á él en la misma mesa, hallábase un marinero, mejor dicho, un novato de dieciséis á diecisiete años, cuya cabeza imberbe y ya ajada, con esa

boca especial del hombre de mar, salía de su ancho cuello azul con aire desenvuelto en demasía. Unióse Jack á aquella amable sociedad.

—¡Conque también tú echas una cana al aire! dijo Gascuña con esa familiaridad de compañerismo que une á los malos obreros. Pues me alegro; vas á tomar una copa con nosotros.

Aceptó, y fué entre ellos una porfía de cortesías y un derroche de frascos de todos colores. El novato era el que más simpatizaba con Jack. ¡Llevaba su bonito traje con tanta soltura y valentía! Y luego tanta serenidad, tanta audacia, importándole un bledo Dios y los gendarmes. A su edad, ya había dado dos veces la vuelta al mundo, y hablaba de las javanenses y de Java, como si el país ese hubiese estado enfrente, del otro lado del Loira. ¡Ah! ¡Con qué gusto hubiera trocado el aprendiz su chaleco de punto, su chaqueta, su blusa, por el sombrero de hule gallardamente echado hacia atrás sobre la cabeza pelona del novato, y aquella faja suelta de un azul desteñido por el sol y el agua de mar! Aquel sí que era un oficio, lleno de aventuras, de peligros y de espacio que recorrer! Pero el marinero se quejaba:

—“Demasiado caldo para tan poca carne” decía á cada instante.

A Jack le seducía la expresión; parecióle sumamente elíptica.

—¡Demasiado caldo para tan poca carne! ¡Estos marineros, vaya una gente de rompe y rasga!

—Pues no digo nada de Indret, añadía Gascuña. ¡Valiente chamizo!

Y principió á decir pestes contra el director, los vigi-

lantes: vagos que se cruzan de brazos mientras echa uno los hígados para ellos.

—La verdad es que mucho habría que decir. . . . observó Jack, quien recordó súbitamente frases del cantante Labassindré, sobre los derechos del obrero y la tiranía del capital.

Aquella mañana tenía Jack la lengua tan expedita como las piernas.

Poco á poco, su elocuencia hizo callar todas las charlas de la casa de comidas. Le escuchaban. Oía que decían: "¿Pues poco listo que es ese muchacho! ¿Cómo se conoce que viene de París!" Sólo le faltaba, para producir mayor efecto, la voz de bajo profundo de Labassindré, y no aquella vocecilla de gallito resfriado, aquella voz de adulto en la que se destacaban notas graves que en aquel momento parecían acudir de muy lejos, como si hubiese dirigido sus palabras á varias atmósferas por encima de su cabeza. Pero lo que decía, se enredó tanto al poco rato, que ya ni él mismo se entendía; y sintiendo á poco como un mecimiento y un vaivén, cual si se lanzara en pos de sus ideas, en la barquilla de un globo cuyo movimiento le mareaba y acababa de hacerle perder el sentido.

. . . Una sensación de frío sobre la frente le volvió en sí. Estaba sentado á la orilla del Loira. ¿Cómo se hallaba allí, al lado de aquel marinero que le humedecía las sienes? aL plena claridad deslumbraba sus ojos y le costaba trabajo abrirlos; después vió, enfrente de él, el humo del taller, y á su lado un pescador de pie en su barca, izando la vela y disponiéndose á salir.

—¿Qué tal, amigo? dijo el novato mientras retorcia su pañuelo. ¿Te sientes mejor?

—Sí, muy bien, contestó Jack tiritando y muy mareado.

—Pues entonces, al barco.

—¿Por qué? dijo muy extrañado el aprendiz.

—Pues porque vamos á Nantes. ¿No recuerdas que le has alquilado un barco á ese marinero, hace un rato, en la casa de comidas? Mira, ahí tienes á Gascuña con las provisiones.

—¿Las provisiones!

—Pues sí, hijo mío, dijo el fundidor cargado de una enorme cesta de la que salían frascos y la mitad de un pan. . . . ¡Vamos, arriba; andando muchachos! El viento sopla bien. Dentro de una hora estaremos en Nantes.

Jack, durante un minuto, vió entonces muy claramente lo que iba á hacer, el abismo hacia que iba rodando. Hubiera querido echarse en la lancha del barquero, que allí junto estaba, y volver á Indret; pero aquello requería un esfuerzo de voluntad de que no era él capaz.

—¡Ya estás aquí! le gritó el novato. . . . Estás todavía un poco pálido, el almuerzo te repondrá. El aprendiz no se resistió y se embarcó con los demás. Después de todo, le quedaban sesenta francos; más de lo suficiente para comprarse un traje y llevarle un regalito á Zenaida; de manera que no sería inútil su viaje á Nantes. Además, consecuencia del estado en que se hallaba, era pasar por las más contrarias impresiones, y de la más negra tristeza á una alegría sin motivo.

Ahora, sentado con los demás en el fondo del barco, almorzaba con apetito, estimulado por el airecillo frío y salado que impulsaba á la nave bajo un cielo opaco, un verdadero cielo bretón, ladeada como un pájaro que roza el agua con un ala. . . . Las jarcias crujían, hinchábase

la vela y los dos ribazos se deslizaban, apareciendo paisajes conocidos, siluetas de pescadores, lavanderas, pastores, rebaños que, á lo lejos y sobre la yerba recién se-
gada parecían, de lejos, gruesos insectos.

Jack veía todo aquello, y su imaginación sobreexcitada poetizaba cuanto hería su vista. Evocaba recuerdos de lecturas, aventuras de mar, historias de viajes lejanos, incitado por la presencia del marinero y por el encuentro de grandes buques que la barca evitaba al pasar.

¿Por qué en aquel recuerdo, una viñeta inglesa de un antiguo Robinsón Crusoe, que le dieron en su niñez, se presentaba obstinadamente á su espíritu con su página amarillenta y gastada, su Robinsón acostado en una hamaca, asiendo un frasco de ginebra, en medio de marineros ebrios, de restos de comilona, y por debajo esta inscripción que recordaba él al cabo de diez años: Y "en una noche de orgía olvidé todas mis buenas resoluciones?" Quizás había en aquel momento botellas vacías que rodaban por el barco, vino derramado, gente tumbada sobre los restos de una comilona. Jack, nada sabía de fijo, pero bandadas de gaviotas desparamadas por el viento, aumentaban su ilusión de viaje lejano: y más que tenía la vista alzada, no viendo más que el cielo, copos de nubes pardas que hufan y sin cesar se amontonaban por encima de su cabeza con azarosa rapidez, que ya le iba mareando.

Cambió de postura, vuelto á la vida real por las canciones de sus dos compañeros que gritaban estribillos de á bordo.

—¡Vaya una juerga! ¡Pero qué juerga!" ¡Ah! Si hubiese él podido imitarles; pero sólo sabía cantares de niño, como: "Tengo zapatos coloraos," y se habría aver-

gonzado de semejante ignorancia; á más que se sentía molesto por una mirada que no se apartaba de la suya.

De pie, enfrente de él, escupiéndose de vez en cuando las manos para apretar mejor el timón, el patrón le clavaba con sus ojos claros que parecían desteñidos en su cara curtida. Hubiese querido Jack imponerle silencio á aquella mirada despreciativa que le decía: "¡No te da vergüenza, mocoso!" pero esos viejos lobos de mar, acostumbrados á acechar el chubasco que se desliza como una sombra sobre las olas azuladas, tienen pupilas firmísimas que nada intimida. Para adormecer aquella fatigosa vigilancia, quiso Jack obligar al patrón á que bebiera. Ofreciále un vaso que temblaba en su mano, y una botella vacía de la que se empeñaba en sacar vino:

—Vamos, patrón un traguito.

El patrón hizo señal de que no tenía sed.

—Déjalo al tío ese, dijo en voz baja el novato á su amigo. ¿No recuerdas que no quería llevarnos? Su mujer ha sido quien le decidió. Decía él que tenía demasiado dinero y que no le parecía eso natural.

¿Pero qué! ¿Se han figurado ustedes que Jack va á dejar que lo traten de ladrón? . . . Han de saber que tiene tanto dinero como le da la gana. Con solo escribir á . . . Por fortuna recuerda, en el desorden de sus ideas que su madre le ha prohibido el que pronunciara su nombre, y él se contenta con afirmar que aquel dinero es suyo, muy suyo; que son economías, que va á comprarse un traje, y llevarle un regalito á "Ze. Ze" Zenaida.

Hablaba, hablaba. Pero nadie le escuchaba. Gasuña y el marinero estaban disputando. El uno quería parar ne Chatenay, un suburbio de Nantes que se ex-

tiende á la orilla del agua, destartelado, sombrío y lleno de obradores, con tabernas ó míseros jardines ennegrecidos por la lluvia y el humo. El otro quería que continuaran hasta Nantes; y en la reyerta, que ya se calentaba, amenazábanse de "destrozarse la cara á botellazos, abrirse la barriga á navajazos, ó sencillamente destornillarse la cabeza para ver lo que había dentro."

Lo chusco era que aquéllas lindezas se las decían uno junto á otro, teniendo que agarrarse á la barða de la barca para no caerse, pues soplaba de firme el viento y la nave surecaba el agua inclinada á un flanco. Para poner en práctica aquellas terribles amenazas, preciso hubiera sido que dispusieran libremente de sus manos y de mayor trecho. Pero Jack no veía las cosas así, y, por el contrario, las tomaba muy en serio; de tal suerte, que lamentando la discordia sobrevenida entre sus dos compañeros, trataba de calmarlos, de reconciliarlos.

—¡Amigos míos... mis buenos amigos... por favor! Tenía lágrimas en la voz, en los ojos, sobre las mejillas, una sensibilidad extraordinaria, como si todas sus demás sensaciones se hubiesen fundido, desleído en un inmenso deseo de llorar.

Quizás fuera por ver tanta agua en torno suyo. Por fin se apaciguó la riña, súbitamente, como había venido, á tiempo que pasaban delante de la última casa de Chatenay. Entraban en Nantes. El patrón recogió la vela y empuñó los remos para guiarse con más seguridad en medio del hacinamiento del puerto.

Quiso Jack levantarse para gozar del golpe de vista, pero fuéle preciso volverse á sentar en seguida, mareado. Parecíale que le subían en alto y le mecían. Pero esta vez no perdió el conocimiento. Todo giraba en torno

suyo. Vetustas casas esculpidas, con balcones de piedra, mezclábanse con mástiles de buques, persiguiéndolas, envolviéndolas, hasta que desaparecían reemplazadas por grandes velas extendidas, tubos negros soltando humo, cascos relucientes, rojos ó pardos. En la proa de los navíos, caras pálidas, esbeltas y envueltas en mantos, subían y bajaban al compás de las olas, y á veces, chorreando agua, parecían llorar de cansancio y de aburrimiento. Por lo menos eso se le figuraba á Jack. Entre aquellos estrechos y macizos muelles, bajo aquel cielo opaco que cautivaba la mirada, tanto más, cuanto que le impedía elevarse, los buques se le figuraban prisioneros, y los nombres grabados en sus flancos parecían pedir que reapareciera el sol, el espacio sin límites, las dársenas doradas de los países trasatlánticos.

Entonces recordó á Madú, sus correrías al puerto de Marsella, cuando se ocultaba en el fondo de algún barco, entre el carbón, las mercancías y los bagajes. Pero este recuerdo desapareció, arrastrado por los gritos de los marineros amarrando maromas, por el rechinar de las poleas y los martillazos de los talleres.

De repente, no está ya Jack en el barco. ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Por dónde ha bajado?

El ensueño tiene olvidos de esos, y Jack vive en un agitado ensueño. Sus dos compañeros y él caminan sobre un muelle interminable, en el que hay una vía férrea, atestado de toda clase de mercancías las que están cargando á descargando, y todos son obstáculos por los que hay que saltar. Tropieza con balas de algodón, se da contra los ángulos de las cajas, respira por todas partes olores fuertes ó salados de especias, de café, de semillas ó de esencias. Pierde á sus compañeros, los vuelve

á encontrar, los pierde de nuevo y de repente les sorprende disertando largamente sobre las semillas oleaginosas, con el cargento Mangin, quien le mira con inquietud, y se retuerce su bigotillo rugio, con aire inquieto. Pues es cosa singular, Jack se ve obrar se duplica.

Hay en él un Jack que hace locuras, que grita, que gesticula, da traspies, dice y hace mil tonterías; y un ser razonable, pero mudo, amordazado, impotente y condenado á asistir á la degradación de otro, sin poder hacer más que mirar y acordarse. Ese segundo Jack, clarividente y consciente, duérmese á veces, sin embargo, mientras el insensato continúa sus divagaciones, y he ahí por qué hay grandes soluciones de continuidad en aquella jornada turbulenta, ausencias, vacíos que no puede colmar la memoria.

¿Podéis figuraros la confusión de Jack razonable, al ver á su "duplicado" andar por las calles de Nantes arremolcado de una larga pipa y envuelto en faja de marino, rúevcecita, arrollada al rededor de su chaqueta? Quisiera él gritarle: "¡Pero, majadero, no tienes tipo de marino! Por más que ostentes una pipa, una faja, el sombrero de hule de novato; por más que andes entre tus dos compañeros moviendo los hombros balbuciendo con aire de canalla: "Demasiado caldo para tan poca carne, ¡nihil demonios!" Todo lo más que pareces es un monaguillo que se ha tragado el vino de las vinajeras, con tu faja azul mal ceñida y tu cara de inocentón. . . ¡Mira! Todo el mundo se vuelve y se ríe cuando pasas."

Mas, incapaz de expresar idea alguna, sólo puede pensar eso en lo íntimo de su ser, y se ve obligado á seguir á su compañero, dando traspies, obedeciendo á todos sus caprichos.

Le acompaña hasta un gran café lleno de dorados, de espejos, en donde se reflejan las imágenes como si fueran á caerse. El Jack que aún tiene vista, mira enfrente de él, entre los que entran y salen, un grupo miserable y lúgubre en el que se halla su duplicado muy pálido, sucio, manchado de esos lodos que salpican pasos inciertos, avinados. Un mozo se acercó á los tres pillotes. Los echan fuera, vuelven al frío de la calle.

¡Qué ciudad! . . . ¡Qué grande es! . . . Muelles, siempre muelles bordeados de vetustas casas con balcones de hierro. Pasan un puente, luego otro, después otro. ¡Cuántos puentes! ¡Cuántas rías que se cruzan, se mezclan, ofreciendo continuo y fatigoso movimiento de olas en todos los espectáculos inciertos de aquella correría sin objeto determinado! Y acaba por ser tan triste el correr así, que Jack se halla otra vez llorando á lágrima viva sobre una escalerilla que hunde sus últimos peldaños en el agua negra de un canal, inmóvil, espesa y cargada de tintorería.

Gascuña y el marinero juegan al tángano sobre el ribazo. Jack está desesperado y no sabe por qué. Se aburre, y está mareado! . . . "¡Hombre, si me ahogara! . . . Baja un peldaño, luego otro. Ya toca al agua, y el pensar que va á morir le entornece y se compadece á sí mismo.

"¡Adiós, amigos!" dice sollozando. Pero están tan ocupados con su juego que ni le oyen.

—¡Adiós! . . . ¡Voy á morir!

Los pobres amigos, tan sordos como antes, discuten una jugada. Y qué desgracia la de morir así sin despedirse de nadie, sin que nadie trate de retenerle á uno en

el borde del precipicio! ¡Vaya si le dejarían ahogarse esos monstruos! Están allí arriba gritando, amenazándose como por la mañana. Otra vez hablan de abrirse la barriga, de destornillarse la cabeza.

Gente les rodea; aenden policías; Jack tiene miedo, sube los peldaños y se escapa.

Ya está junto á un gran taller. Alguien pasa á su lado, corriendo y tambaleándose. Es el marinero, desgarrado, sin sombrero, sin corbata, con el ancho cuello colgándole sobre el pecho.

—¿Y Gascuña?

—En el canal... Allí lo envié de un tasterazo.

Y el marinero se las guilla más que á paso, pues le persigue la policía. Tan lúgubres son las ideas de Jack, que halla casi natural que el novato haya ahogado á Gascuña, como si el asesinato fuera el último peldaño de una escala en la que ha puesto el pie y que se hunde.

Querría él retroceder, informarse de la suerte de aquel desgraciado. De repente le llaman.

—¡Hola, Azteca!

Es Gascuña, sin sombrero, reventado.

—Tu marinero ya tiene lo que le hace falta... De una patada, ¡pumba! al canal... Me persigue la policía... Me las guillo... ¡Buenas noches!

¿Quién de los dos es el muerto? ¿Quién el asesino? Jack no busca ya, ya no comprende; y no sé cómo se enmarañan las cosas, pero es lo cierto que allí están otra vez los tres en una taberna, alrededor de una enorme cazuela de sopa de cebolla, en la que se echan muchas botellas. Ese extraño brebaje repítese varias veces, en tabernas distintas, pues los mostradores, las mesas destartaladas se suceden en ese vertiginoso en-

sueño en el que el Jack que raciocina, ha renunciado casi á seguir al otro. Desfilan una hilera de pavimentos húmedos, oscuras cuevas, puertecillas ojivales en cuyo remate hay muestras que hablan; toneles, vasos de espumoso líquido, racimos de uvas. Todo aquello va oscureciéndose poco á poco hasta que resplandece la negrura de los fugurios, en los que bugías plantadas en botellas, alumbran una horrenda visión de mujeres negras adornadas con gasa rosada; marineros bailando un baile inglés, acompañados por arpistas de levita.

Allí Jack, excitado por la música, hace mil locuras. Ahora está sobre una mesa, bailando una danza que un antiguo profesor de baile que tuvo su madre, le enseñó á él cuando era niño.

Y sigue bailando; pero se hunde la mesa y cae en medio de pedazos de vajilla, acompañado por abominable clamoreo.

Tirado sobre un banco, en medio de una plaza desierta, desconocida, en la que se alza una iglesia, recuerda aún los compases de su danza. Es cuanto queda de aquella jornada en su cabeza vacía, tan vacía como su bolsillo... ¿El marinero? Se fué... ¿Gascuña? Desapareció... Está solo en esa hora del crepúsculo en la que la soledad nos hace sentir toda su amargura. Enciéndese en rápidas llamaradas el amarillento gas y es en seguida reflejado en la ría y riachuelos. Extiéndese la sombra por todas partes, cual ceniza amontonada sobre el hogar del día débilmente alumbrado aún. En aquella sombra, húndense poco á poco los macizos contornos de la iglesia. Ya no tienen techo las casas, ni gavias los buques. La vida descende hacia

el suelo, á la altura de los rayos de luz que despiden alguna que otra tienda.

Después de los gritos, los cantares, las lágrimas, la desesperación. Jack es ahora presa del terror. En la lúgubre página del libro que durante el día ha estado leyendo, hay escrito: "Nada." Y después esta otra: "Nada y noche..."

Ya no se mueve, ni fuerza le queda para sustraerse á aquel abandono, á aquella soledad que le espanta; y ahí permanecería tendido sobre ese banco, como todos, en un anonadamiento que no es sueño, si un grito harto conocido, grito salvador, no le arrancase de su estupor: "¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!" Llama: "¡Belisario!..."

Era Belisario. Jack trata de ponerse en pie, de explicarle que ha corrido una "juer... juer... juerga;" pero no sabe si lo consigne. De todos modos, apóyase sobre él el granujilla, cuyo paso va al compás del suyo, tan incierto, tan difícil, pero sostenido siquiera por una fuerte voluntad. Belisario se lo lleva, le riñe cariñosamente. ¿En dónde están? ¿A dónde va?

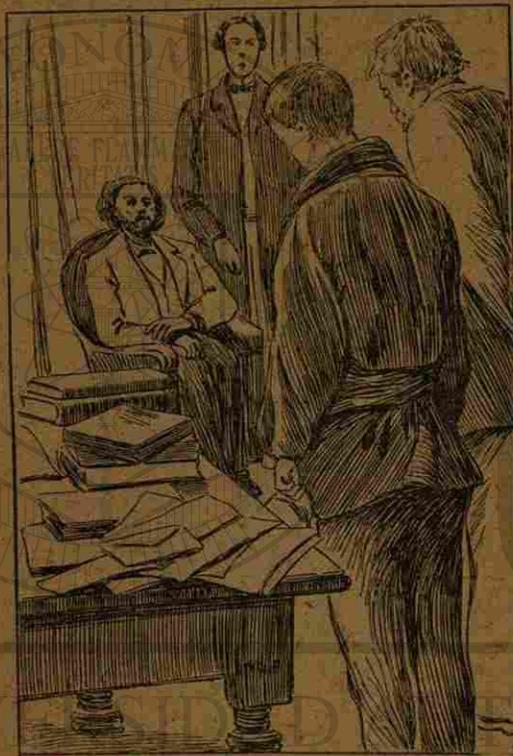
Los muelles están alumbrados y desiertos... Una estación... ¡Qué gusto! ¡Hallar un banco!...

¿Qué sucede? ¿Qué le quieren?

Le despiertan, le sacuden, le atropellan, le hablan rudamente. Sus manos están sujetas por manos de hierro; sus muñecas atadas con cuerdas. Y ni siquiera tiene valor para resistirse, pues el sueño puede ahora más que nada. Duerme en una cosa que se parece á un vagón. Luego en un barco donde hace mucho frío, pero sigue roncando, rodando por el suelo, incapaz de moverse. ¡Y qué alivio experimenta, tras de aquellas

peregrinaciones sin cuento en un sonambulismo sin nombre, al tenderse sobre la paja, durmiendo á sus anchas, resguardado de la luz y del ruido por una puerta y dos cerrojos enormes y estridentes que acaban de echar!





... El director llamó á su despacho á los culpables. ...



VI

Malas noticias.

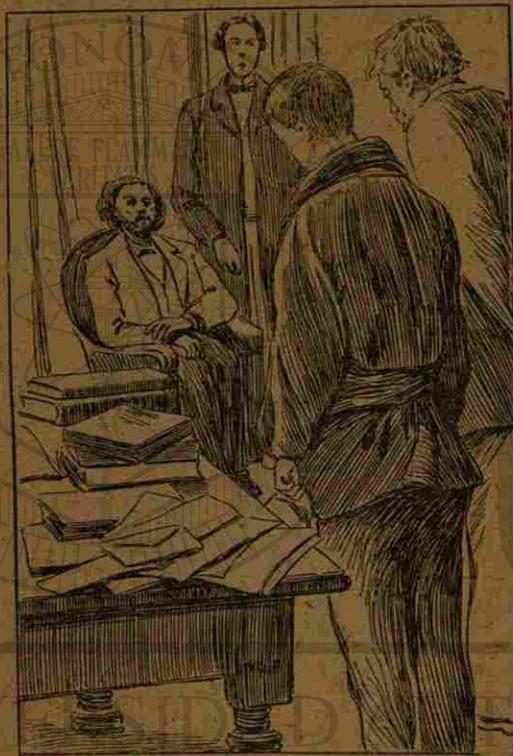
Por la mañana, un ruido terrible, que tenía lugar por encima de su cabeza, despertó á Jack de repente.

¡Oh! ¡El despertar lúgubre de la embriaguez; la sed ardorosa, el tem-

blor, la torpeza de los miembros cansados y como estrechados en una pesada armadura que los hiriera por todas partes; luego la vergüenza, la angustia inexplicable del ser humano que se halla convertido en bestia, y repugnándole tanto su vida manchada que se siente incapaz de recomenzar á vivir!

Jack sintió todo esto al abrir los ojos, antes de recobrar su memoria, y como si hubiese dormido bajo la obsesión de un remordimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
BIBLIOTECA GOVERNATIVA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



... El director llamó á su despacho á los culpables. ...



VI

Malas noticias.

Por la mañana, un ruido terrible, que tenía lugar por encima de su cabeza, despertó á Jack de repente.

¡Oh! ¡El despertar lúgubre de la embriaguez; la sed ardorosa, el tem-

blor, la torpeza de los miembros cansados y como estrechados en una pesada armadura que los hiriera por todas partes; luego la vergüenza, la angustia inexplicable del ser humano que se halla convertido en bestia, y repugnándole tanto su vida manchada que se siente incapaz de recomenzar á vivir!

Jack sintió todo esto al abrir los ojos, antes de recobrar su memoria, y como si hubiese dormido bajo la obsesión de un remordimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
BIBLIOTECA GOVERNATIVA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Había aún demasiada obscuridad para distinguir los objetos; pero, sin embargo, de sobra veía que no estaba en su boardilla. No veía relucir sobre su cabeza el cristal de su ventanilla, azulado por el espacio; y la palidez del alba le llegaba de dos altas ventanas que entrecorran la claridad en una multitud de manchas blancas sobre la pared. ¿En dónde estaba? En un rincón, no lejos del haz de paja que le servía de cama, entrecruzábanse cuerdas, poleas, objetos pesados. En seguida, el ruido estrepitoso que le había despertado antes, recomenzó. Era como el rechinar de una cadena que están desenrollando, luego como el campaneo profundo de un enorme reloj. Bien conocía él ese reloj. Iba á hacer dos años que regulaba el empleo de su tiempo; oíalo con el viento del invierno, el calor del verano, cuando se quedaba dormido en su cuartito de aprendiz, y por la mañana, daba con sus pesadas notas en el húmedo cristal de su ventanilla, diciéndole: "¡Levántate!"

De manera que estaba en Indret. Sí; pero generalmente, aquella voz de la hora venía de más lejos, de más alto. Muy cansada debía tener la cabeza para que retumbaran tanto los ruidos en su cerebro, con aquellas vibraciones persistentes. A no ser que estuviera en la torre misma del reloj, en aquel cuarto alto que en Indret llamaban el "Secuestro," y en el que encerraban á veces á los aprendices indisciplinados.

Allí estaba. ¿Por qué?... ¿Qué es lo que había hecho?.....

Entonces, el débil rayo de luz que se deslizaba en el cuarto é iba dando su aspecto á las cosas, penetró también en su memoria y alumbró todos sus replie-

gues. Trataba de reconstruir su jornada de la vispera, y cuanto iba viendo le llenaba de espanto. ¡Ah! ¡Si hubiese podido no recordar!

Pero con una implacable crueldad, su segundo "yo," despierto del todo, le recordaba cuantas locuras había hecho ó dicho durante el día. Aquello salía de la confusión del ensueño, pedazo por pedazo. El "otro," nada había olvidado, y es más, aducía pruebas; un sombrero de marinero, cuya cinta se había perdido.... una faja azul.... pedazos de pipa, hebras de tabaco con alguna monedilla de cobre. A cada nueva revelación, avergonzabase Jack en la sombra, lanzaba exclamaciones de rabia y asco, tenía esos movimientos desesperados del orgullo ante la vergüenza irreparable. A una de esas exclamaciones, más rudas que las demás, un gemido le contestó.

No estaba Jack solo. Alguien estaba con él, una sombra sentada allí sobre una piedra.

¿Qué es eso?, preguntaba Jack inquieto, y miraba dibujarse sobre la pared blanqueada, aquella silueta grotesca é inmóvil, tirada allí como una bestia, ofreciendo á la vista ángulos irregulares y salientes. Sólo un ser en el mundo, podía ofrecer semejante aspecto: Belisario..... ¿Pero qué hacía allí Belisario?... Sin embargo, recordaba Jack vagamente que había sido protegido por el vendedor ambulante.

Recordaba una lucha en una estación, en medio de sombreros y de gorras dispersados por un viento muy fuerte. Pero todo ello confuso, turbio, incierto, y como manchado de hez de vino.

—¿Es usted, Belisario?

—¡Oh! sí, yo mismo, dijo el vendedor con voz ronca y desesperado acento.

—Pero ¿qué demonios hemos hecho para que nos encierren aquí como dos malhechores?

—Lo que otros han podido hacer, no lo sé ni me importa. Pero lo que sé muy bien, es que yo nada he hecho á nadie, y que ha sido muy mala intención la de haberme puesto mis sombreros en semejante estado.

Y detívose un momento, sacudido aún por su terrible batalla, mirando su desastre en torno suyo en la noche oscura, toda su mercadería pisoteada, destrozada, desaparecida.

Aquel horrible espectáculo, que no se apartaba de su vista desde la vispera, le impedía sentir el sueño, el cansancio de su cuerpo cargado de cadenas y de cuerdas, hasta el acostumbrado suplicio del "borceguí," al que le condenaban su destino errante y su deformidad.

—Diga usted, ¿me pagarán mis sombreros?... Porque yo nada tengo que ver con lo que me sucede. Supongo que no se le olvidará á usted decirles que no soy yo quien le ha ayudado á hacer eso.

—¿Qué es ello?... ¿Qué he hecho yo?... preguntó Jack con firmeza; mas recordó que, entre tantas locuras, alguna más grave pudo muy bien haber cometido, y esta vez le preguntó más timidamente á Belisario:

—En una palabra; ¿de qué se me acusa?

—Pues dicen... ¿Pero por qué me hace usted hablar? De sobra sabe usted lo que pueden decir.

—No; se lo juro á usted.

—¿Pues bien! Dicen que usted es quien ha robado...

—¿Borjado?... ¿Y qué?

—El dote de Zenaida.

El aprendiz, completamente serenado, lanzó un grito de indignación y de dolor.

—¡Pero eso es una infamia! ¿Usted, Belisario, no creerá tal cosa, supongo?

Belisario no contestó. Todo el mundo en Indret creía que Jack era el culpable, y los gendarmes que los habían detenido la vispera, convencieron al vendedor. Todas las pruebas estaban en contra del aprendiz. En cuanto se habló en el taller del robo cometido en casa de los Rondie, pensóse en Jack, quien justamente faltaba á la lista aquella mañana. ¡Ah! Bien había calculado el golpe el nantés, alejando á Jack del obrador... Desde la casa de comidas de la calle Mayor de Indret, hasta la estación de la Bolsa, en Nantes, en donde el culpable y su cómplice habían sido detenidos en el momento en que tomaban billetes para escaparse no se sabía dónde, seguía el rastro del robo en la persona del aprendiz, fácil de conocer por el oro que sembraba por todo el camino, por aquellas monedas de veinte francos que cambiaba á cada momento. ¡Y qué prueba más convincente, la de aquella juerga de todo un día, aquella borrachera que sigue generalmente al crimen, como un remordimiento cojo y enmascarado!

La duda no era, pues, posible para nadie. Sólo un punto permanecía inexplicable: la desaparición completa de aquellos 6,000 francos, de los que ni un rastro quedaba, ni en los bolsillos de Belisario, en los que sólo había algunos francos, producto de la venta diaria, ni en los del aprendiz, en los que se hallaban monedas raras, enmohecidas, monedas de tabernas de marinos á las que van á beber todas las tripulaciones del mundo.

Fuera de duda quedaba que no habían podido, aun en diez horas, gastar en los tugurios del puerto lo que le faltaba á la cajita de Zenaida. El pedazo principal estaba, sin duda, escondido en algún sitio.

¿Dónde?... Eso es lo que se trataba de averiguar.

Así es que, en cuanto amaneció, el director mandó llamar á los culpables á su despacho, dos verdaderos criminales, cubiertos de lodo, pálidos, destrozados, tiritando. Y eso que siquiera Jack tenía la gracia de la juventud, su carilla fina é inteligente conservaba, á pesar del estado en que se hallaba su traje y su abominable faja azul, algo interesante, distinguido.

Pero Belisario, espantoso, más feo por los golpes recibidos en la riña, por las señales de resistencia, escritas por todas partes sobre su cara, sus vestidos, en rasguños, en chichones, resultaba más terrible aún por la expresión de sufrimiento atroz que sus pies hinchados, atormentados durante toda la noche, imprimían sobre su faz terrosa, manchada de rojo y moviéndose en perpetuas muecas, expresión que cerraba su boca de labios gruesos, imprimiendo el mutismo lamentoso que se nota en el hocico de las focas. Al verles juntos, uno al lado del otro, el parecer general hallábase bien confirmado; parecer según el cual el aprendiz, aquel niño tan dulce, tan tímido, no había sido sino el instrumento de algún miserable, cuyos consejos le habían perdido.

Al atravesar la antesala del director, vió Jack algunas caras que le parecían apariciones, cual si las imaginaciones de una espantosa pesadilla hubiesen tomado cuerpo y se hubieran erguido enfrente de él; y olvidándose de que era inocente, bajó la cabeza como un verdadero culpable. El marinero que le había traído, las

tabernas de Indret, de la Baja Indret, y hasta de Nantes, le recordaban las etapas de su jornada. Vióla en un minuto con todos sus penosos y grotescos recuerdos. Cuando entró en la dirección estaba humilde, lloroso, dispuesto á arrodillarse para pedir perdón.

Sólo estaban allí el director, sentado delante de la ventana en su vasto sillón de escritorio, y el Sr. Rondic, de pie junto á él, con su gorrillo de lana azul en la mano. Los dos vigilantes que habían traído á los criminales quedáronse en el fondo de la estancia, junto á la puerta, sin apartar la vista del vendedor ambulante, malhechor peligroso, capaz de todos los crímenes. Jack, al ver al capataz, había hecho el movimiento casi instintivo de ir hacia él, con la mano tendida como para un amigo, un defensor natural; pero la fisonomía del señor Rondic tenía un aspecto de severidad y sobre todo de tristeza, que mantuvo á distancia al aprendiz durante todo el rato que duró el interrogatorio.

—Escúcheme, Jack, dijo el director. Teniendo en consideración su juventud, sus padres, las buenas notas que hasta hoy ha merecido usted, y más que nada, sobre todo, teniendo en cuenta el buen nombre de la casa de Indret, he obtenido que, en lugar de llevarle á Nantes, le dejen á usted aquí algunos días, antes que empiece la instrucción. De modo, pues, que en este momento queda entre usted, Rondic y yo; de usted depende que no pase la cosa adelante. Lo único que se le pide es que devuelva lo que le queda.

—Pero, señor mío...

—No me interrumpa, luego se explicará usted. que devuelva lo que queda de los 6,000 francos robados, pues es indudable que no ha podido usted gastar 6,000

francos en un día, ¿verdad? Pues bien, dénos usted lo que aún tiene en su poder, y me contentaré con devolverle á usted á sus padres.

—Usted perdone, dijo Belisario, adelantando tímidamente su gruesa cabeza con una sonrisa amable llena de arrugas. Usted perdone. . . .

Mirólo fría y despreciativamente el director, y quedó parado, rascándose la cabeza.

—¿Qué tiene usted que decir?

—Pues . . . Como veo que ya se arregló eso del robo yo desearía, contando con su bondad, que se hable algo ahora de mis sombreros.

—Cállese usted, bribón! No comprendo cómo tiene usted el atrevimiento de decir una palabra. ¡Como si no supiéramos que el verdadero culpable es usted, á pesar de sus modales melosos, y que nunca este niño, sin los malos consejos que usted le ha dado, habria cometido semejante acción!

—¡Oh! . . . dijo el desdichado Belisario volviéndose hacia el aprendiz como para invocar su testimonio.

Jack quiso protestar; pero el señor Roudic no le dió tiempo.

—Sobrada razón tenía usted, señor director. Ese mal amigo es quien le ha perdido. No había antes aprendiz más honrado, más fiel á su deber. Mi mujer, mi hija, todos le querían en casa. Teníamos confianza en él. Ha sido preciso que encontrara á ese miserable.

Belisario, al oirse tratar así, tenía una cara tan asustada, tan desesperada, que Jack, olvidando por un minuto la acusación que sobre él mismo pesaba, tomó la defensa de su amigo.

—Le juro á usted, señor Roudic, que este pobre

hombre nada tiene que ver en todo esto. Cuando nos detuvieron ayer, acababa de hallarme perdido en las calles de Nantes, y como no . . . como no estaba yo en situación de guiarme por mí mismo, iba á traerme á Indret.

—¿De manera que ha dado usted el golpe solo? preguntó el director con tono incrédulo.

—¡Pero si yo no he hecho nada, señor mío! Yo no he robado, yo no soy un ladrón.

—Mucho ojo, amiguito, entra usted en mal camino. Sólo una confesión completa y la restitución del dinero, pueden merecer nuestra indulgencia. . . .

En cuanto á su culpabilidad, es eso cosa demasiado evidente. No trate usted de negarla. Vamos á ver, desgraciado niño; usted estaba solo con las señoras Roudic aquella noche. Antes de acostarse, Zenaida abrió su armario delante de usted y le enseñó el sitio en que estaba su dinero. ¿Es esto verdad? Luego, en medio de la noche, oyó que se movía la escalerilla de usted, y le habló. Claro está que no contestó; pero ella está segura de que fué usted el ladrón, pues no había en la casa más que usted.

Jack, aterrorizado, tuvo, sin embargo, fuerza suficiente para contestar aún:

—No he sido yo. Yo no he robado nada.

—¿De veras? ¿Y todo ese dinero derrochado por el camino?

Iba á decir: “Mi madre es quien me lo ha enviado.” Pero recordó las recomendaciones que ella le hizo: “Si te preguntan de dónde proceden esos cien francos, dirás que son tus economías.” Y, en efecto; con aquella fe ciega, con aquella veneración que le merecían las ór-

denes de su madre, el aprendiz contestó: "Son mis economías."

Hubiérale ella encargado que dijera: "Yo soy el ladrón," que sin titubear, sin discutir, habríase confesado culpable. Era un niño de ese temperamento.

—¿Cómo quiere usted hacernos creer que con los dos reales diarios de sueldo que aquí le dan, haya usted podido ahorrar los dos ó trescientos francos que ha debido usted derrochar durante todo un día?... No trate usted de buscar esa salida. Mucho mejor sería que le pidiera usted perdón á estas buenas gentes, á quienes tanto daño les ha hecho, y reparar en seguida cuanto usted ha hecho.

Entonces el Sr. Roudic se acercó á Jack y le puso la mano sobre el hombro:

—Jack, hijo mío, dínos en dónde está el dinero. Piensa que es el dote de Zenaída, que he trabajado veinte años de mi vida, que me he privado de todo para economizar semejante cantidad. Mi consuelo era, que un día había yo de comprar la felicidad de mi hija con tantos sacrificios... De sobra sé que al dar el golpe, no pensabas tú en todo esto, pues á ser así, nada malo habrías hecho; yo te conozco y sé que no eres malo. No, ha sido un momento de locura. Se te habrá ido la cabeza al ver tanto dinero junto, con la facilidad de cogerlo. Pero ya has debido reflexionar, y lo único que te detiene, es la vergüenza de confesar... ¡Vamos, Jack, un poco de valor!... Piensa en que soy viejo, que ya no puedo volver á ganar ese dinero, y que mi pobre Zenaída!... Vamos, dínos en dónde está el dinero, hijo mío...

Muy turbado, muy encarnado, el buen hombre limpiaba su frente después de aquel esfuerzo de elocuencia.

Sólo un culpable bien avezado al crimen podía resistirse á tan tiernas súplicas. El mismo Belisario estaba tan conmovido, que hasta se olvidaba de su catástrofe, y mientras Roudic hablaba, haciale al aprendiz continuos gestos que él creía misteriosos, pero que su fisonomía traducía con exageración cómica: "Vamos, Jack, dale sus dineros á ese pobre hombre." Es que comprendía muy bien los sacrificios de aquel padre, él, pobre vendedor ambulante, cuya vida era un martirio continuo por los suyos.

¡Ay! Si Jack hubiese tenido aquel dinero, ¡con qué alegría lo hubiera puesto entre las manos del Sr. Roudic, cuya desesperación le estrechaba el corazón! Pero no lo tenía, y sólo podía decir:

—Yo no le he robado á usted, Sr. Roudic. Juro que no he cogido nada.

El director se levantó impaciente.

—Vaya, basta. Para resistirse á palabras como las que acaba usted de oír, preciso es tener un alma muy criminal; y si ellas no os han arrancado la verdad, todo cuanto pudiéramos decir sería inútil. Van á llevarle otra vez arriba. Si esta noche no se ha decidido usted á devolver lo que se le pide, le abandono á la justicia; y bien sabrá ella hacerle hablar.

Al oír esto, uno de los vigilantes, antiguo gendarme, hombre listo y seguro, acercóse á su jefe y le dijo en voz baja:

—Creo, mi director, que si quiere usted sacar algo del chiquillo, hay que separarlo del otro. He visto el momento en que iba á confesarse; el vendedor ambulante es quien se lo impidió, pues no cesaba de hacerle señas.

—Tiene usted razón. Hay que ponerlos en sitios diferentes.

Y los separaron; á Jack lo llevaron al cuarto del reloj. Al salir, vió la cara atontada de Belisario, á quien se llevaban ya con las esposas en las manos; y la imagen de aquel desdichado, tan desgraciado y menos culpable que él, añadió aún á su tormento.

¡Qué largo le pareció el día!

Primero trató de dormir, de hundir su cabeza en la paja para ahuyentar la desesperación que le invadía. Pero el pensar que todo el mundo le creía criminal, y que él mismo había dado margen á toda clase de sospechas por su conducta vergonzosa, sacudíale á cada instante con violentos sobresaltos. . . . ¿Cómo probar su inocencia? Enseñando la carta de su madre y probando que todo el dinero gastado provenía de ella. Pero. . . . ¡y si lo llegaba á saber D'Argenton! Esa falta de perspectiva que amalgama en los cerebros jóvenes las pequeñas razones con las grandes, le hacía abandonar en seguida aquel medio de salvación. Veía una escena atroz en Aulnettes, y la pobre Carlota llorando.

Pues entonces, ¿por qué medios justificarse? Y mientras que, acostado sobre la paja, destrozado aún por la borrachera de la víspera, debatíase en aquellas dificultades de su conciencia, el ruido, la actividad del trabajo, subían en torno suyo; el reloj daba las horas por encima de su cabeza, y aquel timbre reposado parecía el paso lento, inexorable, de algún vengador que se aproximaba.

Las dos, las cuatro. La entrada, la salida de los obreros. Va á llegar la noche y tiene que probar su inocencia. ¡Si no se ha devuelto el dinero, á la cárcel! Quisiera

Jack estar allí ya. Parecele que allí estará bien, encerrado, hundido en tan negro calabozo, tan escondido, que nadie había de ir á reclamarle. Diríase que aún no conoce el horrible tormento á que va á ser sometido. Parecíale que alguien grita en la escalera que conduce á la sala del reloj.

Alguien resopla, suspira y se suena detrás de la puerta, en la que se oye por fin uno de esos golpecitos que denuncian una mano gruesa y hasta temerosa de hacer demasiado ruido. En seguida, la llave giró en la cerradura.

—Soy yo. . . . ¡Uf! ¡Qué alto está esto! . . .

Zenaida dijo estas palabras con un tonillo gracioso y desenvuelto; pero había llorado tanto, veíase bajo la toca tan desordenada aquel cabello ordinariamente perñado con tanto cuidado; traía tan hinchados y rojos los ojos, que aquella ficticia alegría con que pretendía encubrir los vestigios de su dolor, sólo servía para patentizarlos más.

La pobre muchacha mira sonriendo á Jack, que la contempla tristemente.

—¡Qué fea soy! ¿no es verdad? ¡Horrorosa! . . . Estoy tan convencida de ello, que á mí misma me encuentro fea. . . . Cuando me miro al espejo, me hago gestos. . . . Soy chiquilla, mal formada, y tengo la nariz gruesa y los ojos pequeños. Lo peor es que no se me agrandanán llorando, y que desde ayer estoy hecha una Magdalena. . . . Sólo una dote como la mía ha podido hacer que un hombre tan guapo como mí Maugin olvidara tales defectos. Ya me lo decían los envidiosos. "Lo que ese busca es tu dinero." Como si no lo supiera yo! Si; lo que le gustaba era mi dinero; lo que le agradaba en

mí era el dinero, pero yo le amaba y pensaba: "Cuando sea su mujer, sabré hacer que él también me ame." Pero ahora, ya sabe usted, amigo Jack, que todo ha cambiado. Por cien pesetas, que es todo lo que me queda, no hay quien abraza á una mujer tan fea como yo. Yo, cuando mi padre no quería darme más que 4,000, Mangin dijo que á ese precio prefería continuar soltero. De modo que me parece que le estoy viendo entrar esta noche retorciéndose el bigotito, y volverme luego las espaldas sin más ceremonias. Pero juro que le ahorraré ese trabajo; me apresuraré á relevarle de todo compromiso. . . . Sólo que, antes de renunciar para siempre á mi felicidad, he querido venir aquí á hablar un poco con usted, Jack.

Jack, con la cabeza baja, lloraba. Aunque tan joven, alcanzábasele la inmensa humillación de toda una naturaleza femenina encerrada en la cándida confesión de fealdad hecha por Zenaida. Además, aquella virtud heroica, la confianza que la excelente muchacha ponía en su amor, y en sus cualidades de mujer de su casa para conquistar, después de la boda, el corazón de un marido bonito y comprado á peso de oro, formaban un cuadro conmovedor.

Al verle llorar, Zenaida se estremeció de alegría.

—¡Ah! ¡Ya les decía yo que no era malo, y que en cuanto viese mi cara grosera y fea, bañada en lágrimas desde ayer, se le subiría el corazón á los labios, y sin poderse contener exclamaría: "La verdad es que he hecho mal en causar tanta pena á la pobre Zenaida, que ayer se puso tan contenta por pensar en casarse, que bailaba sola delante del armario de su cuarto!" Mire usted, ayer por la mañana, cuando cogí la cajita en

la mano y la encontré ligera como una pluma, creía que me habían robado el corazón; desde entonces siento en el pecho un vacío que no se llena con nada. . . . ¿No es verdad, querido Jack, que usted quiere devolverme mi dote?

—Pero si no lo tengo, Zenaida; se lo juro á usted!

—No, no me diga usted eso. Ya sabe usted que no vengo á reñirle, y por eso no me tiene miedo. Lo único que quiero es que me diga dónde está el dinero. Me hago cargo de que faltará un poco; pero ¿qué le hemos de hacer? Todos sabemos lo que es la gente joven; á su edad, es justo que se diviertan. ¡Ah! ¡Ah! ¡Buena cuenta habrá usted dado de los cuartos de papá Rondic! ¡Pues mejor que mejor! Pero dígame dónde tiene lo demás.

—Zenaida, por piedad, oígame usted. Están ustedes equivocados; yo no he robado. No; no he sido yo. ¡Ah, qué horrible es que todos me crean ladrón.

Pero ella, sin oírle, continuó:

—Por Dios, que no me va á querer; que el diablo se lleva el matrimonio de la pobre Zenaida. Vamos, Jack, querido Jack, no sea usted malo. ¡Que le va á pesar á usted algún día! . . . Por su madre de usted, á quien tanto quiere, y por el nombre de esa amiguita de su pueblo, de la que tanto me habla usted, y que tal vez andando el tiempo sea su novia, porque esas amistades de niños suelen acabar así; sí, por su nombre se lo pido. ¡Ah! Todavía dice usted que no. ¿Cómo quiere usted que se lo ruegue? . . . ¿De rodillas y con las manos juntas, como delante de Santa Ana?

Arrodillada ante la piedra en que se hallaba sentado el aprendiz, rompió de nuevo á llorar con todo ese con-

cierto de sollozos, sofocamientos y sobresaltos que son acompañamiento obligado del llanto en las naturalezas fuertes de ordinario, poco expansivas en sus manifestaciones de dolor. En ellos la desesperación reviste las proporciones de una explosión. Es una bala asoladora que nace en las profundidades del alma y se desborda con espantosa violencia.

Zenaida, de rodillas, cubierta la cabeza con la cofia blanca y en actitud suplicante, era copia exacta de esas grandes escenas de desesperación, de esas sombrías figuras de mujer orando que suelen encontrarse en algún solitario rincón de iglesia, en día de labor, en algunas aldeas de Bretaña.

No menos desolado que ella, Jack trataba de asirla la mano, en uno de cuyos dedos brillaba el grueso anillo nupcial de plata. Quería aún defenderse y justificarse.

De pronto, Zenaida se levantó de un salto.

—Bueno. Ya le castigarán á usted. Nadie le querrá á usted en su vida, porque tiene usted mal corazón.

Salió corriendo, bajó de dos en dos los escalones y entró en el gabinete del director, que con el padre de ella la esperaba.

—¿Qué hay?

Zenaida no contestó. Se limitó á mover negativamente la cabeza. Los sollozos obstruían su garganta y no la dejaban hablar.

—Vamos, hija mía, no se aflija usted tanto. Todavía nos queda un recurso antes de dirigirnos á la justicia, la cual piensa siempre más en castigar al culpable que en reparar el mal por él causado. Roudic me asegura que la madre de ese miserable está casada con un hombre muy rico. Pues vamos á escribirle. . . . Y según me dicen,

son gente honrada, muy bien puede ser que usted no haya perdido su dote.

—Dicho esto, cogió un pliego de papel y se puso á escribir, leyendo al propio tiempo en alta voz la siguiente carta:

“Señora:

“Su hijo de usted ha cometido un robo de 6,000 francos, suma que componía todos los ahorros de la honrada y laboriosa familia con quien vivía. Creyendo que el ladrón restituiría siquiera una parte de lo robado, no le he denunciado todavía á la justicia; pero empiezo á creer que ha derrochado toda la suma en la orgía que ha seguido al crimen y que ha durado un día entero. Así las cosas, es inevitable la intervención de los tribunales, salvo si usted se halla dispuesta á indemnizar á la familia Roudic de la cantidad que le ha sido sustraída. Espero la contestación de usted para ajustar á ella mi conducta; pero le advierto que sólo esperaré tres días, pues bastante tiempo he permanecido inactivo. Si el domingo no he recibido contestación, el culpable será entregado el lunes por la mañana á las autoridades.

El Director.”

Y firmó.

—¿Qué golpe para esa pobre gente! . . . dijo el padre Roudic, el cual, en medio de su dolor, todavía sabía compadecerse del ajeno.

Zenaida alzó la cabeza, muy enfadada.

—¿Y qué? dijo. ¿No me ha robado mi dote el chico? Pues los padres deben devolvérmelo.

¿Qué crueles suelen ser el amor y la juventud. Ni un momento se le ocurrió pensar en la desesperación de aquella madre al conocer la deshonra de su hijo. Por el

contrario, el viejo Roudic se enternecía al pensar que si él hubiera recibido una noticia de aquel género se habría muerto de vergüenza.

Por eso, aunque la desgracia ocurrida á Zenaida le llegaba á lo más vivo, sentía una como vaga esperanza de que todo se arreglaría, de que el aprendiz devolvería el dinero ó de que quizás aquella carta tan cruel se extraviaría y no llegaría á su destino. Un pedazo de papel, que mezclado con tantos otros va tan lejos, es una cosa tan frágil, tan sujeta á contingencias!

En efecto; una carta es frágil y pequeña y se extravía algunas veces. Pero la que el director escribió y la cerró á la luz de una vela, y luego confió al correo, formando con otras un grueso paquete, no era probable que se perdiese. El cartero bretón la tomará de la caja de latón en que fué depositada, la guardará en su saco de cuero y con ella en su poder se detendrá en tal ó cual venta del camino, pero es seguro que no la olvidará. Cruzará el aire sin que vientos ni tempestades puedan quitársela. En el ferrocarril, solícitos empleados la encerrarán en un saco de lona, que al pasar el tren por una estación, se deja caer en el andén y no se perderá.

La mezclarán con otras cartas mayores, redará, se deslizará, saltará al compás del vagón, al cual una chispa perdida podría incendiar, llegará á París, y, una vez allí, pasará por infinidad de rejias, ventanillos y despachos, sin ser quemada, robada ni rota, ni perdida. É irá derecha á donde debe ir, y con más seguridad que ninguna otra. ¿Por qué? Porque lleva una mala noticia. Las cartas de esta especie son sagradas: jamás les ocurre nada.

La prueba es que ésta, después de haber recorrido

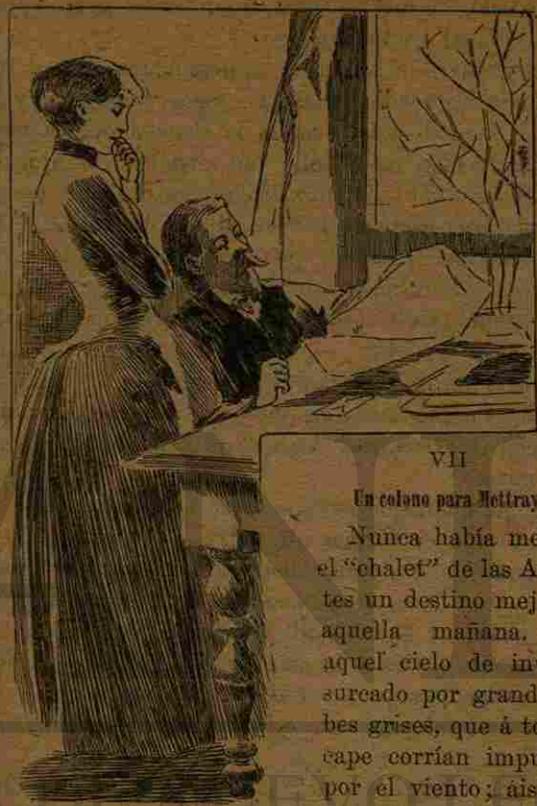
toda Francia, subió en la caja de latón de Casimiro, peatón de Etiolles, el sendero de la rojiza ladera que conocemos.

D'Argenton detesta al viejo Casimiro, porque como es tan perezoso, que le parece que las Aulnettes está muy distante, la mayor parte de las veces da los periódicos y las cartas para que las lleve su mujer, la cual no sabe leer y pierde siempre alguna en el camino. Una probabilidad más de que la mala noticia no llegue, Pero no. Precisamente ese día desempeña Casimiro por sí mismo su misión, y helo aquí que llega, llama á la verja de hierro adornada con una guirnalda formada por un trozo de parra del mismo metal, bajo el que en letras doradas, cada día más comidas y amarillentas por la acción del sol y de las lluvias, se lee: "Parva domus, magna quies."





...Vió á su amante del brazo de un caballero...



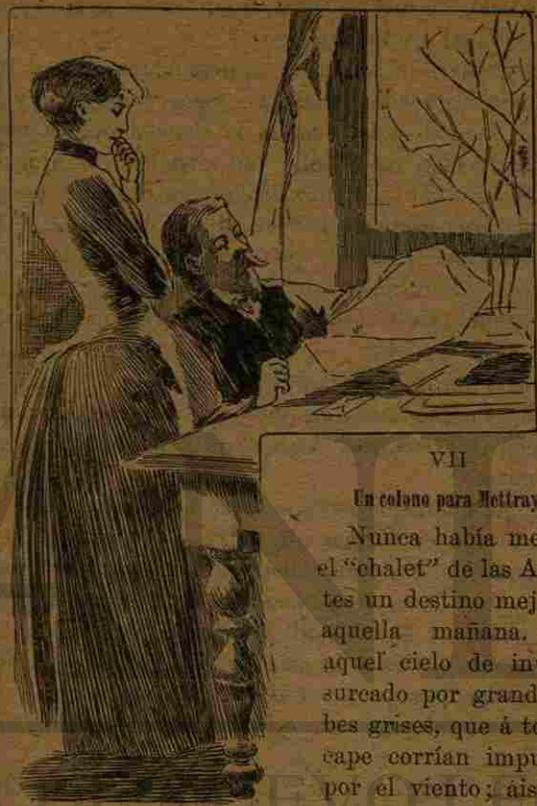
VII

En colono para Mettray.

Nunca había merecido el "chalet" de las Aulnettes un destino mejor que aquella mañana. Bajo aquel cielo de invierno, surcado por grandes nubes grises, que á todo escape corrían impulsadas por el viento; aislado y como empuenecido entre los grandes árboles deshojados; herméticamente cerrado á la humedad del jardín y del camino, participaba del silencio lúgubre de la tierra, aún dormida, y del aire, aún desierto de aves que lo animaran. Sólo algún cuervo que otro, picoteando granos esparcidos en los vecinos campos, daba



...Vió á su amante del brazo de un caballero...



VII

En colono para Mettray.

Nunca había merecido el "chalet" de las Aulnettes un destino mejor que aquella mañana. Bajo aquel cielo de invierno, surcado por grandes nubes grises, que á todo escape corrían impulsadas por el viento; aislado y como empujado entre los grandes árboles deshojados; herméticamente cerrado á la humedad del jardín y del camino, participaba del silencio lúgubre de la tierra, aún dormida, y del aire, aún desierto de aves que lo animaran. Sólo algún cuervo que otro, picoteando granos esparcidos en los vecinos campos, daba

con su vuelo, rasante al suelo, tendidas las negras alas, alguna vida al triste paisaje.

En el granero de la torreilla descolgaba Carlota racimos de uvas medio secas; el poeta trabajaba, y el doctor Hirsch dormía, cuando la llegada del cartero, única distracción de aquellos desterrados voluntarios, formó de este aburrimiento diseminado un solo grupo.

—¡Ah! Una carta de Indret, dijo D'Argenton. Y se puso á leer los periódicos, poniendo á un lado la carta sin abrirla, como perro que defiende un hueso, al que no quiere que nadie toque. Carlota le arrojaba miradas febriles.

El, entre tanto, leía:

—¡Ah! Fulano acaba de publicar su libro. ¡Ese animal escribe! ¡Hombre! Versos de Hugo... ¡Siempre lo mismo!

¿Por qué empleaba aquella cruel lentitud en desmenuzar el periódico? Porque allí, detrás de él, estaba Carlota impaciente, sin poder disimular la intensa alegría que animaba su rostro y hacia afluir á él la sangre; porque cada vez que llegaba una carta de Indret, la madre se sobreponía á la amante, y aquel desdichado egoísta no podía soportar que otro sentimiento le disputara el dominio absoluto é indiviso de la que quería para él solo.

Por esto, y nada más que por esto, había enviado tan lejos al muchacho. Pero el corazón de las madres, aun de las madres como ésta, es de tan especial contextura, que cuando más lejos está el hijo de sus extrañas, más le quieren, como si pretendiesen cegar, en fuerza de cariño, el espacio que de ellos las separa y aproximarse á su corazón.

Desde que Jack se había ido, su madre, atormentada por el remordimiento, le adoraba con tanta ternura, como debilidad había puesto al abandonarle.

Huía de hablar para no irritar al poeta, pero le consagraba todo su pensamiento.

D'Argenton lo adivinaba, y de aquí que cada vez odiara más al muchacho.

Las primeras cartas de Roudic, en las que se quejaba de aquél, le arrancaron frases de desdeñosa satisfacción.

—¿Ves cómo no sirve ni para trabajar?, decía.

Pero esta idea todavía no le dejaba contento. Hubiera dado cualquier cosa por humillar á Jack, rebajándolo más todavía. Decidióse al fin á abrir la carta, y á las primeras palabras que de ella leyó, palideció. á la par que se reflejó en su rostro una especie de satisfacción malvada.

—¡Ya me lo figuraba yo!

Pero al leer en seguida, la intimación de devolver la suma robada, vió en perspectiva una serie de complicaciones desagradables, y alargó la carta á Carlota con ademán contristado.

¡Qué terrible golpe, después de los ya recibidos! Herida en su orgullo de madre á los ojos del poeta y herida en su ternura, el mayor castigo de aquella pobre mujer eran las acusaciones de su propia conciencia.

Esta, con su voz aguda, que domina todos los sofismas y todas las reflexiones:

—¡Tú tienes la culpa! ¡Nadie más que tú! ¿Por qué le abandonaste?

Ahora lo urgente era salvarle, costara lo que costara. ¿Pero cómo? ¿Dónde encontrar el dinero? No poseía un céntimo. La renta de su mobiliario, un hogar de ca-

sualidad, adornado con riquezas de pacotilla, había producido unos cuantos miles de francos, gastados en poco tiempo. El "Buen Amigo," había querido dejarle, al separarse, un regalo que le sirviese de recuerdo; pero se había negado tenazmente á recibirlo, por consideración á la dignidad de D'Argenton.

Por lo tanto, nada poseía ya, salvo algunas joyas, que no llegarían á la cuarta parte de la cantidad necesaria. En cuanto á su poeta, no había que pensar siquiera en él; le conocía demasiado. En primer lugar, odiaba al muchacho; en segundo, era avaro. De la raza auvernesa, conservaba rasgos mezquinos, aficiones de ahorro, un verdadero respeto le aldeano al dinero que tenía en depósito en casa de su apoderado. Además, no era rico: las Aulnettes costaban caro, le llevaban buena parte de su renta, y sólo por economizar pasaba en ellas el invierno, á pesar del aburrimiento de aquella soledad, esperando desquitarse de este modo de los derroches del verano y aquel ir y venir de convidados que mantenían en rededor de sus inquietudes literarias, un "medio intelectual" cuidadosamente cultivado.

¡Pensar en él! De ningún modo. Pero D'Argenton lo temió, y, por anticipado, adoptó cierto glacial continente, poniéndose en guardia como hombre que ve venir un sablazo.

Siempre he dicho que ese chico tiene los más perversos instintos, dijo cuando calculó que habría terminado de leer la carta.

Ella no contestó, y tal vez no oyó, absorbida por esta idea: "Es preciso que antes de tres días tenga yo ese dinero para que el niño no vaya á la cárcel." D'Argenton continuó diciendo:

—¡Qué vergüenza para mí haber recomendado á mis amigos á semejante bribón!... ¡Oh, pero me servirá de lección!... ¡En buena ma he metido!

La madre sintió que toda la sangre le afluía al rostro.

—Es preciso que antes de tres días tenga yo ese dinero, para que el niño no vaya á la cárcel.

El espía sus movimientos y creía adivinarlos. Por prudencia, para evitar que le pidiera nada, se anticipó diciendo:

—¡Y pensar que no hay medio alguno de evitar semejante deshonra y de impedir que ese desdichado vaya á la cárcel!... No somos bastante ricos para eso.

—Si tú quisieras... dijo ella bajando la cabeza.

—¡Si yo quisiera! ¡Ya me esperaba yo esa frase! ¡Como si no supieras tú, mejor que nadie, lo que aquí se gasta, y en qué situación tan terrible me encuentro! ¡Como si no bastara haber tenido durante dos años á ese mal bicho! ¿Todavía voy á tener que pagar sus robos? ¡Seis mil francos! ¿Dónde quieres que vaya á encontrarlos?

—Ya sé que no los tienes, y por eso no había pensado en tí...

—¿No habías pensado en mí? Entonces... ¿en quién?

Y confusa, con la cabeza baja, nombró entonces al hombre con quien había vivido mucho tiempo, al "Buen Amigo." Aquel nombre lo pronunció temblando, esperando que el poeta lo acogería con alguna explosión de celos ante aquel pasado, cuyo recuerdo evocaba tan imprudentemente. ¡Se equivocó! Al oír hablar del "Buen Amigo," contentóse D'Argenton con ponerse un poco colorado. También á él se le había ocurrido lo mismo.

Después de todo, el antiguo protector de Ida, formaba parte, lo mismo que el niño, del pasado de Carlota, de aquel misterioso pasado acerca del cual su propio orgullo le había obligado siempre á no interrogarla, fingiendo ignorarlo, como esas historias de Francia escritas durante la restauración, que suprimían la república y el reinado de Bonaparte, saltándolos como si no hubieran existido. Y pensó para sí: "Eso no es de mi tiempo. . . ¡Allá ellos!" Con lo que se puso muy contento por haberse librado de semejantes escrúpulos á tan poca costa. Pero en vez de manifestar esa tranquilidad, adoptó la actitud de quien se siente herido.

—Demasiados sacrificios ha hecho mi orgullo en aras de mi amor. Puedo, por lo tanto, hacer uno más.

—¡Oh! Gracias, gracias. ¡Qué bueno eres!

Y pusieron á hablar de lo que iban á pedir prestado, pero en voz baja, porque en el pasillo se escuchaban ya los pasos del doctor Hirsch, arrastrando las zapatillas.

Fué aquella una singular conversación, cortada, sílabica y superficial. El afectaba gran repugnancia; ella una concisión impuesta por la delicadeza. Hablaban impersonalmente, diciendo: No se "negará;" era buena prueba de ello ofertas que en otro tiempo había hecho y que habían sido rechazadas. Pero, por desgracia, "habitaba" en Turena, y como una carta tardaba dos días en llegar y otros dos días en volver. . .

De pronto Carlota dijo, asustándose al propio tiempo de su audacia:

—¡Si fuera yo misma!

D'Argenton respondió tranquilamente:

—Tienes razón. Vamos.

—¿Qué? ¿Vas á acompañarme á Tours? Pues entonces vendrás á Indret, y llevaremos juntos el dinero en seguida que lo recibamos.

—También iré á Indret.

—¡Qué bueno eres! ¡Qué bueno eres!, repetía la pobre, besándole las manos loca de alegría.

La verdad es que le importaba muy poco que fuera á Tours sola y todo. Sin conocer detalladamente su historia, sabía que había vivido y que había sido feliz en aquella ciudad. ¡Y si no volvía! . . . Era tan débil, tan inconsistente, que su antiguo amigo, el niño que nuevamente iba á encontrar, su pasado entero, iba á presentarse ante ella, invitándola á sacudir aquel yugo que el mismo consideraba pesado y duro en demasía.

La verdad es que no podía prescindir de ella. Su egoísmo vano, sus supersticiones de enfermo, le ataban á aquella ciega ternura, á aquellos continuos cuidados, á aquel buen humor expansivo. Además, agradábale la idea de emprender aquel viaje y sustraerse de aquel drama bucólico terrible, en el que hacía tiempo bostezaba estéril y prolongadamente.

Claro es que pensaba revestir sus temores y esta necesidad de distracción de caballeresco ropaje, diciendo á Carlota que no quería abandonarla, sino estar en todo á su lado, así en las alegrías como en las penas.

De este modo alcanzaba, por encima de los dolores de la madre, el reconocimiento de la amante. Por otra parte, la actividad que señala el período preparatorio de cualquier viaje, hacía olvidar á la frágil alma de la pobre Carlota, el golpe mortal que acababa de recibir.

Semejante á esas viudas de aldeanos franceses que,

apenas muerto el marido se consagran á disponer un banquete de funerales digno de ellos, olvidando, por sus deberes de dueña de casa, los de viuda llorosa y afligida, mientras hacía los baúles y daba órdenes á la Archambault, casi había llegado á olvidar el triste objeto de su viaje.

A la hora de la comida, dijo D'Argenton al doctor Hirsch:

—Tenemos que emprender un viaje. El chico ha hecho una de las suyas, y buena, por cierto. Vamos á Indret. Tú te encargas de la casa mientras estemos fuera.

Hirsch no se tomó la molestia de pedir más explicaciones. No le extrañó lo más mínimo que el chico hubiera hecho lo que se le atribuía, y probó lo bien que desempeñaba su misión de parásito, diciendo como D'Argenton:

—¡Me lo figuraba!

Partieron en el expreso de la noche, y llegaron á Tours por la mañana temprano. El "Antiguo Amigo" de la antigua Ida de Baraney vivía fuera de la ciudad, en una de esas hermosas quintas que dominan el Loira, tan bonitas, medio escondidas entre los árboles, y cuyos macizos de verdura bajan hasta el río, mientras sus torrecillas se erguían en el horizonte. El Sr. Conde, como en otro tiempo le llamaban los criados de Ida, era un viudo sin hijos, excelente persona y hombre de mundo. A pesar de la manera de abandonarle, que fué algo brusca, conservaba el mejor recuerdo de aquella mujer joven, alegre y locuaz, que en otro tiempo había alegrado su juventud. Sin dificultad ninguna, pues, se manifestó dispuesto á recibir á Carlota.

Alquilaron un coche en la fonda, y saliendo de la ciu-

dad, emprendieron juntos el camino, siguiendo una hermosa carretera. Esta tenacidad del poeta en seguirla, comenzaba á inquietar á Carlota.

—¿Querrá entrar conmigo?

A pesar de su ignorancia de las costumbres sociales, comprendía que esto no era posible. En esto pensaba, mientras al través de las ventanas del carruaje contemplaba aquellos hermosísimos campos en que había pasado algunos años de su vida vagabunda y paseado tantas veces con su Jack, tan pequeñito entonces, tan bonito, tan rubio y tan elegante, y ahora reducido á la categoría de simple artesano, y tal vez á punto de vestir el traje de presidiario.

Sentado á su lado, y observándola con el rabillo del ojo, D'Argenton la miraba mordiéndose rabiosamente el bigote. Estaba muy bonita aquella mañana, un poco pálida á causa de la emoción producida por la mala noticia, por la fatiga de una noche en ferrocarril y el disgusto de la visita que iba á hacer. Y esto, añadido á los colores negros que por coquetería dominaban siempre en su vestido y su tocado, daba á su belleza unos tonos de distinción que hacía tiempo parecían olvidados por la mujer de casa, á la par que enfermera de las Aulnettes.

El soberbio D'Argenton estaba como turbado, inquieto y á disgusto. No sentía esos celos de Otelo que enloquecen y matan, sino ese malestar enervante que entorpece y embrutece. Comenzaba á arrepentirse de haberla acompañado; se sentía estúpido, turbado por el extraño papel que estaba representando; sobre todo, se arrepentía de haberla dejado venir.

La vista del castillo acabó de desconcertarlo. Cuando

Carlota le dijo: "¡Ahí es!" cuando en medio de los árboles vió los bordados de una joya del Renacimiento, con la terraza, puentes, levadizos cayendo sobre el río, sombreado en estío, pero visible en aquella época del año, en que los paisajes helados se matizan de un poco de verde, se acusó á sí mismo de aturdimiento, de locura, de imprudencia. Evidentemente, cuando ella entrase allí, no volvería á salir.

D'Argenton no sabía aún hasta qué punto había arraigado en el corazón de aquella mujer, y que todos los tesoros del mundo no tendrían poder bastante para separarla de él.

—¿No irá á bajar?, se preguntaba Carlota cada vez más inquietá. En fin, al término de la alameda, hizo que parase el carruaje.

—Al final del camino te espero.

El añadió, con una sonrisilla humilde:

—No tardes mucho.

—No, hijo mío; no tengas cuidado.

Ya estaba el carruaje lejos, cerca de la verja, y aún la miraba él. Cinco minutos después, apoyada en un árbol y observando, vió á su querida cogida del brazo de un señor alto, delgado, elegante, esbelto todavía, aunque en su manera de andar se conocía que tenía cierta edad. Cuando la pareja desapareció, D'Argenton sintió la impresión de un vacío inmenso, y el movimiento de la falda de Carlota, que volvía el recodo de una alameda, le pareció irónico, irritante, como si de lejos hubiese sentido un bofetón en la cara.

Entonces comenzó para él una angustia terrible...
¿Qué se dirían allí?... ¿Volvería él á verla?... ¡Y

era el bribón de aquel chieuelo quien tenía la culpa de que él pasase por aquel tormento humillante!

Sentado sobre el desgastado escalón de una puertecilla que cerraba por uno de los extremos el magnífico parque donde Carlota acababa de desaparecer, el poeta esperaba febrilmente, volviéndose á cada momento hacia la verja y mirando allí, á la entrada, el coche parado y el cochero inmóvil, envuelto en su largo carrik. En torno suyo se desarrollaba un paisaje admirable, capaz de calmar la más dolorosa agitación; plantíos de vides ricas y regulares; colinas llenas de árboles; campos cubiertos de verdor y cruzados por riachuelos; aquí y allá una ruina del tiempo de Luis XI, y alguno que otro de aquellos bonitos castillos, numerosos á orillas del Loira, en el frontispicio de los cuales la salamandra se retuerce entre DD entrelazadas.

Con esa ociosidad de quien está solo y esperando, pero al cual cualquier cosa es buena para fijar el pensamiento errante, D'Argenton miraba hacia un momento un grupo de trabajadores, ocupados en abrir, en el vallecillo que se desarrollaba á sus piés, una especie de canal para que corriesen las aguas. Al avanzar unos cuantos pasos, para ver más de cerca, observó que aquellas gentes, uniformadas con blusas azules, pantalones á rayas, á los cuales desde lejos había confundido con campesinos eran niños, regimentados bajo las órdenes de un vigilante, medio campesino, medio caballero, que los dirigía y trazaba los límites del canal.

El silencio de aquel trabajo al aire libre, ejecutado por obreros tan jóvenes, llamaba la atención. Ni una palabra, ni un grito, ni siquiera la excitación del ser en movimiento que siente y ejercita su fuerza.

—¡Más derecho!... ¡No tan de prisa!... decía el vigilante; y las herramientas chocaban, los rostros sudorosos se inclinaban hacia el suelo; y, de cuando en cuando, al levantarse para tomar aliento, veíanse frentes estrechas, cráneos puntiagudos, cabezas que llevaban todas las señales de atrofia ó de desorden.

Seguramente aquellos chicos no habían sido educados en la libertad del aire libre: la palidez de la mayor parte de ellos, sus ojos enrojecidos y poco abiertos, delataban miserias de la vida, ahogos de los barrios pobres y de las casas mal sanas.

—¿Qué chicos son esos?, preguntó el poeta.

—¡Ah! El señor no es de aquí, seguramente.... Son colonos de Mettray.... La colonia está allí.

Y el vigilante señalaba á D'Argenton un grupo de casas blancas, regulares y nuevas, situadas en la colina vecina.

El poeta conocía de nombre el célebre establecimiento penitenciario, pero desconocía el reglamento y las condiciones de admisión. Hizo preguntas á aquel hombre, diciendo que estaba íntimamente unido con una familia á la cual acababa de sumir en la mayor aflicción el único hijo que tenía.

—Enviádnoslo en cuanto salga de la cárcel.

—Es que—contestó D'Argenton con cierto sentimiento—es que creo que no irá á la cárcel. Sus padres han podido evitarlo, devolviendo el dinero....

—En ese caso, no podremos admitirlo. No recibimos más que los muchachos que han estado presos. Pero tenemos un establecimiento anexo, la "Casa paterna," que es una aplicación del régimen celular á la juventud.

—¡Ah! ¡De veras!... ¿El régimen celular?

—Y que puede con los caracteres más indómitos... Además, aquí tengo algunos reglamentos. Si el señor quisiera enterarse de ellos....

D'Argenton aceptó, dió algún dinero para los muchachos presos, y volvió á subir el camino cargado de folletos. La verja del castillo acababa de cerrarse. El carruaje bajaba por la alameda.

¡Por fin!....

Carlota, satisfecha, feliz, con los ojos brillantes, tenía prisa por reunirse con su poeta.

—Sube pronto, le dijo.

Se cogió de su brazo, y temblorosa de alegría, añadió:

—He triunfado.

—¡Ah!, contestó él.

—Y más de lo que yo esperaba.

El repitió su ¡ah! muy secamente, con mucha indiferencia; y se puso á hojear los folletos aparentando el mayor interés, como para demostrarle que todo lo demás le tenía sin cuidado. No estaba tan satisfecho un poco antes, cuando se mordía las uñas mirando á la verja; pero ahora se acercaba ella tanto á él, sumisa y obediente, que ya no valía la pena de atormentarse. Al ver su silencio, Carlota calló también, creyéndole ofendido en sus celos; así es que él se vió obligado á replicar:

—¿De modo que has triunfado?

—Por completo, hijo mío.... Siempre "se tuvo" la intención de hacer un regalo á Jack cuando llegase á ser mayor de edad, para comprarle un nombre y que se pudiera establecer. Ese regalo era de diez mil francos. Me los han dado en seguida. Habrá que devolver seis

mil francos; quedan cuatro mil, que me han dicho que emplee yo como quiera en el chico.

—Pues la manera de emplearlos está encontrada... Es preciso pagarle con eso una celda en la "Casa paterna" de Mettray, durante dos ó tres años. Allí solamente será donde tal vez podamos hacer del ladrón un hombre honrado.

Ella se estremeció al oír aquella palabra de "ladrón," que le recordaba la realidad. Ya sabemos que en aquel pobrecillo cerebro, las impresiones fugitivas, sin cesar renacientes, borraban en un segundo hasta la huella de una idea.

Carlota bajó la cabeza.

—Estoy pronta á hacer cuanto tú quieras, dijo. ¡Eres tan bueno, tan generoso! ¡No lo olvidaré jamás!

Bajo el espeso bigote, la boca del poeta tuvo un estremecimiento de placer y de orgullo. Era más amo que nunca. Lo aprovechó para hacer un largo discurso. Ella tenía mucha parte de culpa. Su debilidad de madre no era extraña á lo que sucedía. Un niño, mimado como el suyo, siempre entregado á sus malos instintos, no podía menos de hacerse malo. Era preciso un hombre enérgico para guiar aquel caballo resabiado. Se lo encargaran á él solo, y pronto lograría ponerlo al paso.

D'Argenton repitió dos ó tres veces seguidas:

—Lo arreglaré ó lo mataré.

Ella no contestaba. La dicha de pensar que su hijo no iría á la cárcel, lo dominaba todo. En seguida decidieron que saldrían aquella misma noche para Indret. Sino que para ahorrarle á ella una humillación tan grande, convinieron en que se quedaría en la Baja Indre.

D'Argenton iría solo para llevar el dinero y para buscar al culpable, á quien conducirían inmediatamente á la colonia. Decía ya "la colonia" á secas; y, por anticipado, veía á Jack con su uniforme de tela azul, confundido con aquellos infelices jóvenes presos, víctimas en su mayoría de los vicios ó de los crímenes de sus padres, quienes sentaban plazas de reclutas desde chicos en el gran regimiento de los reprobados.

Era domingo el día que se bajaron del tren en la gran estación fabril de la Baja Indre, y tomaron la mejor habitación de una hospedería que daba al camino, porque el pueblo estaba enteramente desprovisto de toda fonda.

Mientras el poeta iba á cumplir su misión de justiciero, Carlota se quedó sola, esperando en aquella habitación sórdida, hasta donde llegaban gritos, risas, un gran alboroto de borrachos, canciones sonolientas y tristes, salmos, en ese tono lastimero que caracteriza todas las melodías bretonas melancólicas como el mar ó como las salvajes llanuras de las Landas. Cantos de marineros se mezclaban á aquellos más vivos, más desvergonzados, pero tristes también. De aquel vulgarísimo tumulto de taberna, de la monotonía de una menuda lluvia, que se estrellaba incesantemente contra los vidrios de la ventana, destacábase para aquella mujer una impresión singular del destino á que habían condenado á su hijo. Por culpable que fuese Jack, era, al fin y al cabo, su hijo; y sentirse tan cerca de él, traía á su memoria los años felices que en otros tiempos habían pasado juntos.

¿Por qué lo había abandonado?

Lo recordaba niño, encantador y delicioso, lleno de inteligencia y de ternura; y al pensar que vería entrar á

un obrero ladrón y que aquél sería su hijo, el remordimiento vago que la atormentaba hacía dos años, tomaba cuerpo y se levantaba ante ella. ¡Aquellas eran las consecuencias de su debilidad! Si Jack hubiera seguido a su lado, en vez de haber sido entregado a la depravación de las fábricas; si lo hubiese puesto en un colegio con niños de su edad, ¿se habría convertido en un ladrón? ¡Ah! La predicción de aquel dichoso médico se había realizado. Lo iba á encontrar pervertido, humillado.

La trivialidad de aquel domingo de obreros, cuyo olor y cuyo ruido le rodeaban, aumentaban sus remordimientos.

¡Allí vivía su Jack hacía dos años!... Todas las repugnancias de igual carácter superficial, incapaz de sentir la grandeza de una misión cualquiera, de una vida comprada con el trabajo manual, se sublevaban ante aquella idea. Para tratar de distraerse de aquellos tristes pensamientos, cogió el prospecto de la colonia, que se hallaba abierto delante de ella. Allí encontró palabras que le hicieron estremecerse: "Casa paterna. Colegio de represión. El régimen adoptado es el de aislamiento absoluto. A los muchachos se les instala en celdas y no se ven jamás unos á otros, ni siquiera en la capilla." Con el corazón metido en un puño cerró el libro y se puso á la ventana, á esperar el regreso del poeta, la llegada del niño, con los ojos fijos en un rinconcillo del Loira, el cual entreveía allá á lo lejos, al final de la callejuela, agitado como un mar y salpicado por el agua que caía del cielo.

Entretanto, D'Argenton iba á cumplir su misión, y por cierto muy contento de cumplirla. No se hubiera

cambiado por un hombre rico en aquel momento. El, que se moría por darse aires de importancia, podía dárselos magníficos. Ya anticipadamente preparaba el discurso que dirigiría al criminal, los perdones que le haría pedir en el despacho del director. Por de pronto, todas aquellas actitudes premeditadas se resumían en una manera de colocar la cabeza majestuosamente, en adoptar un aire de gravedad, al que ayudaba el traje obscuro, los guantes negros, mientras subía con el paraguas abierto, por la calle mayor de Indret, desierta á aquella hora, á causa del mal tiempo y de las vísperas.

Una vieja le enseñó la casa de los Roudic. Pasó por delante de la fábrica, silenciosa, de descanso, y refrescando con deleite sus techos ahumados y ennegrecidos. Pero al llegar á la casa que acababan de designarle, se detuvo, vacilante de haberse equivocado. De todas las casas alineadas en aquella calle-cuartel, aquella era la más alegre, la más animada. De las ventanas abiertas de los entresuelos, se escapaba un alegre ruido de bretonas, pasos de gente de pueblo que golpeaban pesadamente el pavimento. Bailaban "al són de las bocas," como dicen en Bretaña, y se danzaba con esos ánimos que la voz da al ritmo y á la medida.

—"Es imposible... ¡No es aquí!..." se decía D'Argenton, que iba creyendo encontrar una casa desolada, en la cual entraría como entra un redentor.

De pronto se oyó gritar:

—¡Vamos, Zenaida, el "Plato de Estaño!"...

Y muchas voces repitieron ruidosamente:

—¡Sí, sí, Zenaida, el "Plato de Estaño!"...

¡Zenaida!, aquel era el nombre de la hija de Roudic. Lo que es aquellas gentes, tomaban filosóficamente su

desastre. Aún titubeaba, cuando una voz de mujer comenzó á cantar:

"En el patio del Plato de Estaño."

Y el coro, mezcla de hombres y de mujeres, repetía:

"En el patio del Plato de Estaño."

Y en seguida un torbellino de cofias blancas empezó á pasar por delante de la ventana, acompañado del rozar de faldas de paño y del esfuerzo de las voces.

—¡Vamos sargento!... ¡vamos, vamos, Jack!... gritaban.

¡Aquello era demasiado!... ¡Vaya! Muy receloso, el poeta empujó la puerta, y en medio del polvo que levantaba aquel baile de locos, la primera persona á quien vió, fué á Jack, el ladrón, el futuro colono, saltando con siete u ocho muchachas, entre las cuales había una regordeta, alegre y colorada que arrastraba en la animación del corro á un guapo sargento de aduaneros. Recostado contra el muro, un hombre grueso, ya canoso, veía con interés y alegría cómo se divertían, y risueño, trataba de hacer partícipe de la diversión á una joven alta y pálida que á su lado estaba. La joven, agradecida, sonreía con tristeza.

—¿Qué había sucedido?

Lo siguiente:

Al otro día de escribirle á la madre de Jack, vió el director de Indret entrar en su habitación á la señora de Roudic, conmovida, agitada. Sin pararse en la fría acogida que le dispensaban, pues hacía tiempo que

su mala conducta la había acostumbrado al desprecio tácito de las gentes honradas, rehusó la silla que le ofrecían, y muy erguida, con pasmosa seguridad tratándose de ella, se expresó así:

—Vengo á decirle á usted, caballero, que el aprendiz no tiene culpa ninguna; no es él quien ha robado el dote de mi hijastra.

El director se agitó en su sillón, sobresaltado.

—Sin embargo, señora, ahí están las pruebas.

—¿Qué pruebas? La más seria de todas es que, al estar ausente mi marido, Jack permanecía solo con nosotros en casa. Pues bien, caballero; esa prueba es justamente la que vengo á destruir. Aquella noche había allí otro hombre, además de Jack.

—¡Un hombre! ¿El nantés?

Contestó ella con un movimiento de cabeza: "Sí, el nantés...."

¡Oh, qué pálida estaba!

—¿De modo que el nantés fué quien cogió el dinero?

¿Hubo acaso un momento de duda en aquella cara de muerta? En todo caso, su contestación fué serena y firme.

—No: no fué el nantés quien cogió el dinero....

Fuó yo.... para dárselo.

—¡Desdichada mujer!

—¡Sí, sí, muy desdichada! Decía él que sólo por dos días, y yo he esperado todo este tiempo ante la desesperación de mi marido, las lágrimas de Zenaida, ante el horrible temor de ver condenado á un inocente.... ¡Qué suplicio!... Nada llegaba. Entonces escribí lo siguiente: "Si mañana á las once no he recibido nada, me denuncio y te denuncio...." Y aquí estoy.

—¡Ahí está usted! ¡Ahí está usted!... ¿Y qué quiere usted que yo haga?

—Quiero que detenga usted á los verdaderos culpables, ahora que usted los conoce.

—Pero, ¿y su marido de usted?... Esta doble deshonra le matará.

—¿Pues y á mí?, dijo ella con amarga altivez. Morir es cosa muy fácil. Lo que estoy haciendo es algo más doloroso.

Y tenía ella un trágico valor al hablar de la muerte. Miraba á la muerte, la llamaba anhelante, con una ternura que nunca dedicó á su amante.

—Si su muerte de usted pudiera reparar la culpa, repuso con tono grave el director; si pudiese servir para recuperar el dote de aquella pobre niña, comprendería yo que quisiese usted morir.... Pero es el caso que ese suicidio sólo á usted es á quien sacaría de apuro. La situación será la misma, más complicada, más lúgubre.

—¿Y qué hacer entonces?, dijo ella apesadumbrada. Y en su incertidumbre, tornábase la antigua Clarisa, un largo cuerpo delgado, sacudido por un combate demasiado fuerte para él.

—Ante todo, es preciso salvar lo que se pueda de ese dinero. Quizás quede algo aún.

Clarisa movió la cabeza. De sobra conocía ella al terrible jugador. Sabía cómo se había apoderado del dinero, pisoteándola casi para correr hacia la cajita; y claro está que debió jugar hasta el último céntimo.

El director había llamado. Entró un vigilante, el antiguo gendarme, enemigo especial de Belisario.

—Vá usted á marchar para Saint-Nazaire, le mandó

su jefe, y le dirá usted al nantés que necesito de él en seguida. Es más, le esperará usted para mayor seguridad.

—El nantés está en Indret, mi director. Acabo de verle salir de casa de la señora Roudic. No estará muy lejos, seguramente.

—Pues mucho mejor.... Búsquelo y tráigamelo aquí.... Sobre todo, no le diga usted que ha visto á la señora de Roudic en mi despacho.... No tiene que sospechar....

—Ya entiendo.... dijo guiñando el ojo el perspicaz vigilante, que ni una palabra del asunto sabía. Volvió la espalda y salió.

El director y Clarisa permanecieron mudos. La mujer estaba apoyada en el ángulo de la mesa escritorio, revelando su fisonomía amargos pensamientos; y el ruido laborioso del taller, los quejidos, los silbidos del vapor, unas veces en tono de súplica, ó amenazadores, ó dolorosos, acompañaban la tempestad de su alma. Abrióse la puerta alegremente.

—¿Me ha llamado usted, señor director? dijo el nantés con voz jovial.

La presencia de Clarisa, su palidez, el aspecto severo de su jefe....

Todo lo comprendió.

¡De manera que cumplió ella lo prometido!...

Durante un minuto, su fisonomía atrevida y brutal quedó trastornada por el terror, por la locura del hombre acorralado que mata para salir del callejón sin salida, en el que se revuelve sin hallarla; pero sucumbió bajo el esfuerzo de aquella lucha interior, y acabó por dejarse caer delante del escritorio, murmurando:

—¡Perdón!

Con un gesto le mandó el director que se levantara:

—Guarde usted sus súplicas y sus lágrimas; de sobra conocemos todo eso. Vamos al grano. . . . Esta mujer ha robado á su marido y á su hija por usted. Usted prometió devolver el dinero en el término de dos días.

El nantés dirigió á su querida una mirada llena de agradecimiento; lo salvaba ella por una mentira; pero Clarisa no le miraba; no tenía gana de mirarle; harto lo había visto la noche del crimen.

—¿En dónde está el dinero?, repitió el director.

—¡Aquí está! Lo traía.

En efecto, lo traía; pero como no había hallado á Clarisa en su casa, llevábaselo él otra vez, más que á paso, dirigiéndose hacia la casa de juego, para ver si le favorecía otra vez la suerte. Era un verdadero jugador.

El director cogió los billetes puestos sobre la mesa:

—¿Está todo el dinero?

—Faltan 800 francos. . . . dijo el otro titubeando.

—¡Ah! Ya comprendo. Para emprender esta noche otra vez la batalla. . . .

—No; se lo juro á usted. Los he perdido, pero los devolveré.

—Es inútil; nadie le pide nada. Yo pondré los 800 francos que faltan. No quiero que esa niña pierda un céntimo de su dote. Ahora se trata de explicar á Roudie de qué manera había desaparecido el dinero, y cómo hauelto. Póngase usted ahí y escriba.

Reflexionó un momento el director mientras se sentaba el nantés, y cogió una pluma. Clarisa había le-

vantado la cabeza. Esperaba. Era su vida ó su muerte la tal carta.

—Es tba usted: "Señor director: yo fui quien, en un momento de locura, cogí los 8,000 francos en el armario de los Roudie. . . ."

Hizo el nantés un gesto de protesta; pero tentió á Clarisa y dejó restablecer los hechos en toda su verdad lógica y cruel.

"De los Roudie. . . ." dijo, repitiendo la última palabra. El Director continuó:

" Aquí está el dinero. . . . No puedo conservarlo en mi poder. Me abrasa. . . . Dé usted libertad á la persona de quien he dejado sospechar, y ruegue usted á mi tío me conceda su perdón. Dígame que dejo la oficina y me voy sin atreverme á verlo. Volveré cuando, á fuerza de trabajo y de arrepentimiento, haya ganado el poder estrechar la mano de un hombre honrado. . . ." Ahora la fecha. . . . y firme usted. . . .

Y viendo que titubeaba:

—¡Cuidadito, joven! Le prevengo á usted que, si no firma, hago que detengan inmediatamente á esta mujer. . . .

El nantés firmó sin decir una palabra. El director se levantó.

—Ahora puede usted marcharse. . . . Vaya usted á Guerigny, si usted quiere, y trate de conducirse bien. De todas maneras, no olvide usted que, si llego á saber que le han visto rondando por Indret, los gendarmes le echarán á usted mano. Esta carta les autoriza para ello. . . .

El nantés hizo un medio saludo, echando al pasar una mirada sobre Clarisa. Pero la ilusión había des-

parecido. La mujer volvió dulcemente la cabeza, bien decidida á no volverle á ver, á conservar intacta en su conciencia y remordimiento, la imagen horrible que ensayó del ladrón aquella noche. En cuanto hubo salido el nantés, acercóse la señora de Roudic al director, cruzando las manos ou ademán de agradecimiento.

—No me dé usted las gracias, señora. Esto lo he hecho por su marido, para ahorrarle á ese buen hombre la más cruel de las torturas.

—Pues por mi marido es por quien le doy á usted las gracias, caballero. . . . Unicamente en él pienso; y prueba evidente es el sacrificio que voy á hacerle.

—¿Qué sacrificio?

—El de vivir, cuando tan agradable sería la muerte, dormirse para siempre. . . . Todo estaba ya dispuesto y trazado en mi espíritu. Unicamente por Roudic desistí de mi propósito. ¡Si usted supiera qué falta me hace descansar un poco!

Y, en efecto, el milagro de vigor que durante aquella crisis la había sostenido, ya no obraba, y reaparecía su indolencia habitual en tal desmadejamiento de todo su cuerpo, tan abatida parecía estar cuando, medio encorvada, retirábase ya del despacho, que el director, temiendo una catástrofe, otra desgracia mayor é irreparable, le dijo:

—¡Vamos, señora, un poco de valor! Piense usted en el dolor de Roudic cuando lea luego esta carta; será un golpe terrible para él. No aumente usted sus sufrimientos.

—Eso mismo es lo que yo pienso, dijo ella; y salió contentamente.

En efecto: rudo golpe fué para Roudic el saber, por boca del director, la falta de su sobrino. Fué necesaria toda la alegría de Zenaida, al hallar de nuevo sus cuartitos, para calmar un poco en el corazón de aquel buen hombre la extrañeza dolorosa que sienten las naturalezas honradas ante la infamia y la ingrátitud. Su primera palabra fué: “¿Le quería tanto mi mujer!” Y los que le oyeron, se sonrojaron por él, por tan cruel sencillez.

¿Y el Azteca? ¡Ah! El pobre Azteca tuvo su día de gloria. Elijóse en todas las puertas de la fábrica un orden del director proclamando muy alto la inculpabilidad del aprendiz. Le rodearon, le festejaron. De sobra está decir si los Roudic les pidieron les perdonase, ofreciéndole de nuevo su amistad. Sólo una cosa faltaba á su felicidad: ¡Belisario!

En cuanto abrieron la jaula, en cuanto le dijeron: “Queda usted en libertad,” el vendedor ambulante se fué sin preguntar nada. Parecíale tan turbio todo aquello, tanto temía el ser otra vez cogido, que no pensaba más que en huir, en recorrer el camino con toda la ligereza que le permitieran sus pies heridos. Jack sintió mucho aquella huida. Hubiera querido sincerarse junto á aquel desgraciado, golpeado por él, encarcelado dos días, y casi arruinado por el desastre de su mercancía. Lo que más le afligía, era pensar que Belisario se habría ido creyéndole culpable, pues nadie pudo decirle la verdad, marchándose tan pronto; y el pensar que aquél miserable le tomaba por un ladrón, arrojaba cierta sombra sobre su alegría.

Más á pesar de todo, había almorzado alegremente en el acto de prometerse por esposos Zenaida y el sar-

gento Mangin; también bailó con los demás, y en medio de la algazara, entró D'Argenton. La aparición del poeta, majestuoso y enguantado de negro, produjo sobre la alegre reunión malísimo efecto. Y es que cuando se ha compuesto uno un tipo especial para cierto papel, es difícil desecharlo de repente. De sobra lo probó la actitud de D'Argenton. Por más que le probaron que se había hallado el dinero, que Jack resultaba inocente, y que, al venir él a Indret, se había cruzado con una segunda carta del director, destinada á reparar todo el mal que hizo la primera, por más que vio todas aquellas gentes tratar al aprendiz como un hijo de la casa desde el Sr. Roudie, que le daba golpecitos sobre el hombro, diciéndole palabras cariñosas, hasta Zenaida, que le cogía la cabeza con sus fuertes manos y se divertía en despeinarlo, ensayándose para hacer lo mismo con el sargento, no por eso abandonó el poeta su actitud digna y grave. No dejó de decirle á Roudie, en términos muy expresivos, el disgusto que le habían dado, á él y á la madre de Jack.

— Pero yo soy más bien quien debe una satisfacción á ese pobre niño! . . . gritaba el ajustador.

D'Argenton no le escuchaba. Hablaba del honor, del deber y de los conflictos á que conduce la vida desordenada.

Jack, aunque relativamente inocente, más de un motivo de pesar tenía; recordaba su jornada de Nantes, y en qué estado el sargento Mangin, allí presente, podía certificar haberle visto. Se sonrojaba, no sabía qué actitud conservar mientras duraba el sermón del pontífice. Por fin, cuando éste hubo maravillado á todas aquellas buenas gentes con su elocuente palabra; cuando hu-

lo discurrido durante una hora, destilando tristeza empalagosa, soñoliento aburrimiento, al que había acabado por sucumbir el Sr. Roudie:

— Mucha sed debe usted tener desde el tiempo que hace que está usted hablando, le dijo candidamente el ajustador; y mandó que trajeran una jarra de sidra de primera, con un pastel de trigo moreno que Zenaida había preparado para la merienda. Y, la verdad, tan buena cara tenía aquel pastel, tan doradita y apetitosa estaba la corteza, que el poeta, siempre glotón, como ya sabemos, se dejó tentar y le dió tremenda cuchillada, parecida, en las dimensiones, á la que le dió Belisario al jamón de las Aulnettes.

De cuantas palabras acababa de oír, sólo había retenido Jack una sola cosa: que D'Argenton había hecho un viaje muy largo para traer á Indret el dinero que le ahorraría la vergüenza de verse sentado, en el banco de los criminales. En efecto, no había dejado el poeta de sacar partido de esa circunstancia, dando con frecuencia golpecitos sobre su cartera, diciendo: "Aquí traía el dinero. . . ." Y el niño, figurándose de buena fe que D'Argenton había sustraído 6,000 francos de su propia fortuna, sin más objeto que el de salvarle á él, principiaba á creer que se había equivocado sobre aquel personaje antipático, y que su frialdad y su repulsión no eran más que aparentes. Nunca había sentido tanto respeto ni tanto afecto hacia "el enemigo," quien, estupefacto también, no reconocía ya al potro indómito; y atribuyéndose aquel nuevo mérito, decía:

— Me lo he metido en el bolsillo.

Este pensamiento, y la buena acogida que le dispensaron los Roudie, acabó de ponerle de buen humor.

La verdad, si hubiesen ustedes visto al poeta y al aprendiz bajar, cogidos del brazo, las calles de Indret y hablar junto á la orilla del Loira, los hubieran ustedes tomado por dos amigos. ¡Qué contento estaba Jack hablando de su madre, preguntando noticias, detalles, respirándola, por decirlo así, sobre las facciones de aquella á quien tanto él quería! ¡Ah! Si hubiese él sabido que tan cerca la tenía y que, desde hacía una hora, D'Argenton, combatido por un resto de piedad y su egoísmo celoso, se preguntaba:

“¿Le digo qué está ahí?”

La verdad es que al venir á oficiar de pontifical á Indret, no esperaba el poeta semejante desenlace.

De muy buena gana hubiera él llevado ante la madre el niño culpable, humillado, al que no hubiera podido acariciar; pero presentarle aquel héroe triunfante, aquel mártir de un error judicial; asistir á las efusiones, á los enterrecimientos de aquellos dos corazones, que no querían cesar de latir uno para otro, eso estaba por encima de sus fuerzas.

Mas para cometer semejante crueldad, para rehusar á Carlota y á su hijo la alegría de verse después de haberlos aproximado uno á otro, necesitaba pretextos, subterfugios, alguna razón que tuviese una apariencia de justicia, y pudiera, sobre todo, formularse con palabras de relumbrón. Y esa razón, Jack fué quien se la suministró.

Figúrense ustedes que el pobrecito Jack, encariñado por aquella dulzura insólita, tuvo un arranque, una necesidad de confianza, y se le ocurrió confesar al señor D'Argenton que decididamente, ninguna afición sentía por la vida que hacía, que nunca sería un buen obrero,

que estaba demasiado solo, demasiado lejos de su madre; que quizás pudieran hallarle una vida más conforme con sus gustos, con sus fuerzas... ¡Oh, no le arretraba el trabajo!... Sólo que hubiese él querido un trabajo en que trabajaran menos los brazos y se desarrollara más la inteligencia.

Mientras esto decía, estrechaba Jack la mano del poeta, y la iba sintiendo, poco á poco, enfriarse, retirarse, desasirse. De repente halló enfrente de él la cara impassible, la mirada azul, cruel, del antiguo “enemigo.”

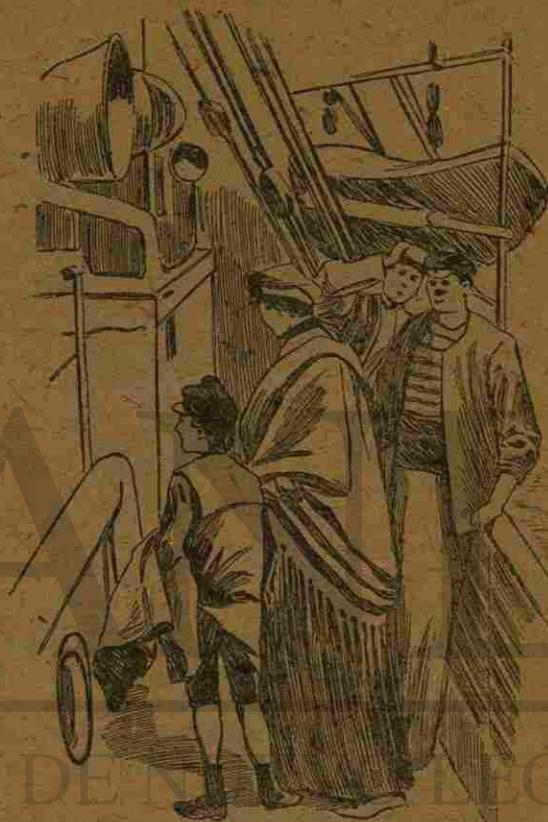
—Me apesadumbra usted mucho, Jack, me apesadumbra usted mucho; y su madre de usted quedaría muy apenada si le viese en tales disposiciones. Ha olvidado usted lo que tantas veces le dije: “No hay en el mundo gente peor que los soñadores... Desconfiemos de los utópicos, de los ensueños calenturientos... Este siglo es un siglo de hierro... ¡Al trabajo, Jack, al trabajo!”

Y durante una hora tuvo el niño que aguantar frases de éstas; durante una hora oyó el desgraciado aquella moral más helada, más aguda y más penetrante que la lluvia que en aquel instante caía y que comenzaba á envolver el paisaje.

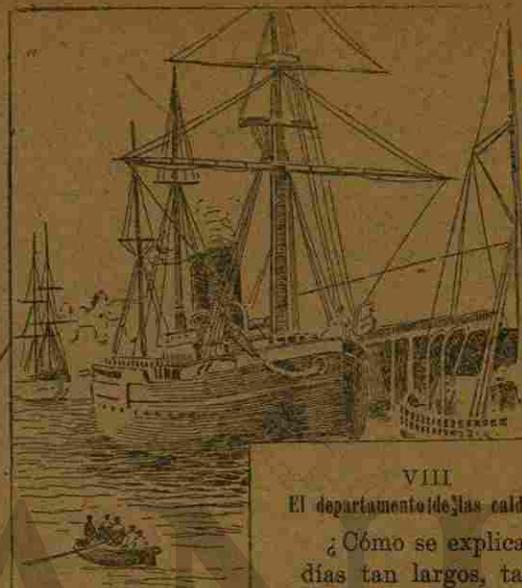
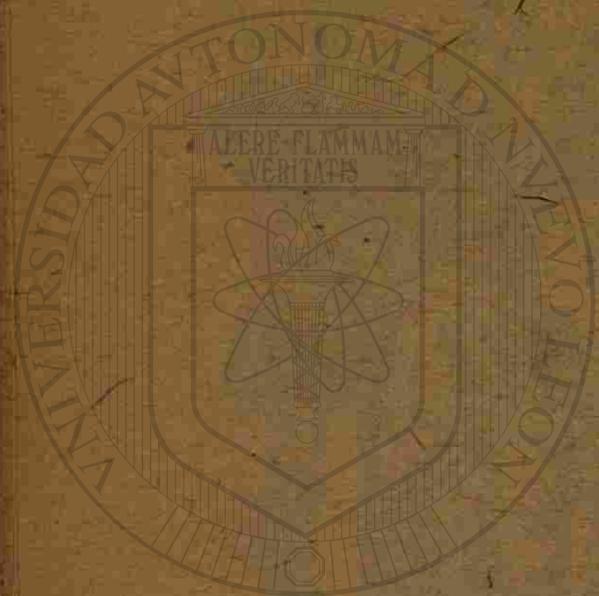
Y mientras se paseaba de arriba abajo en la orilla había allá, del otro lado de la ría, una mujer que, aburriéndose de esperar en el cuarto de la posada, había venido al muelle para acechar al barquero, de cuya lancha saldría luego aquel abominable criminalillo adorado, á quien ella no había visto desde hacía dos años. Pero ahora ya tenía D'Argenton su pretexto. En las malas disposiciones en que se hallaba el chiquillo, la vista de su madre no haría sino descorazonarlo más... Más

prudente era que no la viese. . . . Carlota sería bastante razonable para comprenderlo y hacer ese sacrificio en interés de su hijo. "¡La vida no es una novela," qué demonio!

Y así fué cómo, aunque separados sólo por la anchura de la ría, tan cerca uno de otro que llamándose un poco fuerte se habrían oído, Jack y su madre no se vieron aquella tarde, ni en mucho tiempo.



El niño, vestido á la inglesa, se parecía al hijo de lord Peamboek. ®



VIII

El departamento de las calderas.

¿Cómo se explica que días tan largos, tan duros, tan llenos de ocupaciones, consigan formar años tan cortos?

Dos años, ya hace dos años que se casó Zenaida y que fué Jack el héroe de una terrible aventura. ¿Qué se ha hecho durante esos dos años? Ha trabajado, sufrido, seguido paso tras paso el camino que lleva al aprendiz al conocimiento del oficio y á la paga del obrero. Ha pasado del torno á la elaboración del hierro. Primero le hicieron forjar con máquina, luego con martillo. Sus manos han adquirido callos, y su inteligencia también. Por la noche cae rendido en la cama, pues no es fuerte; duerme de un tirón, y al día siguiente recomienza una existencia sin ilusiones, sin distracción. Le horroriza la taberna desde el famoso via-

ja de Nantes. La casa de los Roudic está triste. Mangin y su mujer se han instalado en el Pouliguen, en la costa, y toda la casa parece vacía desde que se marchó aquella muchachota, así como su cuarto pareció quedar vacío desde el día en que mandó quitar su armario, el gran armario del equipo.

La señora de Roudic ya no sale; permanece sentada en un rincón, al lado de la ventana, cuyo visillo está siempre echado, pues ya no espera á nadie ahora; arrastra una existencia indiferente, automática, dejando la vida marcharse, como la sangre, por una herida abierta. Sólo el señor Roudic conserva la serenidad de su conciencia feliz. Sus ojillos tan listos, tan agudos, han conservado la viveza de su mirada, que forma extraño contraste con su alma cándida, ciega y crédula, para la cual el mal no existe.

Ni un acontecimiento en la vida de Jack. El último invierno fué muy rudo; el Loira ha hecho muchos destrozos, invadiendo casi toda la isla, parte de la cual permaneció cuatro meses debajo del agua. Han trabajado los obreros en la humedad, respirando niebla y miasmas de los pantanos. Jack ha tosido mucho, y la fiebre le ha tenido clavado en la enfermería; pero esos no son acontecimientos. De tarde en tarde, alguna carta de Etiolles, muy tierna cuando escribía su madre, en secreto; autoritaria y fría cuando dictaba el poeta. Los actos más insignificantes de D'Argenton ocupaban lugar preferente en las cartas de su paciente víctima. Así es como supo Jack que "La Hija de Fausto," ya terminada y leída á los artistas del teatro francés, habían tenido la desvergüenza de rechazarla aquellos trastos, por unanimidad, lo cual les mereció una palabra cruel

por parte de D'Argenton. Otra gran noticia: la reconciliación con los Moronval, admitidos ya á la mesa de "Parva Dumus," á donde llevaban los domingos muchachillos exóticos de todos colores, que asustaban mucho á la señora Archambauld.

Moronval, Madú, el Gimnasio: ¡qué lejos estaba todo eso! Más largo que la distancia entre Indret y el pasaje de las Doce Casas; más largo que los años transcurridos entre aquel pasado fantástico y este presente tan lúgubre. El Jack de aquel tiempo hacíale el efecto de un Jack de una raza superiormente más fina, que nada había transmitido de su cabellera rubia, de su piel rosada y fina á aquel muchacho alto, curtido, desgarrado, con pómulos rojos, encorvada la espalda, altos y delgados los hombros bajo su blusa.

Así es como se hallaban justificadas las palabras del señor Rivals: "Las grandes separaciones las motivan las diferencias sociales."

Otro triste recuerdo para Jack: esos Rivals. A pesar de las observaciones de D'Argenton, ha conservado en su corazón infinito agradecimiento hacia aquel excelente hombre, tierna amistad por Cecilia, y todos los años, el primero de Enero, les escribe una larga carta. Pues bien: ya van dos veces que quedan sus cartas sin contestación. ¿Por qué? ¿Qué ha podido hacerles también á esos?

Sólo un pensamiento sostiene á nuestro amigo Jack en medio de los chascos de su triste existencia: "Gana tu vida. . . tu madre te necesitará." Pero ¡ay!, los salarios están en proporción del trabajo y no en relación con la voluntad del obrero. Querer, no es nada; lo que hace falta es poder y Jack no puede. A pesar de las

predicciones de Labassindre, nunca valdrá dos cuartos en su oficio. No tiene el dón. Y ahora, con diecisiete años, haciendo acabado su aprendizaje, apenas si consigue ganar tres francos diarios. Con esos tres francos tiene que pagar su cuarto, mantenerse, vestirse, es decir, comprarse otro traje cuando esté ya demasiado roto el que lleva puesto. ¡Valiente oficio le han puesto entre las manos! ¿Y cómo se las arreglaría si le escribiera su madre: "Llego... voy á vivir contigo?..."

—Mira, nene, dice el señor Roudic, quien ha conservado al aprendiz ese apellido de "nene," aunque Jack le lleva toda la cabeza; tus padres han hecho mal en no escucharme; eso no es lo que te conviene. Nunca sentirás la lima, y nos veremos obligados á dejarte siempre en los trabajos groseros, en donde no consigues uno ganarse la vida. En tu lugar, yo, preferiría rodar por el mundo y buscar fortuna por un lado y por otro... Mira, el otro día entró en el taller de ajuste Blanchet, el maquinista jefe del "Cydnus," y viene en busca de fogoneros. Si el departamento de las calderas no te asusta, podrías probar. Ganarías tus seis francos diarios, dando la vuelta al mundo, con casa, comida y lumbre... ¡Eso sí, lo que es como lumbre... de firme! El oficio es rudo, pero no se muere uno; yo lo practiqué durante dos años, y aquí estoy. Vamos á ver: ¿quieres que le escriba á Blanchet?

—Sí, señor Roudic... Prefiero eso.

La idea de tener doble sueldo, ver otras tierras, esa afición á los viajes heredada desde su infancia, historias de Madú, campañas de la "Bayonesa," contadas por el señor Rivals, razones fueron todas que acabaron de decidir á Jack á que emprendiese el oficio de fogonero;

oficio adoptado por todos los malos obreros del hierro, por todos los inútiles del martillo y del yunque, y que sólo pide vigor y una gran resistencia.

Salió de Indret una mañana de Julio, cuatro años justos después de su llegada.

¡Qué tiempo tan hermoso también aquel día!

Desde el puente del barquito, en el que estaba Jack de pie junto al señor Roudic, quien había querido acompañarle, el espectáculo era grandioso. La ría se ensanchaba á cada movimiento de rueda, separando, ahuyentando sus ribazos con toda su fuerza, como para aumentar el trecho de su embocadura en el mar. El aire se hacía más vivo, los árboles se achicaban, hundíanse las dos orillas, alejándose una de otra en una perspectiva desarrollada, al parecer, por el viento que soplaba de cara. De trecho en trecho, estanques brillaban en el interior de las tierras, humaredas subían en la atmósfera, miles de gaviotas rozaban la ría con su vuelo blanco, lanzando gritos de niño. Pero todo aquello desaparecía perdido en la aproximada inmensidad del Océano, que no sufre grandeza ninguna junto á la suya, como tampoco quiere vegetación alguna en la orilla de la esterilidad amarilla de sus olas.

De repente el barco entró de un salto en el espacio. ¿Cómo definir de otra manera ese nuevo movimiento de toda su armazón, ese mecimiento que las olas, bañadas de luz deslumbradora, libres en gigantesca corriente aérea, parecían continuar de una ola á otra hasta el límite extremo del horizonte, hasta esa línea verdadera en que, reunidos cielo y agua, cierran el espacio á las ansiosas miradas?

Nunca había visto Jack el mar. Esa olor fresco y sa-

lado, esa ráfaga que de cada ola desprende la marea que sube, le inoculó en el corazón la embriaguez del viaje.

Allá, á la derecha, con esa disminución en sus techos que entre las rocas presentan los puertos de mar, avanzaba Saint-Nazaire hasta el agua, con su campanario, cual vigía en lo alto, y su muelle, continuando una calle hasta el mar. Entre las casas alzábanse mástiles, se cruzaban, mezclados desde lejos unos con otros, y tan juntos, que parecía que un vendaval los había echado en el puerto, como resguardo. Al aproximarse, todo se ensanchó, se separó, agrandándose.

Desembarcaron en el muelle. Allí les dijeron que el "Cydnus," gran transporte de la Compañía Transatlántica, salía aquel mismo día, dentro de dos ó tres horas, y que desde la víspera estaba ya en alta mar. Es el único medio que hasta ahora se ha hallado para que esté al completo la tripulación en el momento de marcharse, sin que tengan los gendarmes que ir recorriendo uno por uno todos los tugurios de Saint-Nazaire.

Jack y su acompañante no tenían, pues, tiempo suficiente par ver la ciudad, llena en aquel momento de la animación y del ruido de un día de mercado que se notaba hasta en el puerto. Todo el muelle estaba cubierto de verduras, de cestas de frutas, de gallinas atadas por parejas, moviendo las alas y piando en el suelo. Delante de su mercancía, labriegas y labriegos bretones, en fila, de pie y con los brazos colgando, esperaban tranquilos y mudos algún parroquiano. No se apresuraban, no molestaban al transeunte. En cambio, una ola de vendedores ambulantes, cargados de corbatas, portamonedas, alfileres y sortijas, circulaban ruidosamente, ofreciendo su mercancía. Marineros de todos los países, burguesi-

llas de Saint-Nazaire, mujeres de obreros ó de empleados de la Compañía, recorrían el mercado, en el que el cocinero del "Cydnus" acababa de recoger sus últimas provisiones. Por él supo Rondic que Blanchet estaba á bordo, y furioso por no estar allí todos sus fogoneros:

—Vamos ligeros, nene, que nos esperan ya.

Entraron en un barquito y atravesaron la dársena, cubierta de buques. Esto ya no era el puerto de Nantes, sureado por embarcaciones de todos tamaños. Sólo se veían aquí bultos enormes, y una especie de descanso, de inacción. Sólo algunos martillazos y el piar de algunas aves que embarcaban, rompía la monotonía de aquel silencio sonoro, cristalino, que se nota donde hay mucha agua. Los grandes transportes transatlánticos, colocados en hilera á lo largo del muelle, silenciosos y pesados, parecían echar un sueño entre dos travesaías. Imponentes buques ingleses, llegados de Calcuta, ostentaban sus numerosos pisos de camarotes, su proa muy alta, sus sólidos flancos cubiertos de una nube de marmeros que los estaban pintando. Pasaban entre aquellas montañas enormes en las que tomaba el agua el color sombrío de canal que atraviesa una ciudad, como en las espesas murallas, con cadenas, cuerdas que chorreaban agua al levantarse. Por fin, salieron del puerto y flanquearon el dique, en cuya punta esperaba ya el "Cydnus" la marea.

Un hombre bajo, seco y nervioso, en mangas de camisa y con tres galones de oro en su gorra, interpeló á Jack y á Rondic, cuya barca acababa de colocarse á lo largo del "steamer." Apenas si se oían sus palabras en ese tumulto de las últimas disposiciones que preceden á la marcha; pero sus gestos parecían elocuentes. Era

Planchet, el jefe maquinista, á quien llamaban sus subordinados "el Mocó." En cuanto paró algo el ruido de los bagajes que hundían en la cala, gritó con marcadísimo acento del Mediodía:

—¡Ya estáis llegando, pijota!... ¡Ya me estaba oliendo que me ibais á dejar plantado!

—Es culpa mía, querido, dijo Roudie; quería acompañar al nene, y ayer no estaba yo libre.

—¡Pijota! ¡Pues es chiquitín tu nene! Nos veremos obligados á doblarlo en cuatro para que quepa en el cuarto de los fogoneros... Vamos andando; bajemos pronto, que quiero instalarlo.

Tomaron por una escalerilla de cobre que formaba caracol, con estrecho pasamano; luego otra, sin pasamano, pendiente como un palo; luego otra, por fin otra.

Jack, que nunca había visto trasatlántico alguno, como él decía, estaba asombrado de la magnitud, de la profundidad de éste. Bajaban á un abismo en el que los ojos, acostumbrados á la gran claridad de fuera, no distinguían los seres ni los objetos. Era de noche allí: una noche de mina, alumbrada por lámparas colgadas, sin aire, con un calor sofocante y cada vez mayor. Una escalerilla, que bajaron á tientas, les llevó al departamento de las máquinas, verdadera estufa que un calor húmedo y pesado mezclado con un fuerte olor de aceite, llenaba de una atmósfera insuportable, de una neblina flotante por encima de la cual, tres ó cuatro pisos más arriba, aparecía en el recuadro de un tragaluz el azul del cielo.

Grande era la actividad que allí reinaba. Los maquinistas, los ayudas, los principiantes, iban, venían, pasaban revista general á la máquina, asegurándose de que

todas las piezas estaban cabales y funcionaban bien. Acababan de llenar las calderas, y ya bramaban con furia. El hierro, el cobre, otros metales, refregados con aceite hirviendo, relucían, deslumbraban; y la extrema limpieza de los aparatos les daba aspecto más feroz, como si aquellos agarradores, que abrasaban, aun tocándolos con manos forradas de estopa, aquellos émbolos incandescentes, todos aquellos utensilios que estaban removiendo con ganchos de hierro, hubiesen brillado con todo el fuego que absorbían. Jack miraba atentamente la formidable bestia. Otras había visto en Indret; pero ésta le parecía aun más terrible, sin duda porque sabía que se vería obligado á estar siempre á su lado, dándole comida noche y día. Por todas partes termómetros, manómetros, una brújula, el cuadrante telegráfico que transmite las órdenes, estaban alumbrados por grandes lámparas con reflectores. Al final del cuarto de las máquinas hundíase un pasillito muy estrecho, muy oscuro. "Aquí está el depósito del carbón..." dijo Blanchet enseñando un agujero abierto en la pared. Al lado de aquel agujero había otro, en el que una linterna alumbraba unas á modo de camas y ropas colgadas. Allí dormían los fogoneros. Estremeciése Jack. El dormitorio Morenval, la buhardilla de los Roudie, todos aquellos cuartitos de ocasión en los que había acariciado sus sueños de niño, eran palacios comparados con aquello.

—Y el departamento de las calderas, añadió "Mocó" empujando una puertecita.

Figúrense una larga cueva ardiendo: una calle de las catacumbas abrasada por el reflejo rojizo de unos diez hornos en plena combustión. Hombres casi desnudos, activando el fuego, removiendo los ceniceros,

agitábanse delante de aquellos hornos, que congestionaban sus caras, chorreando de sudor. En el cuarto de las máquinas se ahogaban; aquí se estaban abrasando.

—¡Aquí está nuestro hombre!... dijo Blanchet al jefe de los fogoneros, presentándole á Jack.

—Llega á tiempo, dijo el otro casi sin volverse; me falta gente para las escorias.

—¡Animo, nene!, dijo el Sr. Rondie dándole á su aprendiz un vigoroso apretón de manos.

Y Jack, en seguida, se puso á los desperdicios. Todos los desechos del carbón, que se amontonan en los ceniceros, son echados en cestos que los fogoneros van subiendo sobre cubierta para vaciarlos en el mar. Oficio muy duro; los cestos son pesados, las escaleras muy recias, sofocante la transición del aire puro al ahogo del abismo. Al tercer viaje sentía Jack que le flaqueaban las piernas. E incapaz de levantar siquiera su cesto, permanecía anonadado, lleno de un sudor que le impedía todo esfuerzo, cuando uno de los fogoneros, viéndole en tal estado, fué á coger en un rincón un gran frasco de aguardiente, y se lo presentó.

—No, gracias, no bebo, dijo Jack.

El otro se echó á reír.

—Ya beberás, dijo.

—¡Nunca!... dijo Jack; é irguiéndose por un esfuerzo de su voluntad, más bien que por el de todos sus músculos, cargó el terrible cesto sobre su espalda y lo subió valientemente.

La cubierta presentaba un golpe de vista animado y pintoresco. El barquito que traía á los viajeros acababa de llegar, colocándose al lado del gran "steamer." De allí subía una ola de pasajeros, presurosos, aton-

tados, que ofrecían curiosa diversidad de trajes y de lenguas: todos los países del mundo dándose cita sobre ese medio mixto, internacional, que se llama la cubierta de un buque. Toda aquella gente corría, se instalaba. Los había alegres; otros lloraban, emocionados aún por la despedida; pero en todas las frentes se leía una esperanza ó un temor, pues los viajes son casi siempre el resultado de una perturbación, de algún cambio en nuestra existencia, y esas travesías de un continente á otro, son por lo general el último estremecimiento de una gran sacudida. Así es que los lutos se rozan con la ventura sobre las cubiertas de los paquebots, y unen su melancolía á la fiebre del viaje.

Notábase en todas partes esa fiebre especial, en la marea que subía con estrépito, en las sacudidas del buque levando anclas, en la agitación de las barquillas que lo rodeaban. Animaba allí en el muelle una muchedumbre agitada y curiosa, venida para saludar á los viajeros, siguiendo de lejos alguna silueta querida, y formando sobre el reducido trecho una línea negra que cortaba el horizonte azul. Aquella fiebre enardecía el afán de las barcas de pesca ganando la alta mar á toda vela, exponiéndose á los azares de toda una noche de combate; y los grandes "steamers" que volvían la notaban en la dejadez de su velamen, como un sentimiento por los hermosos países recorridos.

Mientras acababa el embarque, cuando la campana de proa apresuraba á la gente, Jack, después de vaciar su cesto de desperdicios, había permanecido apoyado mirando á los pasajeros; los de los camarotes, bien vestidos y denotando riqueza, y los de la cubierta, sentados ya sobre su pobre equipo... ¿A dónde iban? ¿Qué

quimera les arrastraba? ¿Qué realidad cruel y fría les esperaba á su llegada?... Una pareja, sobre todo, le interesaba: una madre y su hijo, que le recordaban la imagen de Ida y del pequeño Jack cuando iban acogidos de la mano. La mujer, joven, de negro, envuelta en un manto mexicano á grandes rayas, con ese ademán independiente que las mujeres de militares y de marinos toman durante las frecuentes ausencias del marido. El niño, vestido á la inglesa, recordaba al lindo hijo de lord Peambeck.

Cuando pasaron junto á Jack, ambos se apartaron, y la dama alzóse el largo vestido de seda para no rozarse con las mangas del fogonero, negras de carbón. Fué un movimiento casi imperceptible; pero él lo comprendió, y parecióle de repente que su pasado, aquel grato pasado en dos personas y que él invocaba en los días tristes, acababa de renegar de él, alejándose para siempre.

Una palabrota marsellesa, acompañada del rudo puñetazo entre los dos hombros, interrumpió su triste ensueño:

—¡Maldito perro de "Ponantés," fogonero del demonio!... ¡Ya estás bajando á tú puesto!...

Era el "Mocó," que hacía su visita, y Jack bajó sin decir una palabra, avergonzado por aquella humillación delante de la gente.

Al poner el pie sobre la escalera que conducía al departamento de las calderas, una ruda sacudida conmovió al buque; el vapor, que magia desde por la mañana, regularizó su ruido y la hélice se puso en movimiento.

Partían.

Abajo, aquello era un infierno.

Atascados hasta la boca, desprendiendo con resplandores rojos un calor que se palpaba, devoraban los hornos paladas de carbón, renovadas sin cesar por los fogoneros, cuyas cabezas hacían muecas, tumefactas, apopléticas, bajo la acción de aquellos terribles fuegos. El bramido del Océano parecía ser el rugido de la llama; el ruido de la ola, confundido con un chisporroteo de chispas, daba la ilusión de un incendio inextinguible, renaciendo á pesar de los continuos esfuerzos que se hacían para apagarlo.

—¡Ponte ahí!... dijo el fogonero jefe.

Fué Jack á ponerse delante de una de aquellas bocas ardiendo que giraban en torno suyo ensanchadas y multiplicadas por el primer aturdimiento del vaivén del barco. Era preciso activar aquella hoguera, removerla, darle aliento, descargarla sin cesar. Lo que hacía más terrible aquel trabajo era que, como no tenía costumbre del mar, las trepidaciones violentas de la hélice, las sorpresas del balance le hacían temblar, echándole á cada momento sobre la llama. Tenía que agarrarse para no caer, y al mismo tiempo soltar en seguida los objetos incandescentes á los que trataba de asirse.

Sin embargo, trabajaba con todo su ánimo; pero al cabo de una hora de aquel suplicio de fuego sintióse sordo, ciego, sin aliento, ahogado por la sangre que le subía... Hizo lo que veía hacer á los demás, y, choreando agua, abalanzóse bajo la "manga de aire", largo tubo de tela por donde cae el aire exterior, precipitándose á torrentes desde lo alto del puente. ¡Ah, qué agradable era aquello! Casi en seguida una capa de hielo cayó sobre sus hombros. Aquella corriente de aire mortal detuvo su aliento y su vida.

—¡El frasco! gritó él con voz ronca al fogonero que se lo había ofrecido antes.

—Aquí está, compañero. ¡Bien sabía yo que beberías!

Jack tragó gran cantidad de alcohol; era un alcohol casi puro; pero tal era el frío del infeliz, que le pareció aquello tan insípido como agua clara.

Cuando hubo bebido, notó un gran bienestar de calor interior comunicado á todos sus nervios, á todos sus músculos, y que luego se convirtió en quemazón en el hueco del estómago. Entonces, para apagar aquel fuego que le abrazaba recomenzó á beber. Fuego por dentro y fuego por fuera, llama sobre llama, alcohol sobre carbón: así era como iba á vivir desde allí en adelante.

Principiaba un horroroso ensueño de embriaguez y de tortura que iba á durar tres años, tres lúgubres años con días uniformes, sin distinguir los meses; siempre en la misma estación de canícula constante y ardiente del departamento de calderas.

Atravesó zonas desconocidas, cuyos nombres eran claros, musicales, que refrescaban el ánimo; nombres españoles, italianos ó franceses, pero ese francés infantil de las colonias; pero Jack no vió en aquellas mágicas comarcas ni los cielos de zafiro, ni las islas verdes ostentándose en fecundos ramilletes sobre las olas fosforescentes. El mar bramaba para él con su misma furia, y el fuego era tan terrible como abrasador.

Y cuanto más hermosas eran las comarcas, más horrible le parecía el departamento de las calderas.

Detúvose en puertos pintorescos, rodeados de bosques

de palmeras, de plátanos con verde penacho, de cerros color de violeta, de casetas blancas sostenidas por bambúes; pero para él todo tenía color de hulla.

Después que con los pies descalzos sobre los muelles abrasados por el sol, cubiertos de brea derretida ó de jugo negro de las cañas de azúcar, había vaciado Jack sus cestos de desechos, machacado carbón ó trasbordado hulla, dormíase á lo largo de los ribazos, ó iba á encerrarse en algún tugurio; ribazos y tugurios que le recordaban los Nantes, espantosos festigos de su primera borrachera.

Allí encontraba otros fogoneros ingleses, malayos, rubios, bestias feroces, máquinas de atizar hornos; y como nada tenían que decirse, bebían. Por de pronto, al ser fogonero hay que beber. La bebida sostiene.

¡Y Jack bebía!

En aquella noche de abismo, sólo un punto luminoso: su madre.

Permanecía en el fondo de su vida lúgubre como una Madona en el fondo de una capilla cuyos cirios hubieran sido apagados. Ahora que se hacía hombre, muchos lados misteriosos de su martirio se iban llenando de luz. Su respeto por Carlota tornábase en tierna piedad, y principiaba á quererla como se quiere á aquellos por quienes se sufre ó por quienes se espía. Aun en sus más grandes desórdenes, no olvidaba el fin que se había propuesto al entrar de fogonero, y un instinto maquinal le hacía conservar su paga de marinero. La lucidez que le dejaba el alcohol acudía á este pensamiento: que trabajaba para su madre.

Mientras tanto, aumentaba la distancia entre ellos,

parte por las leguas recorridas y parte por esa indiferencia del tiempo, que se apodera de los desterrados y de los que sufren. Las cartas de Jack escaseaban cada vez más, como si cada vez las mandara desde más lejos. Las de Carlota, numerosas y llenas de charla, le esperaban en las escalas; pero le hablaban de cosas tan extrañas á su nueva situación, que sólo las leía por oír su música, eco lejano de ternura siempre viva en su corazón. Cartas de Etiolles le contaban los episodios ordinarios de la vida de D'Argenton.

Más tarde, otras fechadas desde París, anunciaron un cambio en la existencia de ambos, una nueva instalación en el muelle de los Agustinos, junto al Instituto. "Estamos en pleno centro intelectual, decía Carlota. El señor D'Argenton, cediendo á las instancias de sus amigos se ha decidido á volver á París y fundar una Revista filosófica y literaria. Será este un medio de dar á conocer sus obras y ganar mucho dinero. ¡Pero cuánto trabajo cuesta eso! ¡Cuántas caminatas á casa de los autores, de los editores! Hemos recibido un trabajo muy interesante del señor Moronval. También yo ayudo á nuestro amigo. En este momento acabo de copiar "La Hija de Fausto." ¡Qué feliz eres al vivir lejos de estas preocupaciones! ¿Sabes?... Al señor D'Argenton lo ponen malo... Ya debes de estar muy crecido, Jack mío envíame tu retrato.

Algún tiempo después, pasando por la Habana, halló Jack un voluminoso paquete que llevaba sus señas: "Jack de Barancy fogonero á bordo del Cydnus."

Era el primer número de

LA REVISTA DE LAS RAZAS FUTURAS

VIZCONDE A. D'ARGENTON, REDACTOR JEFE.

Lo que somos, lo que seremos...	La Redacción.
La Hija de Fausto (prólogo)...	Vizconde A. D'Argenton.
De la educación en las colonias.	Evaristo Moronval.
El obrero del porvenir.....	Labassindré.
Medicación por los perfumes...	Doctor Hirsch.
Pregunta indiscreta al director de la Opera.....	L....

El fogonero hojeó maquinalmente aquella colección de insulsece, manchada con sus manos, cubierta de negro á medida que iba leyendo. Y de repente, viendo allí reunidos los nombres de sus verdugos, ostentándose sobre aquella cubierta satinada y de color suave, cierto orgullo despertóse en él. Tuvo un minuto de indignación y de rabia, y desde el fondo de su ser les gritaba, blandiendo los puños como si hubiesen podido verle y oírle: "¡Ah, miserables, miserables! ¿Qué es lo que habéis hecho de mí?" Pero aquello no fué sino un relámpago. El departamento de las calderas y el alcohol dominaron pronto aquel movimiento de revuelta, y la inercia en que aquel desgraciado se hundía cada día más, lo cubrió pronto de sus capas grises, que recuerdan la arena amontonada sobre caravanas detenidas, y cuyos viajeros, los guías y los caballos, permanecen sepultados con todas las apariencias de vida.

¡Cosa extraña! A medida que se apagaba su cerebro, que perdía su voluntad todos sus resortes, su cuerpo, excitado, sostenido, alimentado por persistente reconfortante, parecía vigorizarse más. Su andar era tan firme, tan igual su fuerza en el trabajo cuando estaba borracho como en estado normal; de tal suerte se había acostumbrado al veneno; su misma cara, pálida,

convulsiva, permanecía impenetrable, rígida por el esfuerzo del hombre que manda sobre su embriaguez, condenándola al silencio. Puntual, endurecido, con la misma indiferencia soportaba las largas y uniformes jornadas de la travesía y las horas de tormenta, esas batallas contra el mar, tan lúgubre en el cuarto de calderas, las invasiones del agua, los momentos de excesivo trabajo, el carbón ardiendo y rodando por la cala... Para él aquellos terribles momentos se confundían con los ensueños habituales de sus noches: visiones, delirio, pesadillas llenas de sobresalto y de angustia que agita el sueño de los alcoholizados.

¿No sucedió durante uno de aquellos ensueños la terrible sacudida que conmovió á todo el "Cydrus," una noche mientras dormía el pobre fogonero? Aquel golpe seco y directo en los flancos del "steamer;" aquel ruido espantoso, seguido de crujidos, de roturas; aquel ruido de agua interior, aquellos montes líquidos cayendo en cataratas, desapareciendo en riachuelos; los pasos precipitados, los timbres eléctricos que se contestaban unos á otros, el susto, los gritos, y por encima de todo aquello la lúgubre parada de la hélice, dejando al navío abandonado á las silenciosas sacudidas del balance, ¿no era un sueño todo aquello?... Sus compañeros le llaman, le sacuden: "¡Jack!... ¡Jack!..." Se abalanza, medio desnudo. El cuarto de las máquinas tiene ya dos pies de agua. La brújula está rota, las lámparas apagadas, las esferas tiradas. Se hablan unos á otros, se buscan en la oscuridad, en medio del lodo: "¿Qué hay? ¿Qué sucede?"

—Un americano que se ha echado sobre nosotros... Nos vamos á pique... ¡Sálvese quien pueda!

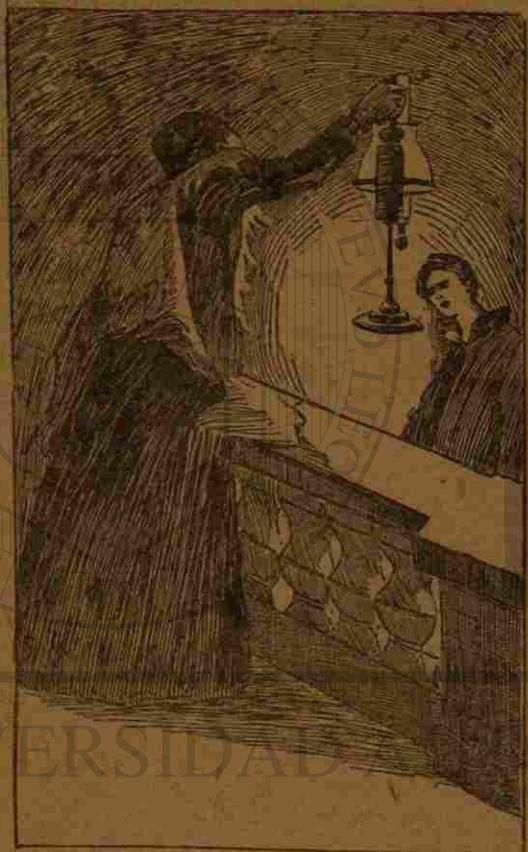
Pero en lo alto de la estrecha escalera hacia la que se precipitan fogoneros y maquinistas, aparece el "Mocó" en pie, con un revólver en la mano:

—Al primero que asome por aquí, le salto la tapa de los sesos. ¡A las calderas, Dios de Dios, y duro! No está lejos la tierra. Podemos aún llegar.

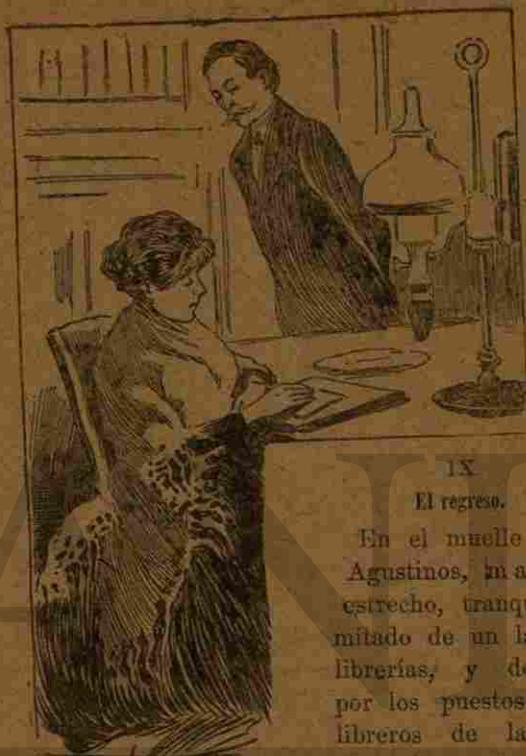
Cada uno vuelve á su puesto y activa el trabajo con la furia de la desesperación. En el departamento de las calderas el cuadro es horrible. Los hornos atascados hasta la boca, echan un humo de carbón mojado que ciega; amarillo, infecto, asfixiante, que ahoga á los trabajadores, mientras sigue subiendo el agua, á pesar de las bombas, y hiela todos sus miembros. ¡Oh, qué felices son los que van á morir allí arriba, al aire libre! Aquí es la muerte negra, entre dos grandes paredes de hierro, una muerte que se parece á un suicidio: de tal suerte las fuerzas, paralizadas, tienen que abandonarse ante ella.

Ya se acabó, ya no funcionan las bombas. Están apagados los hornos. A los fogoneros les llega el agua á los hombros, y esta vez el mismo "Mocó" es quien ha gritado con voz de trueno:

—¡Sálvese quien pueda, niños!...



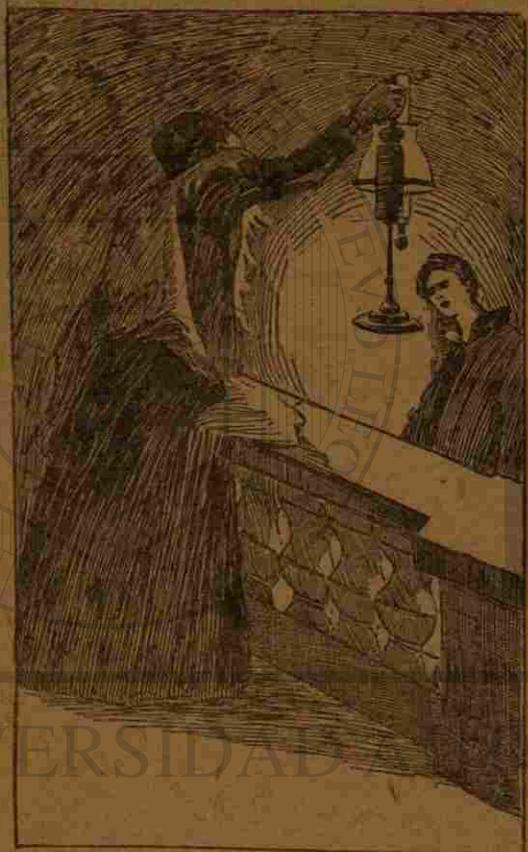
Una gran sombra sube, se arrastra, apoyándose en la pared.



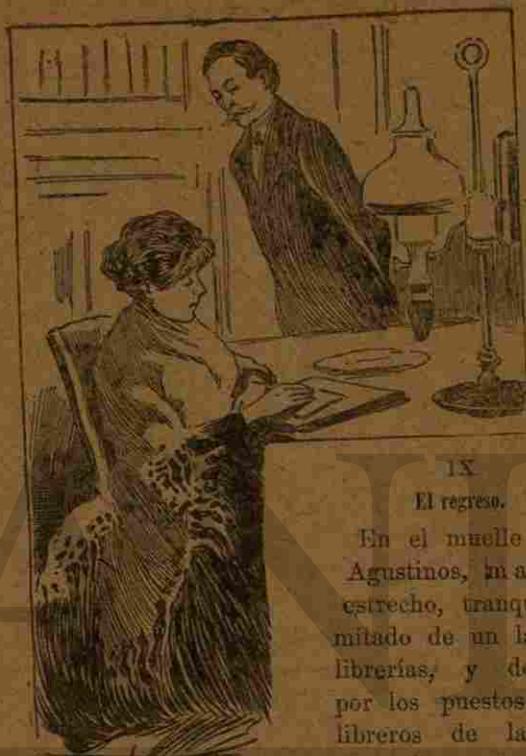
IX
El regreso.

En el muelle de los Agustinos, malecón estrecho, tranquilo, limitado de un lado por librerías, y del otro por los puestos de los libreros de lance; en una de esas antiguas casas del último siglo, cerrada con pesadas puertas de medio arco, hallábase instalada la "Revista de las Razas futuras." No se escogió para ella al azar aquel barrio retirado. En París, los periodistas y las publicaciones se fundan, en general, en el barrio que más les conviene. En el centro, junto á los grandes boulevares, las hojas mundanas ostentan sus cubiertas abigarradas, cual telas nuevas. En el barrio la-

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO MONTENEGRO
1922



Una gran sombra sube, se arrastra, apoyándose en la pared.



IX
El regreso.

En el muelle de los Agustinos, malecón estrecho, tranquilo, limitado de un lado por librerías, y del otro por los puestos de los libreros de lance; en una de esas antiguas casas del último siglo, cerrada con pesadas puertas de medio arco, hallábase instalada la "Revista de las Razas futuras." No se escogió para ella al azar aquel barrio retirado. En París, los periodistas y las publicaciones se fundan, en general, en el barrio que más les conviene. En el centro, junto á los grandes boulevares, las hojas mundanas ostentan sus cubiertas abigarradas, cual telas nuevas. En el barrio la-

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO MONTENEGRO
 1922

tino, periodiquillos efímeros alternan con coplas ilustradas y escaparates sabios de las librerías médicas. Pero las revistas de lectura compacta, serias, que tienen un fin, escogen calles tranquilas, claustrales, en donde el movimiento del París que pasa no molesta mucho sus trabajosas incubaciones.

La "Revista de las Razas futuras," publicación independiente y humanitaria, estaba admirablemente situada sobre aquel malecón en donde se respiraba polvo de gruesos librotos, "en la vecindad de la Academia," como decía Carlota. También la casa, con viejos balcones ennegrecidos, su viejo frontispicio, su ancha escalera con pasamanos ornamentado, suficientemente eumohéido y triste, respondía bien al espíritu de la Revista. Pero lo que menos correspondía era el aspecto y el traje de los redactores.

Desde hacía unos seis meses que estaba fundada "Las Razas futuras," el portero aterrorizado, había dejado franquear el umbral de la casa á cuanto encierra de más grasiento, más anormal y más misero la literatura. "Vienen aquí hasta negros, hasta chinos," les decía á sus colegas del muelle de los Agustinos el desdichado carcelero; y supongo que al decir eso se refería á los de Moronval, uno de los asiduos de la Revista, escoltado siempre de algún "exótico." Pero no era Moronval el único familiar de la venerable casa convertida en cita de los bohemios de París y de la provincia, de todos esos tristes que circulan por la vida con manuscritos demasiado voluminosos para sus demasiado estrechas levitas.

Un bohemio fundando una Revista, y una revista

con dinero, con acciones, figúrense qué suerte. Hay que decir que no había accionistas.

Hasta la fecha, sólo dos existían, D'Argenton, naturalmente, y luego... nuestro amigo Jack. No se rían ustedes. Jack era accionista de la "Revista de las Razas futuras." Figuraba por la cantidad de diez mil francos en los libros, los diez mil francos de "Buen Amigo." Algunos escrúpulos había tenido Carlota al emplear así aquella suma que tenía que entregar á su hijo cuando éste fuera mayor; pero cedió á los razonamientos de D'Argenton:

—Vamos á ver... Comprende la cosa... Es una colocación magnífica... Los números son los números. Mira cómo se cotizan las acciones de la "Revista de Ambos Mundos." ¿Hay una colocación que pueda compararse con esta? No digo yo que realicemos en seguida semejantes beneficios. Pero aunque sólo sacáramos la cuarta parte, vale esto más que papel del Estado ó los ferrocarriles. Mira si he titubeado yo en poner ahí mi dinero."

Y la verdad es que, conociendo la sórdida avaricia del poeta, aquel argumento no tenía réplica.

Desde hacía seis meses, D'Argenton había sacrificado más de treinta mil francos para la instalación de las oficinas, el alquiler, la redacción, sin hablar de adelantos hechos ya sobre trabajos que no habían sido aún entregados. Actualmente, nada quedaba de la primera remesa de fondos; y se iba á ver obligado, como él decía, á hacer otro llamamiento á sus accionistas, pues había inventado aquel pretexto de los accionistas para librarse de los sablazos.

La verdad es que, hasta entonces, enfrente de la au-

sencia total de ingresos, los gastos eran demasiado pesados. Además de las oficinas de la Revista, el poeta había alquilado en el cuarto piso de la casa un hermoso cuarto con balcones á la calle, teniendo ante él un horizonte maravilloso; la "Cité," el Sena, Nuestra Señora, cúpulas, agujas y los coches que corren por los puentes, y los barcos que pasan bajo los arcos de esos puentes. Allí, siquiera, se sentía respirar y vivir. Ya no era aquello como el rincón perdido de Aulnettes, en donde, por el verano, un moscardón que atravesaba el gabinete del poeta todas las tardes á las tres, era esperado como el acontecimiento del día. ¡Imposible trabajar en semejante letargo! ¡Y pensar que tuvo valor de encerrarse allí durante seis años! Y ¡claro! ¿qué sucedió? Pues que empleó seis años en escribir la "Hija de Fausto," mientras que, desde su llegada á París, merced al medio intelectual, había principiado no sé cuántos estudios, artículos de fondo y novelas.

También Carlota tomaba parte en la actividad febril de su artista. Siempre joven, siempre fresca, vigilaba la casa y la cocina, lo cual no era cosa de juego con la enorme cantidad de convidados reunidos continuamente alrededor de la mesa. Y también la asociaba él á sus tareas.

Para facilitar sus digestiones, había tomado la costumbre de dictar, en lugar de escribir; y como tenía Carlota una hermosa letra inglesa, ella era quien le servía de secretario. Todas las noches, cuando comían solos, dictaba él durante una hora, paseándose por la habitación. En la vieja casa adormilada oíanse sus pasos, su voz solemne, y otra voz dulce, amable, ad-

mirable, que parecía ayudar á aquel pontífice oficiando.

—Ya está nuestro autor componiendo, decía con respeto el portero.

La noche en que nos hallamos frente á la pareja D'Argenton, hallábase ésta instalada en un precioso saloncito, perfumado de te verde y de cigarrillos habanos. Carlota está preparando su mesa para escribir, colocando un tintero, un portaplumas de marfil, polvillos de oro para secar, y hermosos cuadernos de papel blanco, con márgenes para las correcciones. Precaución inútil, pues nunca corrige el poeta; viene la idea como viene, de un golpe, y ya no se toca á ella. Pero es más bonito el cuaderno con márgenes, y cuando se trata de su poeta, pone Carlota en juego toda su coquetería.

Justamente aquella noche está inspirado D'Argenton; siéntese con ánimos suficientes para estar dictando toda la noche, y quiere aprovechar la ocasión para escribir un largo artículo sentimental, destinado á engatusar al abonado cuando llegue la época del renuevo de abono.

Tortura su bigote, en el que se notan algunos hilos blancos, y levanta su espaciosa frente, la que resulta mayor aún, porque se está desplumando. Espera la inspiración. Por un contraste bastante frecuente en la vida íntima, no está Carlota tan bien dispuesta. Diríase que hay una nube en sus ojos brillantes. Está pálida, distraída, pero siempre dócil, pues á pesar de su evidente cansancio, principia á mojar su pluma en el tintero; con delicadeza, con el dedo chico en el aire, cual gata que teme mancharse las patitas.

—¡Vamos, Lotita! ¿Estás ya? Capítulo primero...
¿Has escrito capítulo primero?

—Capítulo primero... dice Carlota con voz triste.

El poeta la mira nervioso; y después principia con resolución evidente de no ocuparse de ella, importándole poco el motivo de su tristeza:

“En un valle perdido de los Pirineos, de esos Pirineos tan fecundos... de esos Pirineos tan fecundos en leyendas...”

Este sonsonete le encanta.

Repítelo varias veces con modulaciones de vanidad; luego, volviéndose hacia Carlota:

—¿Has puesto “tan fecundos en leyendas?...”

Trató de repetir “tan fe... tan fecundos,” pero se detuvo, con la voz entrecortada por sollozos.

Carlota llora. Por más que muerde su pluma y aprieta los labios para contenerse, las lágrimas desbordan. Lloro, llora....

—¡Vaya, bueno!, dice D'Argenton malhumorado....

¡Y qué bien cae la cosa! ¡Una noche que estaba yo tan bien dispuesto!..... ¿Qué te pasa? ¿Es esa noticia del “Cydaus”? ¿Y qué? Es un rumor sin fundamento.

Ya sabes cómo son los periódicos. De todo echan mano para llenar sus columnas.... Todos los días sucede eso de estar sin noticias de un buque. Además, hoy ha debido ir á la Compañía nuestro amigo Hirsch....

.... Va á venir luego, y sabrás á qué atenderle. Tiempo te queda de sobra para lamentarte.

Háblale el poeta con voz desdeñosa, de una condescendencia autoritaria, como se habla á los débiles, á los niños, á los locos, á los enfermos; ¿no es ella algo de todo eso? Luego, después de calmada:

—¿En dónde estabas? Me has hecho perder el hilo. Léeme cuanto te he dictado.... ¡Todo!

Carlota contiene sus lágrimas, y repite por décima vez:

—“En un valle perdido de los Pirineos, de esos Pirineos tan fecundos en leyendas...”

—¿Y qué más?

Detiéndose ella un momento, vuelve la página del cuaderno nuevo, y por fin dice:

—Nada más.

Queda asombrado D. Argenton; parecíale que había mucho más. Eso le sucede siempre cuando dicta. El terrible adelanto que sobre la expresión lleva el pensamiento, le desconcierta. Todo cuanto sueña, todo cuanto se halla en su cerebro en estado de embrión, créelo ya formulado, realizado; y después de accionar mucho de mascullar algunas palabras, queda aterrado ante lo poco que ha producido, ante la desproporción del ensueño y de la realidad. Desilusión de Don Quijote creyéndose en el Empíreo, tomando por el viento del espacio el aliento de los marmitones y los fuelles de cocina que agitan en torno suyo, y sintiendo sobre su caballo de madera todas las peripecias de una caída imaginaria. También D'Argenton se creyó arrastrado en el espacio, volando, volando... ¡Cómo! ¡Tantos calofríos, tanta fiebre, exaltación, actitudes, pasos contrariados, tantas veces pasar la mano por su cabellera, para llegar á estas dos líneas: “En un valle perdido de los Pirineos, de esos Pirineos, etc!” Y siempre sucede lo mismo.

Está furioso, siempre puesto en ridículo:

—Pero también es culpa tuya, le dice á Carlota...

¡Vaya un estímulo para trabajar, el estar enfrente de una persona cuyo lloriqueo es incesante! Mira, esto es horrible... Todo un mundo de pensamientos, de concepciones... Y luego nada, nada, nunca nada. Y pasa el tiempo, corren los años, y otros cogen los puestos... ¿Por lo visto no sabes, desdichada mujer, qué poco se necesita para ahuyentar la inspiración?... ¡Oh! ¡Estrellarse siempre contra alguna estúpida realidad!... Yo, que para escribir necesitaría vivir en una torre de cristal, á mil pies por encima de las nimiedades de la vida, he escogido por compañeros al capricho, al desorden, al ruido...

Da una patada en el suelo, arrea un puñetazo sobre la mesa, mientras Carlota, que no ha llorado lo suficiente, recoge, derramando lágrimas, las plumas, el limpiaplumas, portaplumas, todos sus arreos de secretario, desparramados sobre la alfombra del salón.

La llegada del doctor Hirsch pone término á esta escena dolorosa, pero tan frecuente, que todos los átomos de la casa están acostumbrados á ella; y en cuanto pasa la tormenta, en cuanto cesa el mal humor, vuelven en seguida á sus respectivos asientos y devuelven á los objetos su apariencia de armonía y de tranquilidad acostumbradas. No viene sólo el doctor; acompáñale Labassindre, y ambos operan una entrada misteriosa, grave, extraordinaria. Sobre todo el cantante, acostumbrado á los efectos escénicos, tiene cierta manera de cerrar herméticamente los labios, alzando la cabeza, que significa visiblemente: "Sé decidirme á comunicároslo."

D'Argenton, temblando aún de furor, no comprende lo que significan esos apretones de manos tan ra-

ros, tan significativos que le prodigan sus amigos sin desplegar los labios. Una palabra de Carlota le enterara de lo que ocurre.

—¿Y qué, doctor? dice ella adelantándose hacia el médico fantasista.

—Pues siempre lo mismo, señora. No hay noticias.

Pero mientras dice "no hay noticias," dirigiéndose á Carlota, le da, por el contrario, á comprender á D'Argenton, con sus ojos desmesuradamente abiertos bajo sus gafas saltonas, que lo que dice es una gran mentira; que hay noticias, noticias terribles.

—¿Y qué piensan esos señores de la Compañía?... ¿Qué dicen?... preguntó la madre con el deseo y el miedo de enterarse, tratando de descifrar la verdad sobre aquellas caras y muecas.

—Pues... señora... pues... Mientras se enreda Labassindre en una serie de frases largas, muelles, que no consiguen tranquilizar, Hirsch, á fuerza de retorcer la boca según el método Decostère, ha conseguido dar al poeta la configuración de estas palabras: "Cydnus" perdido, con equipaje y tripulación.... Colisión en alta mar... Hacia el Cabo Verde... ¡Espantoso!"

El grueso bigote de D'Argenton se ha estremecido, pero nada más; mirando aquella cara paliducha, vana y correcta, en la que no se ha movido una facción, bien difícil sería definir sus impresiones, saber si domina allí el triunfo ó un tardío remordimiento ante aquel lúgubre desenlace. Quizás pugnen estos dos sentimientos sobre el rostro impasible, que no traduce claramente ninguno de ellos.

Únicamente siente el poeta la necesidad de ir á

evaporar fuera la agitación que le causa aquella gran noticia.

—He trabajado mucho, dice muy seriamente á sus amigos... Quiero tomar el aire... Vamos á dar una vuelta.

—Haces bien, dice Carlota... Sal un poco; eso te estará bien.

Carlota, que generalmente retiene en casa á su "artista," porque cree que todas las damas del arrabal San Germán están enteradas de su regreso, y han tomado ya número para "beberle toda la sangre de su corazón," siente aquella noche especial satisfacción al verle marchar, quedándose ella sola con sus pensamientos. Podrá, pues, llorar á sus anchas, sin que trate nadie de consolarla, entregándose por completo á sus terrores, á esos presentimientos que no se atreve ella á confesar por miedo á que le digan brutalmente alguna palabra de consuelo. He aquí por qué hasta la misma criada la molesta, y en lugar de entablar larga charla con ella, como lo hace cada vez que sale el señorito, la manda aquella noche á su cuarto.

—¿Quiere la señora quedarse sola?... ¿No tiene miedo la señora?... ¡Es tan triste ese viento que sopla por el balcón!

—No; déjeme usted...; no tengo miedo.

Por fin, ya está sola, ya puede callarse, reflexionar como guste, sin que le diga la voz del tirano: "¿En qué estás pensando?..."; "¿En qué ha de pensar?"; "¿En su Jack!"; "¿Y en qué otra cosa podría pensar?"

Desde que ha leído en el periódico este lúgubre

renglón: "No hay noticias del Cydnus," la imagen de su hijo la persigue, la enloquece, no la abandona. Si quiera durante el día, el egoísmo exclusivista de su poeta le quita hasta su tormento; pero por la noche, no duerme. Escucha el viento que sopla, y le causa singular terror. En aquel ángulo del malécón en que habitan, siempre llega de algún punto diferente, irritado ó plañidero, sacudiendo las viejas maderas, rozando los cristales sonoros, haciendo chasquear alguna persiana desenganchada. Pero ya grite ó cuchichee, siempre le está hablando á Carlota. Le dice, lo que dice á las madres y á las mujeres de los marineros: palabras que la hacen palidecer.

Y es que viene de lejos ese viento de tempestad, y viene de prisa; y ¡cuántas aventuras ha visto! Sobre esas grandes alas de pájaro loco, alas con que tropieza en todas partes, todos los rumores, todos los gritos son transportados y anunciados con igual rapidez. A veces bromista ó terrible, en el mismo minuto desgarrá la vela de un barco, apaga una bujía, levanta una punta de mantilla, prepara varias tormentas, activa un incendio; todo eso es lo que él cuenta y lo que da á su voz tantas entonaciones diferentes, alegres ó fúnebres.

Esta noche su voz es siniestra. Pasa corriendo sobre el balcón, sacude las ventanas, silba debajo de las puertas. Quiere entrar. Tiene algo urgente que decirle á esa madre; y todos los ruidos que trae, que sacude contra la vidriera, sacudiendo sus alas húmedas, retumban como un llamamiento ó un aviso. La voz de los relojes, un lejano silbato de tren, todo toma el mismo acen-

to quejumbroso, reiterado, apremiante. Lo que quiere decir el viento, de sobra lo sospecha ella. Habrá visto, en alta mar, pues en todas partes está al mismo tiempo, un gran buque luchando en medio de las olas, abrir sus flancos, perder su velamen, hundirse en el abismo con brazos extendidos, caras espantadas y pálidas, cabellos ocultando miradas énoquecidas, y gritos, sollozos, despedidas, maldiciones echadas en el umbral de la muerte. Es tal su alucinación, que cree oír, entre los rumores que a ella acuden desde el lejano naufragio, un quejido vago, apenas articulado:

—¡Mamá!

Es sin duda una ilusión, un error de su pensamiento inquieto.

—¡Mamá!

Esta vez, el quejido es algo más fuerte. . . . Pero no, es imposible. Será que le zumban los oídos. . . . Pero, Señor, ¿ya acoso á volverse loca? . . . Para sustraerse á aquella sorpresa de sus sentidos, Carlota se levanta y anda por el salón. . . . Mas no hay duda, alguien ha llamado. Y há sido en la escalera. Carlota corre á abrir la puerta.

El gas está apagado, y la lámpara que ella tiene en la mano dibuja, sobre los peldaños, los arabescos del pasamanos. . . . Nadie. . . . Y, sin embargo, está ella segura de haber oído. Se inclina, alzando mucho su luz. Entonces, algo suave y ligero, que flota entre la risa y el sollozo, resuena en la escalera, por la que sube una gran sombra, arrastrándose junto á la pared.

—¿Quién está ahí? . . . grita ella temblando, animada de loca esperanza, que la impide tener miedo,

—Soy yo, mamá. . . . ¡Oh! ¡bien te veo! . . . contesta una voz ronca y débil.

Baja ella presurosa algunos peldaños. Es él, es su Jack, ese obrero herido que se apoya sobre dos muletas, tan débil, tan emocionado al pensar que verá á su madre, que ha tenido que detenerse en medio de la escalera, llamándola con voz lastimera. ¡He ahí lo que ella ha hecho de su hijo!

¡Ni una palabra, ni un gesto, ni una caricia! Están ahí, enfrente uno de otro, y lloran mirándose.

Hay fatalidades de ridículo que persiguen á ciertos seres y convierten en inútiles ó falsas todas sus manifestaciones.

Estaba escrito que D'Argenton, rey de los Fracasados, fracasaría en todos sus efectos. Cuando volvió aquella noche había resuelto, después de haberlo hablado detenidamente con sus amigos, anunciar la fatal noticia á Carlota, para acabar ya de una vez con aquello, sosteniendo aquel primer asalto con unas frases solemnes, indicadas en aquella circunstancia. Sólo la manera que tuvo de abrir la puerta, anunciaba la gravedad de lo que iba á decir. Pero ¡cuál no fué su sorpresa al hallar, á hora tan desusada, que había aún luz en el salón! Carlota, de pie, y junto á la lumbre, los restos de una de esas comidas devoradas de prisa y corriendo, comidas de esas que improvisa la emoción de la llegada ó la despedida.

Vino hacia él muy agitada:

—¡Chito! No hagaís ruido. . . . Está ahí. . . . Duerme. ¡Oh, qué feliz soy!

—¿Quién?

—Pues Jack. Ha naufragado. Está herido. Su buque

se perdió. A él lo han salvado por milagro. Llega del Río Janeiro, donde ha pasado dos meses en el hospital.

Tuvo D'Argenton una vaga sonrisa, que podía, en rigor, pasar por prueba de satisfacción. Hay que hacerle la justicia de que tomó la cosa muy paternalmente, y que fué el primero en decir que Jack se quedaría en casa hasta que estuviera completamente bueno. Y en verdad que es lo menos que podía hacer por su principal y único accionista. Diez mil francos de acciones merecían alguna consideración.

Pasada la primera emoción, pasados que fueron los primeros días, volvieron á sus costumbres el poeta y Carlota; allí no había más que la presencia de aquel querido enfermo, cuyas piernas, abrasadas por la explosión de una caldera, eran difíciles de cicatrizar. Con su chaqueta de lana azul, negro aún el rostro por su antiguo oficio, con las facciones abultadas, estropeadas por una capa morena, de la que se destacaba su bigote rubio con un color de mies abrasada; encarnados los ojos y sin pestañas, roja la faz, hundidas las mejillas, ocioso, descorazonado, envuelto en esa lasitud que deja las grandes catástrofes, el ahijado de lord Peamboek, el Jack de Ida de Barancy, se arrastraba de silla en silla, causando espantosa irritación en D'Argenton, y gran vergüenza en su madre.

Cuando veía ésta entrar á algún desconocido en la casa, cuando notaba alguna mirada de extrañeza, curiosa, deteniéndose sobre el obrero cuyo porte, cuya palabra, formaban extraño contraste con el lujo de aquel interior, apresurábase ella á decir: "Es mi hijo. . . . Les presento á ustedes á mi hijo. . . . Ha estado muy enfermo"; como esas madres de niños delicados, que se

apresuran á afirmar su maternidad por miedo á sorprender alguna sonrisa ó alguna compasión demasiado significativas. Pero si sufría Carlota al ver á su Jack en aquel estado, si se avergonzaba de sus modales vulgares, casi groseros, de ciertas maneras que tenía de sentarse á la mesa, en las que se notaban costumbres de taberna, comilonas de marinero, más sufría ella aún por el tono de desprecio que los familiares de la casa afectaban al hablar de su hijo.

Jack halló allí á todos sus antiguos conocidos del Gimnasio, á todos los fracasados de "Parva domus," con algunos años más, con pelo y dientes menos, pero inmóviles en sus situaciones sociales y moviéndose en el mismo sitio, como verdaderos fracasados que eran. Todos los días reuníanse en las oficinas de la "Revista" para discutir el número, y, dos veces á la semana, había gran comida en el cuarto piso. D'Argenton, que ya no podía vivir sin ver mucha gente en torno suyo, rebusaba aquella debilidad á sus propios ojos, con la asombrosa fraseología cuyo secreto él poseía:

—Tenemos que formar un grupo. . . . Hay que apretarse unos á otros, marchar todos juntos.

¡Y se apretaban de firme! Estrechábanse en torno suyo hasta ahogarle. Entre todos, aquel cuyos codos más le entraban en el cuerpo, hasta los huesos, era Evaristo Moronval, secretario de la redacción en la "Revista de las Razas futuras."

Moronval era quien había ideado eso de la "Revista," y á él le debía su título palingenésico y humanitario. El corregía las pruebas, vigilaba el ajuste, leía los artículos, las novelas, y, por fin, reanimaba, con palabras de fuego, el valor abatido del director ante la in-

diferencia de los abonados y los gastos incesantes de toda especie.

Por estos múltiples servicios, tenía el mulato un sueldo fijo bastante escaso, pero él lo redondeaba con toda especie de trabajos suplementarios y peticiones de dinero.

Hacia ya tiempo que el gimnasio de la Avenida Montaigne había quebrado, pero no por eso había renunciado del todo su director á la educación de niños del Oriente; y siempre venía á la "Revista" escoltado por los dos últimos productos que le quedaban de aquel extraño cultivo. Uno de ellos era un pequeño Príncipe japonés, joven de una edad indefinida, entre quince y cincuenta, y que, al no tener ya su largo vestido de mikado, parecía tan pequeñito, delgadillo, con un bastoncillo, un sombrerillo, con aspecto de una figurilla de barro amarillo, caída de una estantería sobre la acera parisiense.

El otro, un muchachillo de quien sólo se veían los ojillos y la frente, pues todo lo demás desaparecía en un montón de grasa, bajo una barba negra y rizada como palisandro en rama, evocaba varios recuerdos en la memoria de Jack, quien reconoció á su viejo amigo Said, por ciertos cigarrillos que no dejó de ofrecerle el egipciaco en una de sus primeras entrevistas. Hacia ya tiempo que había concluido la educación aquel desdichado joven; pero sus padres se lo dejaban á Monronval, para que éste lo iniciara en los usos y costumbres del gran mundo. Fuera de Said, todos los familiares de la "Revista" y de las comidas semanales, el mulato, Hirsch, Labassindre, el sobrino de Berzelius y los demás, tomaban, para hablarle á Jack, el mismo tono

protector, condescendiente y familiar. Habriase dicho que era algún pobre diablo admitido por favor á la mesa de un rico patrono.

No había quedado "don Jack" más que para una persona, la dulce y excelente señora Monronval-Decostère, siempre igual, con su grande y solemne frente reluciente y su vestidito negro, menos solemne, pero más reluciente que la frente. Además, que le llamasen "don Jack," ó "chico," ó "amigo," ó "hijo mío," que le tuviesen tono despreciativo, indiferente ó cariñoso, todo le era igual á aquel desgraciado, que se quedaba en un rincón, con la pipa entre los dientes, adormilado, embrutecido, escuchando, sin entenderlas, las chillerías literarias con que habían mecido sus primeros años. Sus dos meses de hospital, sus tres años de alcohol y de departamento de calderas, y la última sacudida, le habían causado un atontamiento, un cansancio, la necesidad de no hablar, de no moverse, de dejar huir y apagarse en la tranquilidad del silencio las iras del mar, mezcladas con el bramido de las máquinas que aún retumbaban en el fondo de su cerebro como el ruido de la ola en el fondo de una concha.

—"Está embrutecido..." decía á veces D'Argenton.

No: pero soñoliento, mudo, sin voluntad, entregado por completo al bienestar de la inmovilidad del suelo y de la serenidad del aire. No. No hallaba algún calor, algo de vida, sino con su madre, en las pocas tardes en que se ausentaba el poeta. Entonces se acercaba á ella, reanimábase con sus charlas de pájaro, con sus palabras de ternura. Sólo que prefería escucharla á hablar él mismo.

Su voz hacíale en el oído un delicioso murmullo, co-

mo el de las primeras abejas durante el verano, en el tiempo de la miel.

Un día que estaban sentados uno al lado de otro, despertóse repentinamente de un prolongado letargo, y le dijo á Carlota, lenta, muy lentamente:

—Cuando yo era niño, hice un largo viaje, ¿verdad?

Miróle ella algo turbada. Era la primera vez, en su vida, que se ocupaba él del pasado.

—¿Por qué?... preguntó ella.

—Pues porque el primer día que puse el pie sobre un buque, hace tres años, experimenté curiosa sensación.... Parecíame que cuanto veía lo había visto ya otra vez.... La luz que se filtraba hasta los camarotes me impresionaba como un recuerdo.... Parecíame que cuando era pequeñito había yo jugado sobre aquella escalera. Tiene uno cosas de esas en los ensueños.

Miró ella varias veces en torno suyo para asegurarse de que estaban solos.

—No ha sido un ensueño, Jack mío. Tenías tres años cuando volvimos de Argelia. Murió tu padre repentinamente y volvíamos á Turena.

—¡Ah! ¿Conque murió mi padre en Argelia?

—Sí.... contestó ella, muy despacito y bajando la cabeza.

—¿Y cómo se llamaba mi padre?

Titubeó ella, muy conmovida; no se esperaba esa súbita curiosidad.... Y, sin embargo, por molesta que fuera aquella conversación, no podía ella rehusar el darle á conocer su padre á un muchachote de veinte años ya en edad de oírlo y comprenderlo todo.

—Llevaba uno de los más grandes nombres de Fran-

cia, hijo mío; un nombre con que tú y yo nos firmaríamos hoy, si una catástrofe súbita, espantosa, no hubiese venido á impedirle que reparara su culpa.... ¡Ah! Eramos muy jóvenes cuando nos encontramos.... Era lo recuerdo, en una cacería de jabalíes en las barrancas de la Chiffa. Te diré que en aquella época tenía yo la pasión de la caza. Es más, recuerdo que montaba un caballo árabe llamado Solimán, un verdadero diablillo...

Y ya se había escapado; la loca se había escapado á rienda suelta sobre su caballo árabe llamado Solimán, recorriendo aquel país de quimeras, y poblándolo con todos los lores Peambook, con todos los rajahs de Singapore de su deslumbradora imaginación.

No trató Jack de interrumpirla; de sobra sabía que era inútil. Pero cuando ella se detuvo para tomar aliento, sofocada por el viento, la rapidez de su carrera, aprovechó él aquella breve parada para volver á su primitiva pregunta, fijando, por una palabra bien positiva, aquel espíritu que fácilmente descarrilaba:

—¿Cuál era el nombre de mi padre?, repitió.

¡Oh! La mirada extrañada de sus ojos claros.... Se le había olvidado por completo de lo que estaban hablando. Muy de prisa, jadeante aún por la relación de sus correrías, contestó ella:

—Llamábase el marqués de l'Epan, jefe del escuadrón del tercero de husares.

Preciso es creer que no tenía Jack sobre la nobleza, sobre sus derechos y prerrogativas, las mismas ilusiones que su madre, pues acogió con la mayor tranquilidad el secreto de su ilustre nacimiento. Después de todo, el que su padre hubiera sido marqués, no le impedía á él ser fogonero, y un mal fogonero, tan reventado, tan

descuartizado, tan fuera de servicio como la caldera del "Cydnus," la cual estaba en aquel momento en el fondo del Océano Atlántico, con seiscientas brazadas de mar por encima de ella. Que llevara su padre un nombre retumbante, no le impedía eso de llamarse Jack él, y ser uno de esos pobres desdichados que la vida trae y lleva en su ola movediza.

Por otra parte, aquel padre de que le hablaban había muerto ya, y ese despertar de una sensación desconocida, que durante un minuto había agitado á Jack, como no halló nada á qué asirse, anonadóse, una vez satisfecha su curiosidad, del mismo modo que se hundía todo lo demás en el embrutecimiento de sus facultades.

—Vamos, Carlota. . . . Hay que tomar una determinación con ese muchacho. No puede estar ahí eternamente sin hacer nada. Ya tiene buenas las piernas. Come como un buey, sin que esto sea un reproche. Tose todavía un poco; pero dice Hirsch que siempre toserá. Debería decidirse á algo. Si es demasiado dura la vida en los buques, que entre en los ferrocarriles. Labassindre asegura que se sacan muy buenos sueldos.

A estas censuras del poeta, objetaba Carlota que Jack estaba aún muy débil.

—¡Si vieras cómo se cansa cuando sube los cuatro pisos, y qué delgado está! Le oigo agitarse durante la noche. Mira, mientras tomé fuerzas, deberías ocuparle en la "Revista."

—Corriente, dijo el otro. Le hablaré á Moronval.

También quiso Moronval hacer algún ensayo, pero no logró éxito. Durante algunos días desempeñó Jack en la "Revista" el oficio de mozo de oficina. Llevar prue-

bas á la imprenta, doblar los números, pegar las fajas, lo encargaron de todo, excepto de barrer las dos salas, las que, por un resto de pudor, dejaron á cargo del portero. Con su habitual impasibilidad, llenaba Jack aquellas diversas funciones, sufriendo las despreciativas alusiones de Monronval, quien tenía un montón de rencores que satisfacer, y la rabia fría de D'Argenton, cuyo humor se agriaba ante la constante resistencia de los abonados. ¡Pues no eran poco testarudos esos suscriptores! Sobre el magnífico libro talonario, cubierto de sarga verde, adornado de remates de cobre, libro destinado á la subscripción, sólo se leía el nombre de uno, perdido en la primera página como un cascarón de nuez sobre el inmenso mar desierto: "Sr. Conde de. . . en el castillo de. . . en Mettray, cerca de Tours." Ese suscriptor se lo debían á Carlota.

Pero no impedía esa ausencia de ingresos que continuaran los gastos, ni que se presentaran los redactores, el cinco de cada mes, á cobrar sus artículos, con más algún dinero adelantado.

Moronval, sobre todo, era insaciable. Después de venir él mismo, enviaba á su mujer, á Saïd, al "príncipe" japonés. D'Argenton se ponía furioso, pero no se atrevía á rehusar.

Era tan golosa su vanidad y tenía el mulato tantas golosinas en el bolsillo. . . . Sin embargo, cuando no tenía un céntimo la redacción, temiendo el Director que siguiesen los demás el ejemplo de Moronval, no cesaba de lamentarse, oponiendo á los sablistas la misma barrera infranqueable: "Mi comité de accionistas me lo prohíbe en absoluto."

El comité de accionistas estaba allí en un rincón, co-

mité sin saberlo, compuesto de un solo miembro, ocupado en pegar fajas con una brocha y un gran frasco de cola. Así como no había en la "Revista" más que un abonado: "Buen Amigo," sólo había un accionista, Jack, con el dinero de "Buen Amigo."

Ni Jack ni nadie lo sospechaba: pero D'Argenton lo sabía, y era un malestar, una vergüenza consigo mismo, y, sobre todo, con el hijo de aquella mujer, á quien volvía á odiar como antes.

Al cabo de ocho días, declararon inútil al mozo de oficina.

—No nos sirve para nada; lejos de ayudar, es una molestia para todo el mundo.

—Pero, querido, si hace cuanto puede!

Sentíase ella con más ánimo para defenderle, desde el gran susto que había sufrido.

—En una palabra, te digo que me molesta. ¿Cómo explicarte eso? No está en su centro con nosotros. No sabe ni hablar, ni sentarse; ¿no ves cómo está en la mesa, con las piernas separadas, siempre á una legua de su cubierto, y cómo se queda dormido sobre su plato?... Y luego, ese muchachote siempre á tu lado, te envejece, hija mía. Además, tiene costumbres deplorables. Bebe; te digo que bebe. Nos trae aquí olores á taberna. ¡En fin, es un obrero!

Bajó ella la cabeza, y lloró. Ya lo había ella notado que bebía; pero ¿quién tenía la culpa? ¿No habían sido ellos quienes lo habían precipitado en el abismo?

—Mira, Carlota, tengo una idea. Puesto que está aún demasiado débil para buscar trabajo, vamos á mandar á Etiolles para que se restablezca. Pasará algún

tiempo en el campo, respirando aire puro, y quizás no ayude á alquilar "Parva domus," que se nos ha quedado encima con una escritura para diez años. Le mandaremos algún dinero, cuanto necesite.... Eso le aprovechará.

Carlota le abrazó en un arranque de agradecimiento.

—¡Oh!... ¡Tú eres el mejor de todos!

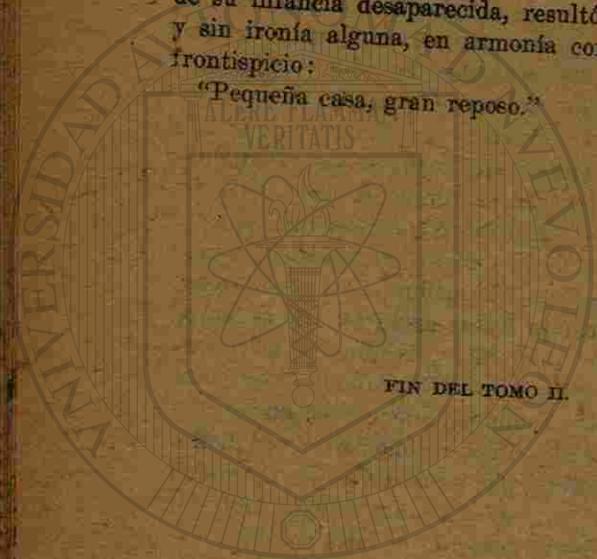
Y quedó convenido que iría ella al día siguiente á instalar á su hijo en Aulnettes.

Llebaron allá en una de esas mañanas de otoño, dulces y doradas, que parecen un verano atibiado, aliviado de su calor pesado y ardoroso. Ni un soplo en el aire, pero muchos gorjeos de los pájaros, crujidos en las hojas caídas, y un perfume de madurez, de henos secos, de hierbas quemadas, de frutas maduras. Los senderos del parque, apenas alumbrados, sembrados de flores amarillas, como recibían menos sol, también menos sol daban, prestaban más sombra, y silenciosos, suaves, llegaban hasta las cañadas. Jack reconocía todos aquellos caminos. Al poner allí el pie, tomaba de nuevo posesión de algunos años de su infancia, años felices, inolvidables; y á pesar de las tristezas de su falsa posición, sintió su ser dilatarse en la buena, en la libre Naturaleza. También ella parecía reconocerle, llamarle, acogerle. En su alma enternecida por todos aquellos recuerdos y por su debilidad, oía Jack una voz reconfortante y dulce: "Ven á mí, pobre niño; ven sobre mi corazón, de latidos lentos y serenos. Yo te abrazaré, yo te cuidaré. Tengo bálsamo para todas las heridas, y el que lo busca ya está curado...."

Carlota dejó temprano á su hijo y la casita, con todas sus ventanas abiertas al aire tibio, con todos los rui-

dos del jardín ligeramente inculto, que mezclaba sus flores y sus frutos en el renuevo de la estación otoñal; la casita que recorría Jack pieza por pieza, bajándose un poco para encontrar en todos los rincones migajas de su infancia desaparecida, resultó por primera vez, y sin ironía alguna, en armonía con el letrero de su frontispicio:

"Pequeña casa, gran reposo."



FIN DEL TOMO II.

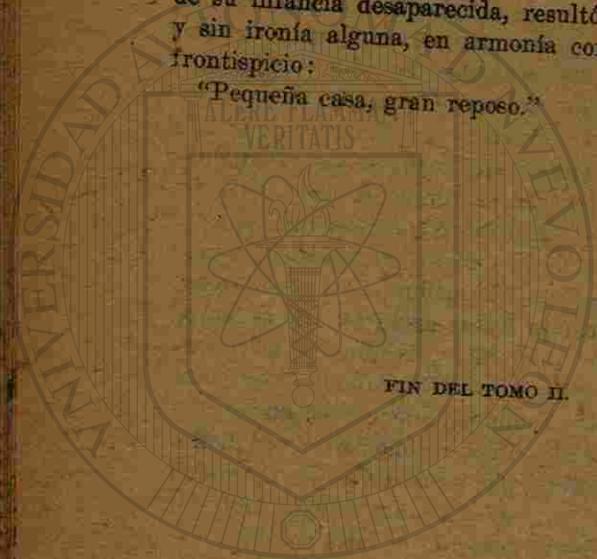


En una Playa

En una ígnea eucaristía del abismo, las olas se tragaban al sol agonizante. Una gran nube adusta se aproximaba cada vez más al moribundo como para recoger, cual una vestal fantástica, la última herencia de fuego. En el gris cinericio; en el oscuro de montaña, jaspeado como evanto; en la densa y amplia franja de la baja lejanía, livida en las desgarraduras de azucena; en la belleza doliente de la tarde sin púrpura, florecía la tristeza arcana y trágica que llena el mundo y triunfa como una musa en las almas cantantes y nostálgicas. Lilas descaecidas, amatistas dispersas, blandas hondas blondas, perdíanse en la decoración dolorosa del crepúsculo, huyendo en la melancolía ambiente como ruinas de una pompa vencida.

dos del jardín ligeramente inculto, que mezclaba sus flores y sus frutos en el renuevo de la estación otoñal; la casita que recorría Jack pieza por pieza, bajándose un poco para encontrar en todos los rincones migajas de su infancia desaparecida, resultó por primera vez, y sin ironía alguna, en armonía con el letrero de su frontispicio:

"Pequeña casa, gran reposo."



En una Playa

En una ígnea eucaristía del abismo, las olas se tragaban al sol agonizante. Una gran nube adusta se aproximaba cada vez más al moribundo como para recoger, cual una vestal fantástica, la última herencia de fuego. En el gris cinericio; en el oscuro de montaña, jaspeado como evanto; en la densa y amplia franja de la baja lejanía, livida en las desgarraduras de azucena; en la belleza doliente de la tarde sin púrpura, florecía la tristeza arcana y trágica que llena el mundo y triunfa como una musa en las almas cantantes y nostálgicas. Lilas descaecidas, amatistas dispersas, blandas hondas blondas, perdíanse en la decoración dolorosa del crepúsculo, huyendo en la melancolía ambiente como ruinas de una pompa vencida.

En el poblado, ardoroso como el desierto, á las veces hirviente como una fragua, irregular como un peñasco, callado como un panteón, pintoresco como una feria; la sensación de tristeza era mas honda, más grave. Era una desolación sofocante en la aridez maldita, nutrida de agresión y de inclemencia.

De un frágil kiosco azul, empinado y solitario, volaban como un tropel de pájaros los acordes de una música pública; volaban vibrando como una poesía proserita que vertiera en el duelo de la tarde el llanto de un corazón traicionado mientras la multitud giraba, giraba, giraba, en el extraño paseo arenoso, frente al palacio capitolio, en torno al kiosco azul, á dos pasos de la playa eternamente sitibunda.

Cual una rosa de la noche ya compacta, la visión de un cuerpo victorioso pasaba ante el kiosco azul como una fascinación. El rumoroso traje evocaba los dramas de la seda en los combates de lujo. Los grandes ojos záfirs rutilaban como joyas prodigiosas. Y el oro de las estrellas condensado en la cabeza hermosísima, y allí quemado al fuego de la sagrada llama interna, resplandecía en el admirable rubio rojo de las rojas lontananzas.

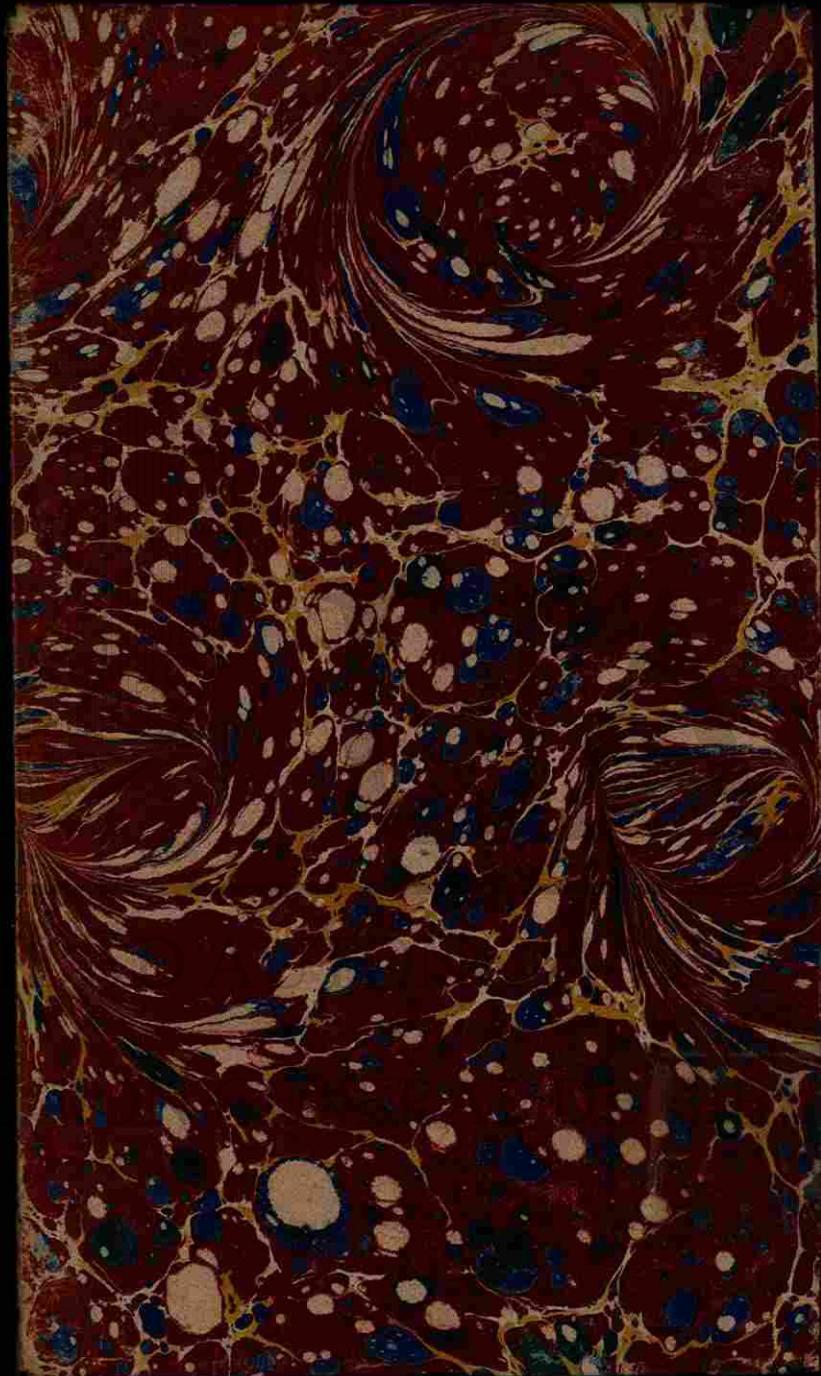
En la tiniebla tórrida y tachonada ni un retal del azul cristalino de las noches amantes.

La música del kiosco volaba cantando las lágrimas de un aria; el abismo vociferaba sus iras en el motín de las

olas; las luces de los focos se enfilaban á lo largo de las aguas y las calles en una perspectiva simétrica y desierta; del puente en perpetuo columpio partían como lamentos que vagaban y se extinguían en el canal dormido; las antiguas y ociosas fortalezas elevaban en la sombra á ambos lados las masas almenadas de sus muros torves; y en la eminencia irrisoria de un calvario distante, aún más árido que el de la cruz nazarena, un súbito disparo de cañón anuncia la hora taciturna y extiende una fantasía bélica sobre la noche muerta.

JACINTO LOPEZ.





TEC
P
S
V